¿LOS ANIMALES TIENEN ALMA?

ernesto bozzano



130 casos de manifestaciones sorprendentes, apariciones y fenómenos paranormales relacionados con los animales

Traducción de Teresa – teresa_0001@hotmail.com

PREFACIO

Ya se ha observado muchas veces, a propósito de las manifestaciones metapsíquicas, en que los hombres son agentes o perceptores, que éstas han sido conocidas en todas las épocas y por todos los pueblos, pero no se puede decir lo mismo en los casos en que el papel de agente o perceptor es desempeñado por animales.

Naturalmente las manifestaciones metapsíquicas en que los protagonistas son animales, no pueden dejar de estar circunscritas en límites de realización más modestos que cuando los protagonistas son seres humanos, pues esos límites corresponden a las capacidades intelectuales de las especies animales con que estos hechos se producen. Sin embargo, parecen más notables de lo que se podría suponer a primera vista. Entre estos fenómenos se encuentran, en efecto, episodios telepáticos en que los animales no desempeñan solamente el papel de perceptores, sino además el de agentes, episodios concernientes a animales que perciben, al mismo tiempo que los hombres, los espíritus y otras manifestaciones supra normales fuera de toda coincidencia telepática y, finalmente, episodios en que los animales perciben, colectivamente con el hombre, las manifestaciones que suceden en las localidades embrujadas. Hay que añadir además a estas categorías, episodios de

materializaciones de formas de animales obtenidas experimentalmente y, en fin, apariciones post mórtem de formas de animales identificados, circunstancia que presenta un valor teórico considerable, ya que permite apoyar la hipótesis de la supervivencia de la psiquis animal.

El examen de esta rama de los fenómenos metapsíquicos ha sido completamente olvidado hasta aquí, pese a que en las revistas metapsíquicas y, sobre todo, en las recopilaciones de los Proceedings y del Journal de la excelente Society for Psychical Research, de Londres, se hallen numerosos casos de este género; pero estos casos nunca han sido recogidos, clasificados y analizados por nadie, habiéndose, por cierto, escrito y discutido muy poco acerca de ellos. No hay, pues, gran cosa para resumir en lo que atañe a las teorías formuladas al respecto.

Observaré tan solo que, en los comentarios de cierto caso aislado perteneciente a la clase más numerosa de los fenómenos en cuestión, es decir, aquella en que los animales perciben, juntamente con el hombre, las manifestaciones de telepatía o de encantamiento, se propone la hipótesis según la cual las percepciones psíquicas de esa naturaleza tendrían su origen en un fenómeno alucinatorio creado por los centros de idealización de un agente humano y a continuación transmitido, inconscientemente, a los centros homólogos del animal presente y perceptor.

Para otra clase de fenómenos y precisamente para la de las apariciones de formas de animales, se

supone un fenómeno de alucinación pura y simple por parte del perceptor; pero el análisis comparado de los hechos pone de manifiesto que, muchas veces, las formas de animales son percibidas colectiva y sucesivamente. Éstas son, además, identificadas con las de animales que vivieron y murieron en la localidad, y más, que los perceptores ignoraban que esos animales, vistos en esas condiciones, hubiesen existido.

Siendo así, es preciso concluir que, de modo general, las dos hipótesis que acabo de mencionar son insuficientes para interpretar los hechos. Esta conclusión es de gran importancia teórica, puesto que nos obliga a admitir la existencia de una subconsciencia animal, depositaria de las mismas facultades supra normales que existen en la subconsciencia humana y, al mismo tiempo, nos lleva a reconocer la posibilidad de apariciones verídicas de formas o almas de animales.

De ello resulta todo el valor científico y filosófico de esta nueva rama de las pesquisas psíquicas. Ésta nos permite prever que debemos considerarla con carácter previo, para establecer, en bases sólidas, la nueva ciencia del alma, que estaría incompleta e incluso inexplicable sin la contribución que aporta el examen analítico y las conclusiones sintéticas en relación a la psiquis animal, lo cual me reservo demostrar en el momento preciso.

Inútil es observar que no pretendo, en modo alguno, que esta clasificación – la primera que se

intenta sobre la cuestión – baste para analizar a fondo un tema tan vasto y de gran importancia metapsíquica, científica, filosófica. Me felicito únicamente por haber llevado una primera contribución eficaz a las nuevas pesquisas y por haber con ello despertado el interés de personas que se ocupan de estos estudios, favoreciendo así el acopio ulterior del material bruto de los hechos, lo cual parece indispensable para hacer culminar las pesquisas sobre esta joven rama de las doctrinas metapsíquicas.

En fin, si se quisiera indicar la época en que se empezó a tomar en seria consideración las manifestaciones metapsíquicas de los animales, habría que indicar el famoso incidente de telepatía canina, en que fue perceptor el conocido romancista inglés Sir Rider Haggard, incidente que se produjo en condiciones tales que la duda es imposible. Como resultado de una de esas condiciones providenciales de tiempo, de lugar, de medio, que se encuentra muchas veces al comienzo de la historia de las nuevas ramas de la ciencia, surgió en Inglaterra un interés inesperado, casi exagerado: los periódicos políticos se apoderaron de ella y la discutieron largamente, al igual que las revistas de variedades y de metapsíquica, determinando un ambiente favorable para las nuevas pesquisas.

Es por lo tanto oportuno empezar la clasificación de las manifestaciones metapsíquicas de los

animales por el caso telepático en que el perceptor fue el romancista Rider Haggard.

PRIMERA CATEGORIA

ALUCINACIONES TELEPATICAS EN LAS CUALES UN ANIMAL DESEMPEÑA EL PAPEL DE AGENTE

Caso I – (En sueños con indicios aparentes de posesión) – Es el caso Haggard, que me limitaré a narrar tal como ha sido resumido, con la mayor exactitud, en la edición de julio de 1904 de la Revue des Études Psychiques, remitiendo al lector que desee detalles más extensos al número de octubre de 1904 del Journal of the Society for Psychical Research. Helo aquí:

El señor Rider Haggard cuenta que se había acostado tranquilamente sobre la una de la madrugada del día 10 de julio. Una hora más tarde, la señora Haggard, que dormía en el mismo cuarto, oyó a su marido gemir y emitir sonidos inarticulados como de un animal herido. Inquieta, lo llamó y el señor Haggard percibió la voz como en un sueño, pero no consiguió librarse de la pesadilla que lo oprimía. Cuando despertó completamente, contó a su esposa que había soñado con Bob, el viejo perro perdiguero de su hija primogénita, y que le había visto debatirse en una lucha terrible, como si fuese a morir.

El sueño había tenido dos partes distintas. Respecto de la primera, el romancista recuerda apenas haber experimentado una sensación de

opresión, como si estuviese a punto de ahogarse. Entre el instante en que oía la voz de su esposa y aquel en que despertó, el sueño tomó una forma más precisa. Yo veía, cuenta el señor Haggard, al viejo Bob extendido entre los carrizos de una laguna. Me parecía que mi propia personalidad salía misteriosamente del cuerpo del perro, el cual apretaba su cabeza contra mi rostro de una manera bizarra. Bob hacía intentos como para hablarme y, no haciéndose comprender por el sonido, me transmitía, de otro modo indefinible, la idea de que estaba a punto de morir.

El señor y la señora Haggard tornaron a dormirse y el romancista no volvió a verse perturbado durante el sueño. A la mañana siguiente, durante el desayuno, refirió a sus hijas lo que había soñado y rió con ellas del miedo que había pasado la madre. Atribuía su pesadilla a la mala digestión. En cuanto al perro Bob, nadie se preocupó por él, puesto que, en la tarde anterior, había sido visto con otros perros de la villa e hizo sus zalamerías a la dueña, como de costumbre. Cuando pasaron las horas de la comida sin que Bob apareciese, la Srta. Haggard empezó a experimentar alguna preocupación y el romancista a suponer que podría tratarse de un sueño verídico. Entonces se emprendieron búsquedas activas que duraron cuatro días, al final de los cuales el propio señor Haggard halló al pobre animal flotando en el agua de una laguna, a dos kilómetros de la villa, con el cráneo fracturado y dos patas rotas.

Un primer examen, hecho por el veterinario, hizo suponer que el infeliz animal hubiese sido atrapado en una armadilla, pero se encontraron enseguida pruebas indiscutibles de que el perro había sido atropellado por un tren en el puente que atravesaba la laguna y que el choque lo había lanzado entre las plantas acuáticas.

En la mañana del diecinueve de julio, un cantonero de la ferrovía había encontrado en el puente el collar ensangrentado de Bob. Ahora ya no quedaba duda alguna de que el animal había muerto en la noche del sueño.

Por casualidad, en aquella noche, había pasado por el puente, algo antes de medianoche, un tren extraordinario de recreo que debió ser la causa del accidente.

Todas las circunstancias son demostradas por el romancista mediante una serie de documentos.

Según el veterinario, la muerte habría sido casi instantánea; habría ocurrido entonces dos horas antes, o más, del sueño del señor Haggard.

Tal es, en resumen, el caso sucedido al escritor inglés en el cual se encuentran varias circunstancias de hechos que concurren para excluir, de modo categórico, cualquier otra explicación que no sea la de transmisión telepática directa entre el animal y el hombre.

En efecto, no podría tratarse de un impulso telepático proveniente de la inteligencia de una persona presente, puesto que nadie había asistido al

drama ni había sido informado de él, como se verifica por la indagación llevada a cabo por el propio señor Haggard, y esto es fácil de presumir si se tiene en cuenta la avanzada hora de la noche a que tuvo lugar el suceso.

No podía tratarse de una forma común de pesadilla alucinatoria, con una coincidencia fortuita, puesto que las circunstancias verídicas que se encontraron en la visión son verdaderamente bastante numerosas, sin contar el hecho en sí de la coincidencia entre el sueño y la muerte del animal.

No podía tratarse de un caso de telestesia gracias al cual el espíritu del romancista habría visto, desde lejos, el desarrollo del drama, puesto que, entonces, el perceptor sería un espectador pasivo, y no fue así. Como se puede ver, él fue sometido a un fenómeno muy notable de personificación o principio de posesión. Ese fenómeno, tal como observó el editor del Journal of the Society for Psychical Research, ofrece un paralelismo interesante con las personificaciones y las dramatizaciones observadas tan frecuentemente en lo sensitivos o médiums en estado de trance.

No se podría, finalmente, hablar de sueño premonitorio, pues el señor Haggard nada sabía sobre lo ocurrido, de lo cual solamente se enteró más tarde cuando se halló el cadáver de Bob flotando en la laguna, cuatro días después del extraño sueño. En efecto, con esa solución, no se llegaría a ninguna explicación: ni del hecho de la coincidencia verídica

entre el sueño y el acontecimiento, ni del fenómeno de la dramatización del caso, igualmente verídica, ni del hecho, tan notable, de personificación o posesión.
He aquí las principales consideraciones que concurren para probar, de modo incontestable, la realidad del fenómeno de transmisión telepática directa entre el hombre y el animal. Me pareció un deber enumerarlos para responder a cualesquiera objeciones que llegaron de diferentes sectores, después de que la Society for Psychical Research acogió y comentó el caso en cuestión. Al mismo tiempo, las mismas consideraciones podrán servir de regla a los lectores para juzgar sobre el valor de la hipótesis telepática en relación a los casos que se expondrán a continuación.

Caso II – (En sueños) – 10 de febrero de 1885.

El primer lunes del mes de agosto de 1883 (descanso del comercio), me hallaba en Ilfracombe. Sobre las diez de la noche, fui a acostarme y adormecí enseguida. Desperté a las diez y media cuando mi esposa entró en el cuarto. Le conté que acababa de tener un sueño en que veía a mi perro Fox, herido y moribundo, tendido al pie de un muro.

No tenía una idea exacta relativa a la localidad, no obstante había observado que se trataba de uno de los ‘muros secos’ que son una particularidad del condado de Gloucester. Deduje de ello que el animal había caído desde lo alto de uno de esos muros, tanto más que él tenía el hábito de saltar por encima de ellos. Al día siguiente, martes, recibí en nuestra casa (Barton End Grange, Nailsworth) una carta de nuestra gobernanta que me avisaba de que Fox no aparecía desde hacía dos días. Contesté inmediatamente, ordenándole que dispusiese una búsqueda lo más minuciosa posible. El domingo recibí una carta suya escrita la víspera, en la cual me informaba de que el perro había sido atacado y muerto por dos bulldogs, en la noche del lunes precedente.

Volví a mi casa al cabo de quince días y empecé enseguida un riguroso interrogatorio del cual resultó que, el lunes en cuestión, sobre las cinco de la tarde, una señora había visto a dos bulldogs atacar y despedazar ferozmente a mi perro. Otra señora, que vivía no lejos de allí, contó que sobre las nueve de la noche había descubierto a mi perro muriéndose cerca de un muro que me indicó, y que yo veía por primera vez. A la mañana siguiente, el perro había desaparecido. Supe a continuación que el dueño de los bulldogs, sabedor de lo ocurrido y temiendo las consecuencias, había tenido el cuidado de mandar enterrarlo sobre las diez y media de aquella misma

noche, hora del acontecimiento que coincidía con la de mi sueño.

E. W. Phibbs

El caso que acabo de narrar fue citado varias veces por el profesor Charles Richet en su Tratado de Metapsíquica, con el fin de demostrar que podía ser explicado por la criptestesia, sin que fuese preciso suponer un fenómeno de telepatía en que el animal hubiese desempeñado el papel de agente y su dueño el de perceptor. Richet observaba al respecto: Es mucho más razonable suponer que ha sido la noción del hecho lo que alcanzó su espíritu, en lugar de admitir que el alma de Fox fue a inquietar el cerebro del señor Phibbs (p.330).

Con la expresión 'la noción del hecho', el señor Richet se reporta a su hipótesis de criptestesia según la cual las cosas existentes, al igual que el desarrollo de toda acción en el mundo animado o inanimado, emitieron vibraciones sui generis, perceptibles para los sensitivos, que, de esa manera, estarían teóricamente en estado de conocer todo lo que se produjo, se produce y se producirá en el mundo entero.

Contesté a esa hipótesis en un largo artículo publicado en la Revue Spirite (1922, p. 256), donde constaté esa omnisciencia, supuesta, de las facultades subconscientes, demostrando a través del

examen de los hechos que las facultades en cuestión eran, por el contrario, condicionadas, y por tanto limitadas, por la necesidad absoluta de la relación psíquica, es decir, que si no existiese anteriormente algún lazo afectivo, o, en casos más raros, relaciones de simple conocimiento entre el agente y el perceptor, las manifestaciones telepáticas no podrían verificarse. Seguidamente, reportándome al caso que antecede, continuaba:

Se excluye que el pensamiento del perro, dirigido con una ansiedad intensa a su protector ausente, haya sido el agente que determinó el fenómeno telepático, o, en otros términos, se excluye que la cosa haya podido verificarse gracias a la existencia de una relación afectiva entre el perro y su dueño; siendo así, no es posible dejar de preguntar: ¿por qué el señor Phibbs vio, precisamente aquella noche, a su perro agonizando y no vio a todos los otros animales que, durante la misma noche, agonizaban ciertamente un poco por todas partes? Es imposible contestar a esta pregunta sino reconociendo que el señor Phibbs no vio tal cosa porque ninguna relación psíquica, de cualquier especie que fuese, existía entre él y los otros animales: él vio, por el contrario, la agonía de su perro porque había lazos afectivos entre él y el animal y porque, en aquel momento, el animal agonizante dirigía intensamente su pensamiento hacia su protector ausente, circunstancia que nada tiene de inverosímil y que,

por el contrario, demuestra que el pobre animal moribundo deseaba urgente socorro.

Me parece que el buen fundamento de estas conclusiones permanece incontestable. De todos modos, nuestros lectores hallarán en la presente clasificación numerosos ejemplos de diferentes especies, que confirman ampliamente mi manera de ver, mientras que contradicen la hipótesis de una criptestesia omnisciente.

Caso III – (En sueños) – Extraigo el siguiente caso del libro del Señor Camille Flammarion titulado L'Inconnu et les Problèmes Psychiques (Lo desconocido y los problemas psíquicos).

Puedo citarle además un hecho personal que me perturbó bastante cuando sucedió, pero, como esta vez se trataba de un perro, acaso yo me equivoque al tomar su tiempo. Le pido me disculpe en preguntándome dónde paran los problemas.

Era entonces joven y poseía muchas veces, en sueños, una lucidez sorprendente. Teníamos una perrita de una inteligencia poco común. Era particularmente aficionada a mí, pues la acariciaba mucho. Cierta noche sueño que ella muere y que me mira con ojos humanos. Al despertar, dije a mi hermana: Lionne ha muerto, la veía en sueño, es verdad. Mi hermana rió y no me dio crédito. Llamamos a la gobernanta y le dijimos que llamase a la perrita, que no apareció. Buscada por todas las

partes donde era posible que estuviese, apareció, al fin, muerta en un rincón. Pues bien, la víspera ella no estaba enferma y nada había podido provocar ese sueño mío.

K. Lacassagne, de soltera Dutant (Castres).

También en este caso, la hipótesis más verosímil es la de que el animal agonizante dirigió ansiosamente el pensamiento hacia su dueña, determinando así las impresiones telepáticas percibidas por ésta en sueños; no obstante, ese episodio es bastante menos probatorio que el anterior, tanto más que, esta vez, no nos hallamos en presencia de detalles de modo a eliminar la otra hipótesis, la de un posible fenómeno de clarividencia en sueños.

Caso IV – (Impresión) – Lo extraigo de la Light (1921, p. 187). Su narrador es el Sr. F. W. Percival, quien escribe:

El señor Everard Calthorp, gran entendido en caballos purasangre, en su último libro titulado The horse as comrade and friend (El caballo como camarada y amigo), cuenta que él poseía desde hacía algunos años una magnífica yegua llamada

Windermere, a la cual estaba profundamente ligado, siendo retribuido con un transporte afectivo de modo a conferir al caso aquí presentado un carácter realmente emocionante. Quiso la infelicidad que la yegua se ahogase en una laguna cerca de la heredad del señor Calthorp, quien expone así las impresiones experimentadas en el trágico momento:

A las tres y veinte de la madrugada del 18 de marzo de 1913, desperté sobresaltado de un profundo sueño, no a causa de algún ruido o ladrido, sino por una petición de socorro que me transmitía – no sé cómo – mi yegua Windermere. Afiné el oído y no percibí el menor ruido en aquella noche calma, pero tan pronto como desperté completamente, sentí vibrar en mi cerebro y en mis nervios, el llamamiento desesperado de mi yegua. Comprendí de este modo que ella se hallaba en peligro extremo y que invocaba auxilio inmediato por mi parte. Me puse el abrigo, calcé las botas, abrí la puerta y me eché a correr por el parque. No oía ladridos ni gemidos, pero sabía, de un modo incomprensible y prodigioso, de qué lado procedía esa especie de 'telegrafía sin hilos'. Retumbaba cada vez más débilmente en mi cerebro y, cuando llegué a la orilla de la laguna había cesado. Buscando en el agua de la laguna, percibí que ésta se hallaba todavía arrugada por pequeñas ondas concéntricas que llegaban a la orilla y, en medio de ella, percibí una masa negra que se precisaba siniestramente a la primera claridad de la aurora. Comprendí enseguida que se trataba del

cuerpo de mi pobre Windermere y que, desgraciadamente, yo había respondido demasiado tarde a su llamamiento, pues estaba muerta.

El Sr. F. W. Percival, reproduciendo esta narración en la revista Light (1921, p.187), observa:

Sin duda, en casos como este nos falta el testimonio del agente, pero esto no impide que las tres reglas de Myers destinadas a distinguir los hechos telepáticos de aquellos que no lo son, sean todas aplicables igualmente al caso que nos ocupa. Dichas tres reglas son las siguientes: 1ª – que el agente sea encontrado en una situación excepcional (aquí el agente luchaba contra la muerte); 2ª – que el perceptor haya experimentado algo psíquicamente excepcional, incluso una impresión de naturaleza tal que le hiciese conocer al agente (aquí la impresión que revela el agente es manifiesta); y 3ª – que los dos incidentes coincidan en el tiempo (esta condición queda igualmente satisfecha).

Se podría añadir que el hecho del impulso telegráfico fue bastante preciso y enérgico como para despertar al perceptor de un sueño profundo, hacerle percibir inmediatamente que se trataba de una petición de socorro por parte de su yegua y orientar sus pasos, sin ningún titubeo, hacia el teatro del drama. No parece entonces que sea posible poner en duda el origen realmente telepático del acontecimiento.

Caso V – Lo extraje del Journal of the Society for Psychical Research, vol. XII, p. 21. Lady Carbery, esposa de Lord Carbery, envía desde el castillo de Freke, condado de Cork, la siguiente narración fechada en 23 de julio de 1904:

Durante una cálida tarde de domingo del verano de 1900, fui, después del almuerzo, a hacer mi acostumbrada visita a las caballerizas, a fin de distribuir azúcar y zanahorias a los caballos, entre los cuales había una yegua asustadiza y nerviosa llamada Kitty, que me gustaba mucho. Una gran simpatía existía entre ella y yo, que la montaba todas las mañanas, antes del almuerzo. Eran excursiones tranquilas y solitarias a lo largo de las colinas hacia el mar y siempre me pareció que Kitty gustaba, como su dueña, de esos paseos en el frescor matinal.

La tarde de que se trata, saliendo de las caballerizas, seguí sola por el parque, recorriendo un cuarto de milla y sentándome seguidamente a la sombra de un árbol, con un libro muy interesante, pues era mi intención permanecer allí unas dos horas. Después de unos veinte minutos, un súbito influjo de sensaciones penosas vino a interponerse entre mi lectura y yo, al mismo tiempo en que experimentaba la certidumbre de que algún percance había ocurrido a mi yegua Kitty. Procuré alejar tal impresión continuando con la lectura, pero la impresión aumentó de tal forma que fui obligada a cerrar el libro y a encaminarme a las caballerizas.

Llegada allí, me fui enseguida a la cuadra de Kitty y la encontré tendida en el suelo, sufriendo y necesitando asistencia inmediata. Corrí inmediatamente a buscar a los muchachos de la caballeriza, que se hallaban en otra sección más alejada, los cuales acudieron al objeto de prestar al animal los cuidados necesarios. Su sorpresa fue grande al verme aparecer en las caballerizas por segunda vez, circunstancia enteramente insólita.

Lady Carbery

El cochero que cuidó de la yegua en aquella ocasión, así confirma la referida narración:

Era entonces cochero del castillo de Freke y su señoría vino, durante la tarde, según su costumbre, a distribuir azúcar y zanahorias a los caballos. La yegua Kitty se hallaba suelta en su cuadra y en excelentes condiciones de salud. Seguidamente, volví a mi alojamiento, sobre las caballerizas, y los empleados se fueron a sus cuartos. Tras media hora o cuarenta y cinco minutos, me sorprendí al ver regresar a su señoría, que corría a llamarme, al igual que a los muchachos, a fin de que fuésemos a socorrer a Kitty que se hallaba tendida en suelo, víctima de un mal súbito. En ese ínterin, ninguno de nosotros había entrado en las caballerizas.

Este segundo caso es menos sensacional que el primero: la impresión telepática experimentada por lady Carbery fue también menos precisa, pero lo bastante fuerte para proporcionar a la perceptora la convicción de que las sensaciones que percibía indicaban que la yegua Kitty tenía necesidad de urgente asistencia, y para hacerla decidirse a correr inmediatamente hacia el lugar. Pues bien, estas circunstancias de orden excepcional y de una significación precisa y sugestiva son suficientes para autorizar una conclusión a favor del carácter telepático del presente caso.

Caso VI – (Impresión) – Este caso apareció en Light (1915, p. 168). El señor Moldred Duke, conocido sensitivo y autor de artículos bastante profundos sobre asuntos metapsíquicos, relata el siguiente suceso ocurrido con él:

Hace algunos días he tenido que permanecer escribiendo hasta hora avanzada y estaba absorto en el tema de que trataba cuando fui literalmente invadido por la idea de que mi gata tenía necesidad

de mí. Me levanté y fui en busca de ella. Después de haber dado inútilmente la vuelta por la casa, pasé al jardín y, como la oscuridad me impedía ver, me puse a llamarla. Percibí un débil maullido a distancia y, cada vez que repetía la llamada el maullido me contestaba, pero la gata no apareció. Volví a casa a fin de hacerme con una linterna, y atravesé enseguida el patio, dirigiéndome al lugar desde donde parecían venir los maullidos. Después de algunas búsquedas, encontré a mi gata en un cercado, atrapada en una armadilla tendida para los conejos, cuyos nudos le apretaban el pescuezo. Si ella hubiese luchado para librarse del lazo, se hubiera estrangulado. Felizmente tuvo la inteligencia de no moverse y de, por el contrario, enviar a su dueño un mensaje de petición de socorro, a través del telégrafo sin hilos.

Se trata de una gata a la que tengo mucho afecto y esta no ha sido la primera vez que una relación telepática se entabla entre ella y yo.

Hace algunos días la suponíamos extraviada, pues no la encontrábamos en lugar alguno, llamándola en vano por todas partes. De repente, por una especie de fotografía mental, la he visto prisionera en una pieza vacía en los desvanes de la casa, pieza que permanecía siempre cerrada. La visión era verídica. La gata, no se sabe cómo, se había encerrado allí. Pero ¿no habría ella, aún esta vez, enviado un mensaje telepático para avisarme de su encierro?

Respecto de este caso, nada más es preciso decir, ya que no es posible dudar del origen telepático de las dos impresiones sensoriales recibidas por el autor de la narración.

Caso VII – (Impresiones) – Lo extraigo del Journal of the Society for Psychical Research (vol. XI, p. 323). El Sr. J.F. Young comunica el siguiente caso personal:

Tengo un perro foxterrier de cinco años, por el cual siento mucho afecto. Siempre me han gustado los animales, y sobre todo los perros. El animal de que hablo me dispensa tal apego que no puedo ir a parte alguna o siquiera salir de mi cuarto sin que me siga siempre. Es un terrible cazador de ratas y, como la despensa es a veces frecuentada por tales roedores, he puesto allí una camita para Fido. En el mismo lugar había un fogón de cocina donde se había introducido un horno de pan, al igual que una caldera para la limpieza, provista de un tubo que terminaba en la chimenea. Nunca dejaba, por las noches, de llevar el perro a su lecho, antes de acostarme.

Ya me había cambiado la ropa e iba a acostarme, cuando fui de repente asaltado por la sensación inexplicable de un peligro inminente. No podía pensar en otra cosa sino en un fuego y la impresión

era tan fuerte que acabé por quedar dominado por ella. Me vestí nuevamente, bajé y me puse a inspeccionar el apartamento pieza por pieza para asegurarme de que todo estaba en orden. Llegando a la despensa no vi a Fido, suponiendo que él había podido salir de allí para dirigirse al piso superior, pero en vano llamé por él. Fui a casa de mi cuñada para pedirle noticias, pero ella no sabía nada. Empecé a sentirme inquieto. Regresé enseguida a la despensa y llamé varias veces por el perro inútilmente. No sabía ya hacia qué lado dirigirme, cuando, repentinamente, se me pasó por la cabeza que, si algo podría hacer que el animal respondiese, era la frase: ¿Vamos a pasear, Fido?, invitación que lo ponía enseguida contento. Pronuncié entonces esa frase y un gemido ahogado, como debilitado por la distancia, me llegó a los oídos. Renové la invitación y escuché distintamente el lamento de un perro en aflicción. Tuve tiempo de asegurarme de que el lamento venía del interior del tubo que comunicaba la caldera con la chimenea. Yo no sabía cómo proceder para quitar al perro de allí: los minutos eran preciosos y su vida estaba en peligro. Me hice con un martillo y empecé a derribar la pared en el punto exacto. Conseguí, por fin, con bastante dificultad, retirar a Fido de allí, medio ahogado, sacudido por esfuerzos de vómitos, la lengua y el cuerpo entero negros de hollín. Si yo me hubiese demorado algunos momentos, mi perrito querido estaría muerto y, como no nos servimos sino muy raramente de la

caldera, probablemente nunca hubiera sabido qué fin había tenido. Mi cuñada acudió con el alboroto y ambos descubrimos un nido de ratas localizado en el fogón, al lado del tubo. Fido, evidentemente, habría perseguido a una rata hasta su interior, de tal manera que había quedado preso sin poder dar vuelta para salir de él.

Todo esto sucedió hace ya algunos meses y fue por aquel entonces publicado en la prensa local, pero no se me habría ocurrido comunicar el hecho a esa Sociedad si no hubiese sucedido, mientras tanto, el caso de sir Rider Haggard.

J.F.Young

New Road, Llanella, 13 de noviembre de 1904.

La señora E. Bennett, cuñada del firmante, confirma la narración de su pariente.

Para otros informes sobre este episodio, remito al lector al Journal of the Society for Psychical Research, vol. XI, p. 323.

Este cuarto caso de telepatía por una impresión difiere sensiblemente de los que lo han precedido, en que el rasgo característico esencial del impulso telepático consistió en la percepción exacta de un llamamiento emanado de un animal en peligro y la

localización intuitiva del lugar en que se hallaba. Aquí, por el contrario, la impresión que tuvo el perceptor le sugiere la idea de un peligro inminente en relación con el fuego, si bien la impresión es lo bastante fuerte para llevarlo a vestirse apresuradamente e ir a inspeccionar la casa, de modo que, llegando a la cocina y apercibiéndose de la ausencia del perro, lo llama, lo busca y lo salva.

Resulta de ahí que, en este caso, el mensaje telepático se verifica de modo imperfecto, adquiriendo una forma simbólica, lo cual no añade nada a su valor intrínseco, puesto que esta circunstancia no constituye, en modo alguno, una dificultad teórica. Se sabe, en efecto, que las manifestaciones telepáticas, en su paso del subconsciente al consciente, siguen el cauce de menor resistencia, determinado por las idiosincrasias especiales del perceptor. Éstas consisten, sobre todo, en el tipo sensorial a que pertenece el perceptor (visual, auditivo, motor, etc.), después, en las condiciones del medio en que vive (hábitos, repetición de los mismos incidentes durante la vida cotidiana). De esto se deduce que, cuando el impulso telepático no llega a realizarse en la forma más directa, se transforma en una modalidad de percepción indirecta o simbólica, que traduce, con mayor o menor fidelidad, el pensamiento del agente en cuestión. Dicho esto, habría que decir que, en el caso que examinamos, la llamada ansiosa del perro en peligro consiguió impresionar la subconsciencia

del perceptor, pero, para alcanzar su consciencia, tenía que perder gran parte de su nitidez, transformándose en una vaga impresión de peligro inmediato relacionado de algún modo con el fuego, lo cual correspondía asimismo a la realidad, ya que el animal estaba efectivamente aprisionado y en peligro de muerte por asfixia en el tubo del horno.

Caso VIII – (Auditivo) – El Dr. Emile Magnin comunica a los Annales des Sciences Psychiques (1912, p. 347) el siguiente caso:

Acabo de leer, con gran interés, la narración del caso del perro Bobby, publicado en los Annales. Un caso más o menos semejante me fue contado, hace algunos años, por el Sr. P. M., abogado de gran talento. Hago un breve resumen de ese relato, en la seguridad de que, por su analogía con el caso Bobby, habrá de interesar a sus lectores.

El Sr. P.M., abogado en la Corte de Apelación, tenía una perrita española llamada Creole, que solía tener consigo en París y que dormía en el pasillo, detrás de la puerta de su cuarto de dormir. Cada mañana, al primer movimiento de su dueño, ella arañaba la puerta y gemía hasta que se le abriese. Durante un período de caza, el Sr. P.M. dejó la perrita Creole en Rambouillet, bajo los cuidados de su guardés.

Por la mañana temprano, un sábado, el Sr. P.M. oyó arañar y gemir a la puerta de su cuarto y, muy sorprendido por escuchar a su perrita allí, se levantó inmediatamente, convencido de que su guardés había ido a París para comunicarle algo urgente. Grande fue su asombro al no ver al guardés ni al animal. Diez horas más tarde llegaba un telegrama del guarda comunicándole que Creole había sido muerta accidentalmente por un cazador.

También este episodio, en el cual la alucinación verídica fue de naturaleza auditiva, no parece posible dudar del origen realmente telepático de la manifestación y, en lo que atañe a las condiciones en que se verificó, es útil observar que éstas demuestran que el impulso telepático fue, una vez más, de naturaleza indirecta o simbólica. Reportándonos a las consideraciones que hemos venido desarrollando respecto de esto, diremos aquí que, como la perrita muerta tenía, cuando estaba viva, la costumbre de arañar la puerta del cuarto de su dueño e incluso gemir, mientras no se le abría, resulta de ello que el impulso telepático no llegó a verificarse de modo directo y se concretizó de modo indirecto y simbólico, con modalidades de realización que eran las más familiares al perceptor y en relación con el pensamiento del agente. Observo aquí que la circunstancia de que una ley fundamental de las manifestaciones telepáticas esté realizándose rigurosamente, aun cuando se trata de un agente animal, ofrece gran valor teórico, puesto que es

difícil no deducir de esto que, si las manifestaciones telepáticas animales se equiparan a las mismas leyes que las manifestaciones telepáticas humanas, resulta la identidad de la naturaleza del elemento espiritual en acción en ambas circunstancias.

Caso IX – (Auditivo-colectivo) – Destaco en el cuarto volumen, páginas 289/90, del Journal of the Society for Psychical Research, el siguiente caso narrado por la señora Beauchamp, de Hunt Lodge, Twiford, en una carta dirigida a la señora Wood, de Colchester, narración de la cual extraemos el fragmento que sigue:

Megatherium es el nombre de mi perrito hindú que duerme en el cuarto de mi hija. La pasada noche desperté súbitamente al oírlo brincar por el cuarto. Yo conocía bien su manera de brincar, muy característica. Mi marido, a su vez, no tardó en despertar. Lo interrogué, diciéndole: ¿Estás oyendo esto? Y él me contestó: Es Meg. Encendimos luego una vela, buscamos por todas partes, pero no pudimos hallarlo en el cuarto, porque su puerta estaba bien cerrada. Entonces se me ocurrió la idea de que alguna desgracia había sucedido a Meg. Tenía el presentimiento de que él había muerto en aquel mismo momento. Consulté el reloj para verificar la hora y pensé que debía bajar para ir

inmediatamente a asegurarme de mi intuición, si bien esto me pareció un absurdo, y, además, hacía tanto frío… Estuve indecisa un instante y el sueño volvió.

Poco tiempo debía haber transcurrido cuando alguien vino a llamar a la puerta. Era mi hija que, con expresión de gran ansiedad, exclamó: Mamá, mamá, Meg se está muriendo. Bajamos la escalera de un salto y encontramos a Meg puesto de lado, con las piernas estiradas y rígidas, como si ya estuviese muerto. Mi marido lo levantó del suelo y se aseguró de que el perro todavía estaba vivo, pero no llegó a verificar qué había sucedido. Al final se comprobó que Meg, no se sabe cómo, había enrollado la correa de su pequeña vestidura en torno al cuello de tal modo que casi se estranguló. Nosotros lo liberamos inmediatamente y, tan pronto como pudo respirar, el animal se reanimó y se restableció.

De ahora en adelante, si me sucediese experimentar sensaciones precisas de esta naturaleza respecto de alguien, me propongo acudir sin demora. Juro haber escuchado el brincar tan característico de Meg cerca de la cama y mi marido puede afirmar lo mismo.

Para mayores detalles sobre este caso, remito al lector al citado número del Journal.

Todavía en este caso, cuya génesis claramente telepática parece fuera de cualquier duda (tanto más que, esa vez, las personas que recibieron las impresiones auditivas fueron dos), en este caso

todavía, digo yo, la manifestación telepática se lleva a cabo bajo una forma simbólica, es decir, una llamada urgente de socorro, partida de la mente de un perrito agente, llega hasta el perceptor transformada en un eco característico del brincar, tal como hacía el animal cada mañana junto al lecho de sus dueños.

Pues bien, es incontestable que una percepción telepática de esta categoría, dadas las circunstancias en que se produjo, no podría constituir la expresión exacta del pensamiento del agente, sino tan solo una traducción simbólico-verídica del pensamiento del mismo. En efecto, es lógico y natural pensar que un animal a punto de morir estrangulado, haya dirigido intensamente su pensamiento hacia aquellos que eran los únicos que podrían salvarlo, no siendo, por el contrario, en modo alguno admisible que el animal, en aquel momento supremo, haya pensado en los saltitos que solía dar todas las mañanas junto al lecho de sus dueños.

Caso X – (Auditivo, coincidiendo una percepción luminosa) – Extraigo el siguiente caso del volumen VIII, página 45 de los Annales des Sciences Psychiques, que lo reproducen de la revista italiana Il Vessillo Spiritista:

La Srta. Lubow Krijanowsky, hija del general del mismo apellido y hermana de la Srta. Wera

Krijanowsky (actualmente señora Semenoff), nos contó el siguiente caso que le sucedió, referente a la debatida cuestión del alma de los animales.

Se trata de una perrita que era la predilecta de todos nosotros, sobre todo de Wera; y un poco a causa de esta afición y de los mimos exagerados, el animal se puso enfermo. Sufría ahogos y tosía, pero el veterinario que lo trataba esperaba que la enfermedad no fuese peligrosa. Mientras tanto, Wera se preocupaba mucho y se levantaba durante la noche para hacerle fricciones y darle su medicamento, aunque nadie pensaba que fuese a morir.

Cierta noche el estado de Bonika (este era el nombre de la perrita) empeoró de repente. Esto nos preocupó, sobre todo a Wera, y entonces decidimos llevarla por la mañana temprano al veterinario, puesto que de otra forma éste solamente vendría por la noche.

Siendo así, Wera y nuestra madre partieron por la mañana con el animalito enfermo, mientras yo quedaba y me ponía a escribir. Me hallaba tan absorta que me olvidé de que se habían ido, cuando, de repente, la oí toser en el cuarto vecino. Era allí donde estaba su camita y, tras haberse puesto enferma, tan pronto comenzaba a toser o a gemir, alguno de nosotros se acercaba a ver de qué necesitaba, dándole de beber el medicamento o ajustando un parche curativo que tenía en el pescuezo.

Llevada por la costumbre, me levanté y me acerqué a la camita. Viéndola vacía, recordé que mamá y Wera habían marchado con Bonika y me sentí perpleja, porque la tos se había oído tan fuerte y distinguible que era preciso alejar cualquier idea de equivocación.

Estaba aún pensativa ante la camita vacía, cuando se hizo oír a mi lado uno de esos gemidos con que Bonika nos saludaba cuando regresábamos; a continuación un segundo, que parecía provenir de un cuarto vecino, y al fin un tercer lamento que parecía perderse a lo lejos.

Confieso que me sobresalté y se apoderó de mí un temblor penoso; después me vino la idea de que el animal había muerto. Miré el reloj, que marcaba faltar cinco minutos para el mediodía.

Inquieta y agitada, fui a la ventana y aguardé a los míos con impaciencia. Viendo a Wera volver sola, corrí a su encuentro y le dije a bocajarro: Bonika ha muerto. ¿Cómo lo has sabido?, me preguntó ella, asombrada. Antes de responder le pregunté si sabía a qué hora precisa había expirado el animal. Algunos minutos antes del mediodía, fue su respuesta; y me contó lo que sigue:

Cuando llegaron a casa del veterinario, sobre las once, él ya había salido, pero la empleada les pidió insistentemente que lo esperasen, visto que, allá por el mediodía su patrón debería volver, como era su costumbre. Entonces se quedaron, pero como el animalito se mostrase siempre más agitado, Wera lo

ponía ya en el diván, ya en el suelo, y consultaba el reloj con impaciencia. Al fin, con gran alegría, vio que faltaban pocos minutos para el mediodía, pero en ese momento la perrita volvió a ahogarse. Wera quiso colocarla en el diván, pero, cuando la levantaba del suelo, vio, de repente, que tanto el animalito como sus propias manos estaban inundados de una luz púrpura tan intensa y viva que ella, no comprendiendo nada de lo que ocurría, gritó: ¡fuego! Mamá no había visto nada, pero como estuviese de espaldas a la chimenea, pensó que su ropa se había prendido, volviéndose espantada, pero a continuación vio que Bonika acababa de morir; esto hizo que mamá no censurase a Wera por su intempestivo grito y por el temor que le había causado.

Hago observar que este hecho se reviste, a su vez, de cierto carácter simbólico. Nada más frecuente, en efecto, que esos casos de transformación más o menos aberrante de los impulsos telepáticos combinados con las idiosincrasias especiales de los perceptores. Si bien cuando los episodios de esta naturaleza se producen entre criaturas humanas, cuyo agente es el muerto, está permitido suponer que puedan ocurrir algunas veces por la voluntad del agente, que se conformaría así con las idiosincrasias del perceptor y que, cualesquiera que fuesen las modalidades con que estos episodios se manifestasen, dependerían siempre de que un impulso telepático debe seguir

necesariamente la vía de menor resistencia para llegar a la consciencia del perceptor.
En las recopilaciones de estos casos publicadas por la Society for Psychical Research, se encuentra un episodio en el cual una entidad espiritual se manifiesta, simultáneamente, de tres maneras diferentes, a tres personas, de las cuales una sola percibe su espíritu, otra oye su voz que pronuncia una frase de saludo, mientras que la tercera siente un suave perfume de violetas, coincidente con la circunstancia de que el cadáver de la entidad, en su lecho de muerte, había sido literalmente cubierto con violetas. Pues bien, en tales circunstancias, sería racional suponer que la entidad que se manifestaba había actuado con un propósito deliberado, en manifestaciones diversas, todo en conformidad con las idiosincrasias personales de los perceptores, es decir, que se manifestó bajo una forma objetiva a la persona del tipo visual, transmitió una frase de saludo a la persona de tipo auditivo, y, en fin, engendró una sensación olfativa en la persona cuya vía de menor resistencia estaba constituida por el sentido del olfato. El incidente que hace plausible esta variante explicativa está constituido por la frase de saludo que recibe la persona del tipo auditivo, frase que difícilmente ha podido ser creada durante el paso de la subconsciencia a la consciencia de un único impulso telepático; mientras que todo se explicaría fácilmente suponiendo que la frase en

cuestión haya sido pensada y transmitida por la entidad comunicante.

Volviendo al caso relatado anteriormente, observo en él una circunstancia que de hecho complica su interpretación teórica: es que Bonika murió en brazos de su dueña. Esto lleva a pensar que no debería haber, en el animal enfermo, motivos emocionales que pudiesen hacerle dirigir su pensamiento hacia otra persona de la familia que se había quedado en casa, determinando así un impulso telepático. En estas condiciones, habría que sacar de ello la conclusión de que, muy probablemente, se produce en los animales lo que sucede muchas veces con las criaturas humanas, es decir, que el enfermo determina, al morir, manifestaciones telepáticas por el único hecho de dirigir un pensamiento de tristeza hacia el medio alejado en el cual vivió larga y felizmente. Observo, no obstante, que, en el caso de criaturas humanas, habría otra explicación que sería de naturaleza no telepática sino espírita, o sea, que en circunstancias especiales, el espíritu del muerto, tan pronto como libre de los lazos corporales, volvería al medio en el cual ha vivido, esforzándose por hacer conocer su presencia a sus familiares.

En cuanto al fenómeno luminoso percibido por la joven que tenía a Bonika en los brazos en el momento de la muerte, éste no se halla entre las manifestaciones que acabamos de examinar, si bien, desde otro punto de vista, no deje de ser interesante y sugestivo, ya que fenómenos análogos se producen

muchas veces en el lecho de muerte de criaturas humanas.

Caso XI – (Visual) – Recojo el siguiente suceso en un interesante artículo de la señora Elisabeth D'Esperance, publicado por Light en su número de 22 de octubre de 1904, página 511:

Una única vez me ocurrió algo semejante, en una prueba personal de la presencia, en espíritu, de un animal que yo había conocido muy bien en vida. Se trataba de un foxterrier, gran favorito de mi familia que, a consecuencia de la partida de su dueño, había sido dado a uno de sus admiradores que vivía a un centenar de millas de nuestra casa.

Un año más tarde, cuando yo entraba, cierta mañana, en el comedor, vi, con gran asombro mío, a la pequeña Morna que corría saltando alrededor del cuarto y parecía presa de enorme alegría. Saltaba, saltaba siempre, ya metiéndose bajo la mesa, ya introduciéndose bajo las sillas, tal como tenía costumbre de hacer en sus momentos de excitación y alegría, después de una ausencia más o menos prolongada de la casa. Saqué naturalmente la conclusión de que el nuevo dueño de Morna la había llevado a nuestra casa o, cuando menos, que la perrita había logrado ella sola encontrar el camino de su antigua casa. Interrogué al respecto a varios

miembros de nuestra familia, pero nadie sabía nada, de forma que me pareció un deber buscarla por todas partes e incluso llamar por su nombre, pero Morna no apareció. Me dijeron entonces que yo debía haber soñado o haber sido víctima de alguna alucinación, y después de esto el incidente quedó olvidado.

Varios meses, un año quizás, transcurrió antes de que tuviésemos ocasión de encontrarnos con el nuevo dueño de Morna, al cual pedimos noticias de ella. Nos contó que Morna había muerto a consecuencia de las heridas recibidas durante una lucha con un perro muy grande. Pues bien, por lo que pude verificar, la lucha se había producido por las mismas fechas o muy poco tiempo antes del día en que yo la había visto (en espíritu) correr, saltar, girar en torno a la sala de su antigua morada.

Esta narración recuerda la última consideración que hice respecto del ejemplo anterior, o sea, que en el caso de las criaturas humanas, se podría a veces suponer que no se trata precisamente de una alucinación telepática reproduciendo la forma del agente, antes bien del propio espíritu del agente que, tan pronto se ha liberado de los lazos de la materia, volvió al medio en que había vivido, buscando señalar su presencia a sus familiares. Ahora bien, aunque se no se trate de una criatura humana, sino de una perrita, es preciso reconocer que la manera de comportarse del fantasma – corriendo y saltando en el cuarto, presa de un acceso de alegría, tal como tenía costumbre de hacer la perrita viva, después de

una prolongada ausencia – sugiera irresistiblemente la idea de la presencia espiritual del animal muerto.

Y aquí, a fin de prevenir cualquier objeción posible relativa a esta suposición, que podría parecer a primera vista gratuita o audaz, recuerdo que, en la introducción de esta obra, ya prevenía a mis lectores de que narraría, en momento oportuno, algunos buenos ejemplos de apariciones post mórtem de formas de animales identificados, que fueron percibidas, ya colectivamente por varias personas, ya sucesivamente por diversos perceptores que ignoraban, recíprocamente, la experiencia de los demás. Se extrae de esto que, estos hechos, absolutamente conformes a lo que se produjo en las apariciones post mórtem de espíritus humanos, justifican y confirman la suposición que acabo de exponer.

Caso XII – (Visual) – El siguiente caso fue extraído de los Proceedings of the Society for Psychical Research, vol. X, p. 285, narrado por la señora Mary Bagot. Helo aquí:

En 1883 nos encontrábamos alojados en el Hotel des Anglais, en Menton. Había dejado en mi casa, en Norfolk, un perrito foxterrier amarillo y negro llamado Judy, mi gran favorito, confiado a los cuidados de nuestro jardinero. Cierto día, cuando

estaba sentada a la mesa del hotel, percibí de repente que mi perrito atravesaba la sala y sin reflexionar, grité: ¿Cómo es que estás aquí, Judy?

No había, sin embargo, ningún perro en el lugar. En breve tiempo estaba en casa de mi hija, que se hallaba enferma y encamada, y le conté el caso. Algunos días más tarde, recibí una carta en la que se me contaba que Judy, después de haber salido por la mañana con el jardinero para dar su paseo habitual y, no estando muy bien, había sido acometido de un mal súbito sobre la hora del almuerzo, muriendo en media hora. Bastante tiempo transcurrió para que yo me convenciese de que lo había visto en el instante mismo en que expiraba.

La hija de la señora Bagot, señora Wodehouse, a ruego del señor Frederick Myers, le envió el diario de anotaciones tomadas durante su estancia en Menton. Allí escribió respecto del caso sucedido a su madre en estos términos: 24 de marzo de 1883. ¡Mamá, durante la comida, vio la figura de Judy! La misma señora narra a Myers sus recuerdos sobre el caso, del cual extraigo las líneas siguientes:

Recuerdo perfectamente que mi padre, mi madre, mi hermana (Srta. Algernon Law) y mi cocinera (Srta. Dawnay) entraron todos en mi cuarto y me contaron, riendo, que mamá había visto a Judy atravesar la sala cuando estaba sentada a la mesa del hotel. Mi madre estaba de tal modo segura de haberlo visto, que mi padre, según creo, fue a preguntar a un empleado del hotel si había perros en

el establecimiento, a lo que se le contestó negativamente.

(Para otros detalles al respecto, remito a los lectores al volumen VII, p. 243 de los Proceedings of the Society for Psychical Research).

Este caso es en todo semejante al precedente, solo que esta vez la forma del perrito muerto se limita a atravesar el aposento, sin dar cualquier signo de estar consciente del medio en que se hallaba, ni de la presencia de su dueña; esta modalidad de manifestación pasiva es conforme a la que se produce en las alucinaciones telepáticas propiamente dichas, mientras que, en el ejemplo precedente, el animal se comportó de modo espontáneo y activo, a fin de hacer ver su presencia espiritual en el lugar.

Caso XIII – (Visual táctil, con telekinesia) – El astrónomo Camille Flammarion comunicó a los Annales des Sciences Psychiques (1912, p. 279) la siguiente narración que le fue enviada por el Sr. G. Graeser, residente en Lausana, Suiza:

Permitidme relataros un pequeño acontecimiento que concierne a las manifestaciones de que habláis en vuestro libro L'Inconnu et les Problèmes Psychiques. No os hablaría de él si hubiese visto un caso semejante en la referida obra.

No se trata de una persona, sino de un animal… Un poco solitario, amante del estudio y no del mundo, no tengo amigos, pero sí uno: un perro, que

era más inteligente que muchos hombres. Era mi guardián. Durante la noche, cuando me quedaba a solas contemplando el cielo, él permanecía fielmente tumbado a mis pies, con su espeso pelaje (era un San Bernardo) cubriéndome las piernas, de forma que me era difícil moverme cuando debía seguir la marcha de una estrella. Si estaba en mi cuarto leyendo, él permanecía sentado, mirándome, y yo incluso diría que comprendiéndome. Sentía que a él le gustaba tanto la soledad cuanto a mí, por esto no nos separábamos.

Os hago esta exposición para que podáis comprender mi afecto por él y por qué lo consideraba como amigo. He aquí, pues, mi narración:

Fue en diciembre de 1910, precisamente el día 14, cuando mi madre se llevó con ella a mi Bobby. Debo observar, ante todo, que tenía la desagradable costumbre, cuando alguno se acercaba, de mostrarse un tanto agresivo hacia él; en segundo lugar que, cuando yo discutía con mi padre, él tomaba parte en la disputa y se colocaba seriamente a mi lado.

Por motivo de una queja, pienso yo (solo lo he sabido más tarde, para mi pesar), mis parientes decidieron mandar sacrificarlo.

Ocurrió un anochecer, sobre las 7 y media. Yo estaba en mi cuarto y oí abrirse la puerta (él la abría solo, pues era tan alto como yo, midiendo un metro ochenta). Entonces, escuché abrirse la puerta y vi aparecer mi Bobby en el umbral, con aire de

sufrimiento. Grité: ¡Ven, Bobby!, sin levantar los ojos, pero él no me obedeció. Repetí entonces mi orden y él vino, se frotó contra mis piernas y se tendió en la alfombra. Quise acariciarlo, pero… él no estaba allí.

Aunque yo nunca haya leído historia igual por lo infrecuente, me precipité para fuera de mi cuarto, cuya puerta aún estaba abierta, y llamé por teléfono a Lausana (a dos kilómetros), al galpón del matadero, y he aquí textualmente mi rápido diálogo:

- Hola, le hablan del matadero.

- ¿Ha visto ahí a una señora de negro con un perro San Bernardo?

- Acabamos de sacrificar a uno de ellos, hace dos minutos tan solo. Está acostado y la señora, cerca.

Ante estas palabras, caí de espaldas y me desmayé. Cuando volví a mi estado normal, llamé por mi perro. Él no se hallaba allí, estaba muerto. Después me contaron todo el drama.

Tal es la historia de mi Bobby. Nótese que en el mismo minuto en que moría, yo lo vi con mis propios ojos, y lo que aleja cualquier idea de alucinación es la puerta, abierta por él mismo.

(El señor Flammarion rogó a un profesor de la Universidad de Lausana que llevase a cabo una investigación sobre el caso, la cual confirmó la narración del joven Señor Graeser).

En este caso notabilísimo, se encuentran dos circunstancias que no se producen sino raramente en

el caso de alucinación telepática. La primera y más importante, consiste en el hecho de que la aparición de la forma del perro fue precedida por el fenómeno físico de la puerta que abrió. En la fenomenología telepática se encuentran a veces episodios en los cuales el perceptor ve abrirse la puerta y entrar un espíritu, pero casi siempre la puerta se cierra enseguida. En este caso, por el contrario, como ciertamente en gran número de otros casos, la puerta fue hallada abierta, no tratándose de una alucinación, sino de un fenómeno de orden supra normal.

El fenómeno en cuestión no podría, pues, explicarse sino reconociendo el fundamento de lo que hemos observado anteriormente, es decir, que las apariciones que denominamos telepáticas no lo son siempre en la significación puramente alucinatorio-verídica que se liga a la telepatía. Podrían tratarse algunas veces de verdaderas apariciones objetivas, implicando la presencia en el lugar de la entidad espiritual que se manifiesta. Esa entidad, por motivo de muerte muy reciente y violenta, permanecería durante algún tiempo todavía saturada de fuerza vital, pudiendo así actuar aún sobre la materia. Si el incidente de la puerta que se abrió fue bien observado, entonces somos forzados a inferir que la forma del perro no era solamente una simple proyección alucinatoria, y sí la objetivación de algo análogo al periespíritu del animal.

Este aserto sería, en cierta forma, confirmado por la otra circunstancia producida durante la

manifestación, a saber: que el perro respondió a la invitación de su dueño, entrando en el cuarto del muchacho, acostándose a sus pies y frotándose contra sus piernas. Todos estos detalles sugieren una presencia real, puesto que, en general, las apariciones telepáticas son inertes como estatuas. Cuando se desplazan y caminan, proceden de manera automática, como si ignorasen el medio en que se encuentran, modalidades todas conformes a la teoría según la cual consistirían en puros simulacros proyectados exteriormente por el pensamiento del perceptor, influido por el del agente.

Es bien verdad que, en ciertos casos, las formas telepáticas demuestran que no ignoran en qué medio se hallan, ni qué personas las observan, y que a veces incluso les dirigen la palabra. Tan solo en estas circunstancias, se podría preguntar si no se trata realmente, y siempre, de manifestaciones objetivas. En suma, ya que todo concurre a demostrar que las apariciones de formas espirituales tienen su origen en causas diversas, de tal modo que hay ciertamente formas objetivas (entre las cuales la clase total de los fenómenos de bilocación), nada impide que se admita también que una parte de las manifestaciones que ocurren sea del tipo telepático-alucinatorio.

Caso XIV – (Visual) – El Rev. Ellis G. Roberts envió a Light (1922, p. 241) la narración de un

incidente supra normal ocurrido con su hija y escrita por ésta misma en los siguientes términos:

Yo tenía un foxterrier irlandés llamado Paddy y había entre nosotros un afecto recíproco. Cierta mañana él no apareció para la primera comida y no me preocupé, pues tenía la costumbre de salir a pasear solo, aunque fuese casi siempre regular a la hora de la comida. Sobre las nueve, me encontraba en la cocina que se abre sobre una pequeña arcada, desde donde, por otra puerta, se pasa a la despensa. La puerta exterior estaba abierta y desde la posición en que estaba yo podía ver directamente el jardín. Era una mañana soleada y la tierra estaba cubierta de nieve. Mirando hacia fuera, vi a Paddy llegar, saltando sobre la nieve, atravesar el jardín, entrar en la arcada y desaparecer en la despensa. Yo lo seguí, pero no lo encontré en parte alguna. Asombrada y perpleja, volví a la cocina, donde se hallaban diversas personas que, nada habiendo visto, querían convencerme de que yo había tomado por Paddy a otro perro de raza dálmata, de pelo moteado, mucho más gordo que Paddy y muy diferente de un foxterrier irlandés. Ese animal también era de la casa. Estaba apegada a una tentativa de explicación que me parecía absurda: yo había percibido, en el fondo brillante de la nieve, a mi perito, observando bien el contraste entre su pelo negro y la blancura del medio. Volví a buscarlo por todas partes, pero inútilmente. Paddy no estaba en la casa.

Cerca de hora y media más tarde, vi a Paddy llegar en condiciones deplorables: tenía pedazos de pelo arrancados del pecho y de las piernas y cuatro o cinco dientes le faltaban de la boca. Evidentemente el pobre animal había sido asaltado y maltratado sin piedad, pero nunca hemos llegado a saber lo que le había sucedido. Murió algunos meses más tarde, aunque no creo que la muerte haya sido a causa de las heridas.

El Rev. Ellis G. Roberts continúa esta narración con algunos renglones de comentarios:

Mi hija nunca fue propensa a alucinaciones visuales, de modo que me parece que la única explicación razonable del incidente narrado consiste en reconocerlo como un ejemplo de telepatía entre un perro en peligro y su dueña, hacia la cual dirigió su pensamiento, precisamente, por la necesidad en que se hallaba de ser socorrido.

Las conclusiones del Rev. Roberts parecen consistentes y sólidas, siéndonos pues, inútil tratar el tema, pero sí sería útil, una vez más, observar que las condiciones en que se produjo contribuyen a confirmar una vez más la regla a que hemos aludido hace muy poco, o sea, que las manifestaciones telepáticas se producen generalmente siguiendo la vía de menor resistencia que encuentran en las facultades sensoriales del perceptor. Si no fuese así, cuando un agente telepático se halla en una situación dramática y dirige su pensamiento hacia un protector que está lejos, éste debería invariablemente percibir

la imagen del agente según la situación en la cual se encuentra. En efecto, la agitación producida por la situación no puede sino haber invadido momentáneamente el campo entero de la consciencia del agente, pareciendo entonces que no ha podido hallar lugar para otra idea sino la que lo domina en el momento de la transmisión telepática. Pues bien, por el contrario, se verifica en la práctica que esta correspondencia en la representación verídica de los acontecimientos no se produce a no ser raramente en las transmisiones telepáticas, al igual que no se realizó en el caso de de la hija del Rev. Roberts, en el cual hemos visto que un perrito asaltado y maltratado, habiendo innegablemente dirigido su pensamiento a su alejada protectora, determina en ésta una manifestación telepática, a consecuencia de la cual la muchacha, en lugar de percibirlo en la situación en que se hallaba, lo ve volver para casa, caminando penosamente, atravesar el jardín y entrar en la despensa, es decir, que ella lo visualiza en una de las formas habituales de su actitud diaria. Ahora bien, esta diferencia entre el pensamiento del agente y la visualización de la perceptora solo puede explicarse gracias a la ley psíquica que hemos indicado, según la cual todo impulso telepático está sujeto a transformarse para el perceptor en la visualización que le es más familiar, con relación al agente.

Hago notar, en último lugar, que, cuando una visualización telepática es la reproducción fiel de la

situación en que se halla el agente, esto significa que las condiciones de la relación psíquica entre éste y el perceptor son de tal modo armoniosas que no hay obstáculos para el impulso telepático.

Caso XV – (Visual) – Fue publicado en *Light* por la Sra. Joy Snell, la muy conocida sensitiva y clarividente, autora del libro *The Ministry of the Angels* (El Ministerio de los Ángeles), en el cual ella narró las visiones más importantes que tuvo, entre ellas numerosas apariciones de espíritus junto a lechos de moribundos, apariciones vistas durante el ejercicio de su profesión de enfermera diplomada. Aunque la narración sea larga, hemos decidido consignarla por entero, dado el interés psicológico que presenta. La Sra. Joy Snell se expresa así:

Prince es un perro-lobo de raza rusa. Aunque ya no se encuentre en el número de los vivos desde hace varios años, continúo hablando de él hasta hoy, pues, para mí aún está vivo y esto lo sé positivamente ya que viene siempre a visitarme, demostrándome que siente por mí el mismo afecto del pasado. Cuando él se me aparece, me contempla con su mirada afectuosa, reposa la cabeza en mis rodillas, balanceando alegremente su cola. Me sucedió encontrar personas que percibieron, a su vez, a Prince a mi lado e hicieron una descripción minuciosa, pese a nunca haberlo conocido en vida. Eran personas que poseían facultades psíquicas

análogas a las mías, gracias a las cuales puede hacerse visible lo que normalmente no lo es.

Cuando Prince aún estaba en este mundo, su principal ocupación consistía en acompañar a su dueña en sus paseos a pie o en carruaje. Una tarde de verano, volví con el perro para casa, después de una larga excursión. Dos horas más tarde, Andy, el muchacho de las caballerizas, vino a prevenirme de que la perrera de Prince estaba vacía y que no se hallaba al perro en parte alguna. Prince nunca había faltado de modo semejante a sus hábitos regulares. Andy se mostraba preocupado y fue inmediatamente en busca del perro, pero he aquí que Prince apareció saltando por encima del cercado, y vino a nuestro encuentro balanceando la cola. Tras haber manifestado su satisfacción por no haber sido castigado, él tiró de mí levemente por la falda, en dirección a la puerta, y llegando allí, se levantó sobre las patas traseras y, apoyando las delanteras en la puerta, empezó a mirarme y a ladrar. Como repitiese varias veces la misma escena, comprendí que él quería que lo siguiese a alguna parte, de modo que el chico de las caballerizas decidió contentarlo. Abrió entonces la puerta, llamando por Prince, pero éste tiró de mí nuevamente por la falda, haciéndome comprender que deseaba que yo fuese también. Eran las nueve de la noche y nos pusimos en marcha, los tres. Prince siguió la carretera durante algún tiempo, después de lo cual penetró en los campos, corriendo siempre delante de nosotros, y paró unos cincuenta

metros más adelante para esperarnos. Después guió nuestra marcha durante más de dos millas. Llegamos finalmente a un foso rodeado de una cerca, en una abertura de la cual había un montón de helechos. Allí el animal se detuvo, esperando nuestra llegada y, al mismo tiempo, mirándonos con una expresión de extraña ternura. Era evidente que al fin había llegado a donde había algo misterioso que quería mostrarme, pero no podía encontrar una explicación de por qué no había anunciado nuestra llegada balanceando la cola; enseguida comprendí la razón de su silencio. En el montón de helechos estaba acostada, profundamente dormida, una criaturita de cerca de tres años. Si Prince hubiese balanceado la cola ciertamente la hubiese despertado y asustado.

Ahora, he aquí cómo se llegó a explicar el extraño hecho de una criaturita dormida en un cercado. Había jugado toda la tarde en el prado, con un grupo muy numeroso de otros chiquillos, mientras los campesinos regresaban a su heredad en su carroza, sin apercibirse de que, en aquella pandilla de críos faltaba uno. Llevé la criaturita a sus padres, que me lo agradecieron llorando y besándome. Ese gesto magnífico de Prince lo hizo famoso en todo el país.

Pensativa, yo me preguntaba, perpleja: “¿Cómo había podido Prince descubrir la criatura dormida?” las circunstancias en que se produjo el descubrimiento muestran que no se trata de una casualidad, pues yo no podía imaginar cosa alguna,

pero ahora, después de tantos años, ya no ocurre lo mismo. Yo sé, ahora, que los perros – o por lo menos ciertos perros – están dotados de facultades psíquicas y pueden percibir los espíritus de los muertos. Según pienso, en la tarde en que Prince salió en busca de la criaturita extraviada, él fue llevado a proceder así por alguna entidad espiritual percibida solamente por él, como sucede en los casos de personas dotadas de facultades de clarividencia. Esa entidad debe haber guiado al animal hasta el cercado donde dormía, y la inteligencia y el instinto del perro, hicieron lo demás.

El pobre Prince tuvo una muerte violenta, y, probablemente, sin sufrir. Andy, el mozo de las caballerizas, yendo a la estación del ferrocarril, lo llevó para dar un paseo. Prince fue arrollado y aplastado por un tren que llegaba. En aquel momento, yo leía al lado de la chimenea y, ocurriéndome mirar por encima del libro, vi a Prince extendido a todo lo largo de su cuerpo sobre su alfombrilla y yo exclamé: “¿Ya de vuelta, Prince?” Al decir esto, extendí la mano para acariciarlo, pero ésta ya no encontró resistencia, solo el vacío: Prince había desaparecido. Naturalmente saqué la conclusión de que había sido juguete de alguna imaginación de manera extraña, pero una hora más tarde Andy llegaba con la triste noticia. Cuando Prince se me apareció fue poco tiempo después del instante en que había sido aplastado por el tren.

La primera parte de la narración de la Sra. Joy Snell es interesante bajo el punto de vista de la psicología animal, puesto que contiene un ejemplo espléndido de la inteligencia y de los sentimientos generosos que poseen algunos especímenes de la raza canina.

Tal como justamente observó la Sra. Snell, no parece posible explicar el hecho del descubrimiento de la criatura extraviada mediante la hipótesis de la casualidad, considerando que para ir a buscarla, el perro había dejado la perrera a propósito y contra todas sus costumbres, como si hubiese actuado bajo la orden de un impulso exterior, que en este caso no podía ser más que de origen supra normal.

En cuanto a la afirmativa de la Sra. Snell de que ella continuaba percibiendo frecuentemente la forma del perro fallecido y que diferentes personas la habían percibido como ella, es una afirmativa a que solo se puede atribuir el valor de prueba, teniendo en vista la naturaleza positivamente alucinatoria de varias formas análogas de visiones subjetivas y la imposibilidad de distinguir las formas alucinatorias de las que no lo son. Observo, no obstante, que en el presente caso hay una circunstancia colateral que militaría en favor de la realidad objetiva de las apariciones en cuestión; consiste en que la misma clarividente estuvo sujeta a múltiples formas de apariciones subjetivas, cuya naturaleza positivamente verídica se pudo comprobar, tales como, por ejemplo, numerosas apariciones de

espíritus en el lecho de muerte, percibidos por ella en el ejercicio de su profesión de enfermera diplomada.

Caso XVI – (Visual-auditivo) – Lo tomo prestado de la Revue Scientifique et Morale du Spiritisme (1920, p. 251) y es la Señora Camier quien narra este acontecimiento sucedido a ella misma:

Yo tenía una bellísima gata de Angora, de largo pelo blanco manchado de gris, con ojos verdes rodeados de negro. Era mansa y cariñosa y todo el mundo la admiraba, pero tenía un defecto: todas las noches intentaba escaparse para ir a pasear. El patio de la casa en que yo vivía estaba dividido en dos por una verja y ella escapaba saltando por encima de ésta.

Cierta noche llegué al patio a tiempo de agarrarla cuando se preparaba para saltar la verja. Apenas la había tomado en brazos cuando tuve la sorpresa de percibir otra gata de Angora, en todo igual a la mía, que saltaba por encima de la verja. En aquella ocasión nada sabía respecto de la doctrina espírita y miré al otro lado de la verja para asegurarme de ese hecho extraño, aunque supiese que en toda la manzana no existía una gata semejante a la mía; pero al otro lado nada vi.

Más tarde, cuando ya tenía algún conocimiento sobre espiritismo, comprendí que mi gata estaba, en aquel instante, de tal modo poseída por la idea de huir, que su periespíritu se liberó con tamaña fuerza hasta el punto de poder parecer sustancial.

Algún tiempo más tarde el pobre animal enfermó y me vi en la necesidad de confiarlo a los cuidados de un veterinario. La noche en que murió, sentí – positivamente sentí – a mi gata agarrar la manta con sus uñas y subir para mi cama, tal como hacía habitualmente, impresión tan real que extendí instintivamente la mano para asegurarme de que no estaba equivocada. A la mañana siguiente fui a casa del veterinario, donde supe que mi gata había muerto durante la noche, y es evidente que su último pensamiento había sido para mí.

De los dos incidentes de telepatía animal contenidos en la narración de la señora Camier, el segundo no difiere de los otros que hemos relatado, mientras que el primero es de naturaleza excepcional e interesante. Dispensando la explicación fantasiosa que de él da la perceptora, podemos decir, en cambio, que este incidente constituye un ejemplo bastante característico de transmisión telepática de pensamiento entre el animal y el hombre. Nos hace asistir al fenómeno de una gata, sorprendida por la dueña en flagrante delito, en la brusca interrupción de su intención. La idea que invade su mente se transmite telepáticamente a la mente de la dueña que percibe una gata alucinatoria saltando por encima de

la verja, según la imagen-pensamiento existente en la mente de la gata real. El caso es notable e instructivo, tanto más cuanto que el animal agente estaba en brazos de la perceptora.

*

Dejo de narrar, por brevedad, otros siete casos semejantes, remitiendo a los eventuales lectores interesados, a las siguientes obras y publicaciones:

Caso XVII -Phantasmas of the Living vol. II p. 446 (Visual).
Caso XVIII - Journal of the S.P.R., vol. VI, p. 375 (Visual-colectivo).
Caso XIX - Juez Edmonds: Letters and Tracts p. 336 (Visual-colectivo).
Caso XX - Rivista di Studi Psichici, 1900, p. 350 (Visual).
Caso XXI - Proceedings of the S.P.R., vol. X, p. 181 (Visual Colectivo)
Caso XXII - Revue Scientifique et Morale du Spiritisme 1911, p. 723 (Visual-táctil-colectivo).
Caso XXIII - Revue Scientifique et Morale du Spiritisme 1920, p. 25 (Visual).

SEGUNDA CATEGORÍA

ALUCINACIONES TELEPÁTICAS EN LAS CUALES UN ANIMAL

ES EL PERCEPTOR

Los casos de esta categoría, aunque no les falte a veces cierto interés, no pueden representar un valor científico real por la imposibilidad de asegurar lo que efectivamente sucedió con el animal y lo que éste percibió realmente.

Caso XXIV – En la Revue Spirite de enero de 1905, p. 51, el barón Joseph de Kronhelm narra el siguiente caso que sucedió con personas de sus relaciones:

Un oficial conocido mío, acantonado en Gajsin, en Podolia, Rusia, partía, en el mes de abril, hacia la guerra contra Japón. La víspera del día de su partida, envió a su perro de caza, un bello animal, muy inteligente y al que tenía mucho afecto, a otro oficial del mismo regimiento, amigo suyo, gran amante de la caza, rogándole que guardase el animal hasta su regreso, si Dios le permitiese volver. En la eventualidad de su muerte, debía el perro quedar como propiedad del amigo. Tres meses después de la

partida del oficial, cierta mañana, el perro, sin causa alguna aparente, se puso a soltar terribles aullidos que molestaron mucho a la familia del oficial y a sus vecinos. Todo cuanto se hizo para calmarlo fue inútil. El pobre animal no dio la menor importancia a las caricias del oficial o de su esposa, ni quiso comer nada, aullando sin cesar día y noche, hasta que sus aullidos cesaron al tercer día. Dicho oficial, un hombre muy instruido, que ya había oído hablar sobre los presentimientos de los animales, anotó cuidadosamente la fecha del acontecimiento y dijo a su esposa: Quiera Dios que yo me equivoque… pero estos aullidos de nuestro perro, sin ninguna razón aparente, son una señal de mal agüero. Creo que nos va a suceder alguna desgracia o que recibiremos una mala noticia. Y la desgracia no se hizo esperar. Después de algún tiempo llegaba la noticia de la muerte del antiguo dueño del animal, que había fallecido durante una lucha contra los japoneses, en el instante mismo en que éste empezó a aullar.

Este hecho parece bastante probatorio en el sentido nítidamente telepático, pues, si el animal se puso de pronto a aullar lastimeramente, sin aparente causa, persistiendo en esa actitud, a pesar de las caricias que le hacían los familiares e incluso rehusando comer, es preciso suponer que debía haber en ello una causa oculta cualquiera, que correspondiese a su desolación. Ahora bien, como se verificó que en el momento en que el perro empezó a aullar, su antiguo dueño moría en la guerra, todo

contribuye a presumir que el animal tuvo realmente la visión telepática de la muerte del oficial.

Caso XXV – Fue primeramente publicado en Light (1818, p. 5) – Un redactor de esa publicación espírita londinense, amigo del Señor Tom Terriss, hijo del actor dramático William Terriss, asesinado en 1817, escribe:

En la misma noche del asesinato, la señora Terriss estaba sentada en el salón de su pequeño hotel en Belford Park y tenía, sobre las rodillas, un pequeño foxterrier llamado Davie, que dormía. Sus hijos, William y Tom, estaban con ella. El reloj marcaba las siete y veinte cuando, de repente, sin que nada lo pudiese hacer prever, el perro saltó al suelo y empezó a tirarse de aquí para allá, gruñendo, ladrando, enseñando los dientes y mordiendo, en un extraordinario estado de cólera y de terror. Esa insólita actitud del animal causó profunda impresión a la señora Terriss, que permaneció afectada durante el resto de la noche. Pues bien, las siete y veinte de la noche fue exactamente la hora en que el actor dramático William Terriss cayó asesinado.

Su hijo Tom refirió así lo sucedido: yo jugaba una partida de ajedrez con mi hermano William y el perro dormía sobre las rodillas de nuestra madre, cuando repentinamente él nos asustó, saltando al suelo, corriendo de un lado para otro, furioso y agitado, enseñando los dientes y mordiendo el vacío.

Nuestra madre, espantada, exclamó: ¿Qué pasó? ¿Qué es lo que él está viendo? Ella estaba convencida de que la ira del animal estaba dirigida contra un enemigo invisible. Mi hermano y yo nos esforzamos por calmarlo, aunque estuviésemos asimismo bastante sorprendidos y perplejos con la actitud inexplicable de un perro generalmente tranquilo y de dócil temperamento.

Considerando que el episodio en cuestión es de naturaleza imposible de comprobar, sería inútil extenderse en comentarios especiales, limitándome entonces a observar que el hecho de la correspondencia perfecta de la hora en que tuvo lugar el asesinato con la mímica furiosamente agresiva del animal, conduce irresistiblemente a pensar que él haya tenido realmente la visión subjetiva de la escena dramática en la cual su dueño sucumbía y, en consecuencia, intentó defenderlo, lanzándose contra el agresor.

Caso XXVI – Extraído de Les Annales des Sciences Psychiques (1916, p. 149) – Consta de una carta particular que la señora Esperanza Payker envió el 7 de diciembre de 1916, desde Zúrich, Suiza, a una de sus amigas, y se refiere a la muerte en la guerra de un hermano de la remitente de la carta. He aquí el fragmento esencial de la narración:

Me pides noticias de Richard. Falleció, desgraciadamente, combatiendo contra los rusos.

¡Él, el cosmopolita, el que quería mirar a todo hombre como a un hermano! En el momento de su muerte, ocurrió un hecho que no puede dejar de interesarte. Tú te acuerdas de Kacuy (el perro de Richard). Pues bien, a las siete de la tarde del trece de agosto último, él estaba como adormecido a mis pies. Repentinamente se levanta y corre hacia la puerta, moviendo la cola, ladrando y saltando como si fuese a recibir a una persona conocida; pero, de pronto, se retiró espantado, aulló lastimeramente, gimió, tembló, volvió a tumbarse a mis pies, sin dejar de gemir durante toda la noche. A la mañana del día siguiente abandonó la casa y nunca más fue visto.

Bien, la extraña manifestación del perro coincidió exactamente con la hora en que Richard caía gravemente herido y la desaparición del perro se produjo precisamente a la hora de la muerte de su dueño.

También en este ejemplo la mímica expresiva del animal tiende a demostrar el carácter verídico de la telepatía, y en este caso considerando que al principio él se comportaba alegremente como si asistiese al regreso de un familiar, cambiando bruscamente de actitud a continuación, dando muestras de espanto, como si hubiese notado la naturaleza fantasmagórica de lo que percibía.

TERCERA CATEGORÍA

ALUCINACIÓN TELEPÁTICA PERCIBIDA COLECTIVAMENTE POR PERSONAS Y POR EL ANIMAL

Esta categoría es complemento de la precedente y sirve para apoyar la suposición de que los casos expuestos en la serie anterior son realmente telepáticos.

Caso XXVII – (Auditivo-visual-colectivo con impresión de viento muy frío). Lo extraigo de la obra de Camille Flammarion Lo desconocido y los Problemas Científicos).

Una de mis amigas de estudios se había marchado a la India como médica, perdiéndonos de vista, pero siempre estimándonos una a la otra.

Cierta vez, la noche del veintiocho al veintinueve de octubre (yo estaba entonces en Lausana, Suiza), fui despertada antes de las seis por pequeños golpes en mi puerta. Mi cuarto de dormir daba a un pasillo que terminaba en la escalera del piso. Yo dejaba la puerta de mi cuarto entreabierta para permitir que un

gran gato blanco que por entonces tenía, saliese a cazar durante la noche (la casa hervía de ratones). Los golpecitos se repitieron, pero el timbre de la noche no había tocado y yo no oí a nadie subir la escalera.

Por casualidad mis ojos cayeron sobre el gato que ocupaba su lugar habitual al pie de mi cama y él estaba sentado, con el pelo erizado, temblando y gruñendo. La puerta se movió como agitada por un leve golpe de viento y vi aparecer una forma envuelta en una especie de tejido vaporoso blanco como un velo sobre una ropa oscura, pero no pude distinguir bien su rostro. La forma se acercó y noté un soplo glacial pasar por mí, mientras que el gato gruñía furiosamente. Instintivamente cerré los ojos y, cuando los reabrí, todo había desaparecido. El gato temblaba en su cuerpo entero, bañado en sudor.

Confieso que no pensaba en mi amiga en la India, sino en otra persona. Cerca de quince días más tarde supe de la muerte de mi amiga en la noche del 29 al 30 de octubre de 1890, en Srinagar, en Cachemira. Supe después que había sucumbido a una peritonitis.

En este caso, en que la perceptora no pudo ver la cara del espíritu, no se puede decir que éste haya sido identificado como la amiga de la perceptora, fallecida aquel día a la misma hora; si bien el simple hecho de esta coincidencia ya constituye una buena presunción en el sentido de las conclusiones de la doctora Thyle.

En cierto modo esto no atañe al tema que nos ocupa, es decir, el de la percepción colectiva de manifestaciones supra normales por parte de hombres y animales. Bien, desde este punto de vista, es preciso observar que, si el gato se mostró espantado hasta el punto de sufrir temblores y abundante transpiración, esto demuestra que tuvo, a su vez, la visión de algo lo bastante anormal como para aterrorizarlo. ¿Qué podría ser esa cosa, sino la forma espectral percibida por su dueña?

Caso XXVIII – (Auditivo-colectivo) – Se encuentran en la obra de Hudson Tuttle, titulada The Arcana of Spiritualism, acontecimientos de percepciones supra normales por parte de animales, entre los cuales figura este, de carácter colectivo, en la página 234:

El grumete del navío a vela Avalancha, en cuyo naufragio pereció toda la tripulación, tenía un perro que lo amaba mucho y que atendía prontamente a la llamada de un silbato para perros que su dueño traía siempre consigo. La noche del naufragio, la madre y la tía del grumete estaban en el tocador y el animal en la cocina. Entre las nueve y las diez horas, ambas fueron sorprendidas por un silbido muy fuerte proveniente del piso superior. El sonido era precisamente el del silbato de que se servía el joven grumete. El perro lo había reconocido a su vez e inmediatamente correspondió mediante ladridos,

como era su costumbre, y corrió al piso superior, donde, creía él, suponía encontrar a su dueño.

Si el perro del pobre grumete corrió hacia el piso superior ladrando y, si al mismo tiempo las dos perceptores habían localizado el sonido alucinatorio del silbato familiar, todo lleva a creer, lógicamente, que el animal había escuchado lo mismo.

Caso XXIX – Lo encontré en el *Journal of the Society for Psychical Research* (vol. XIII, p. 28). El eminente mitólogo y sociólogo Andrew Lang comunicó el acontecimiento observado por una sobrina suya, que le escribió lo siguiente:

Skelhill, Kawick, 8 de octubre de 1906.

Llegué a este país el cuatro de agosto; el lunes, 6, estuve en el monte Pen, donde, por primera vez, he visto un espíritu. Me hallaba acompañada por mi viejo perro Turk y subía la cuesta muy lentamente, deteniéndome varias veces, debido a las patas cortas de mi compañero y a su respiración difícil, aparte de que la vegetación era rastrera y dura. Había marcado un último descanso donde el Pen erige bruscamente su cima imponente. Estaba sentada de espaldas al dique y con el rostro hacia la costa rocosa, mientras Turk estaba sentado, jadeante, a mis pies.

Repentinamente he visto llegar, en dirección a mí, a mi amiga, la doctora H., con quien hice el viaje de vuelta de América en 1905. Llevaba una falda corta, azul, con un corpiño de algodón blanco. Iba

sin sombrero y traía un bastón en la mano. Cuando estuvo cerca de mí, noté un mechón de cabellos caído sobre su frente. Supe, quince días antes, que ella había vuelto de América a Inglaterra, de donde debía partir nuevamente el doce de septiembre y que se proponía ir hasta Cornualles para ver a sus padres, pero yo ignoraba cuándo ella volvería. Me causó tal sorpresa encontrarla en aquel lugar que durante un instante no me moví y no pude articular una sola palabra, pero Turk me hizo volver en mí, gruñendo a la recién llegada. Entonces me levanté de un salto, exclamando: “¿Usted aquí, doctora H.?” Ante estas palabras, la doctora se volvió a mirarme y en seguida continuó tranquilamente bajando por el atajo que yo acababa de subir. Sorprendida con su actitud, pues estaba segura de que ella me había visto, la seguí con la intención de detenerla. Esperando, Turk no había cesado de gruñir y de ladrar, pero sin alejarse de mí, aunque tenga por costumbre avanzar, gruñendo, contra las personas y los perros que le son desconocidos. Observé que tenía el pelaje erizado y la cola arqueada como un gran gancho. Cuando la alcancé e iba a extender el brazo para ponerle la mano sobre el hombro, un gran insecto zumbador se interpuso entre nosotros, ¡volando a través de su cuerpo! Entonces vi a la doctora desaparecer. Naturalmente me sentí perpleja y consternada, pues hasta entonces no había tenido la menor idea de que no se trataba de mi amiga en carne y hueso. Sin Turk, yo hubiera dudado de mis sentidos, pero en

estas condiciones no era posible, ya que el perro se había mostrado incontestablemente irritado, gruñendo contra alguien. Te juro que gozo de buena salud, que nunca me he sentido tan bien y que desde hace un año solo bebo agua. No puedo precisar el minuto en que vi la aparición, pero como cuando me senté eran las seis y cinco de la tarde, deduje por ello que debían ser las seis y cuarto, quizá uno o dos minutos más cuando la vi desaparecer.

Tomé rápidamente el lápiz y anoté el extraño acontecimiento en un sobre que tenía en el bolsillo. Tan pronto como regresé a casa, dicté la narración detallada de lo sucedido. Naturalmente he escrito ayer a la doctora, preguntándole qué hacía en tal día y a tal hora en que se me apareció. Tan pronto me haya contestado, te informaré al respecto.

En nueva carta de la sobrina del profesor Lang a su tío había el siguiente fragmento:

Me encontré con la doctora H. y ella me dijo que, el día y hora indicados, bajaba la colina del Tintagel, vestida exactamente como yo la describí, y llevando además un traje de baño en el brazo, que yo no he visto en aquel momento.

La hermana de la doctora H. escribe a su vez:

El día 6 de agosto de 1906, sobre las seis de la tarde, la doctora H. bajaba la colina del Tintagel

después de haberse bañado. Llevaba una falda azul, sin sombrero, y en el brazo, un traje de baño.

Como se puede ver, en el caso en cuestión, se trata de la aparición de una persona viva, percibida conjuntamente por un perro y su dueña. Si bien la autenticidad de la aparición no puede ser puesta en duda, por otra parte, las modalidades de la manifestación se apartan de la regla que rige las apariciones de esta especie, puesto que, generalmente, el agente se encuentra en condiciones excepcionales desde el punto de vista emocional, mientras que, en el caso que nos ocupa, no parece que sea así. De todos modos, es verosímil que la doctora H. haya podido, en aquel momento, dirigir el pensamiento hacia su amiga ausente, con la cual habría de encontrarse días más tarde.

Desde la perspectiva que nos interesa, observo que la aparición fue vista simultáneamente por el animal y por su dueña, pues la actitud del perro, que gruñía y ladraba contra la forma percibida, pero no se atrevía a alejarse de la falda protectora de su dueña, muestra que él comprendía claramente que se hallaba en presencia de una manifestación fantasmagórica, mientras que su dueña creía absolutamente hallarse ante su amiga en carne y hueso. Esta es una razón más para contradecir la hipótesis de transmisión del pensamiento del hombre al animal.

Caso XXX – (Visual con anterioridad del animal sobre el hombre) – Este caso fue publicado en Light (1907, p. 225). El señor J.W. Boulding, conocido autor espiritualista, relata el siguiente suceso, ocurrido con una familia amiga de la suya:

Uno de mis amigos, residente en Kensington, llevaba enfermo algún tiempo y, en cierta tarde de domingo del verano pasado, otro de mis amigos y su esposa fueron, en coche, a hacerle una visita. Cuando llegaron a un punto cerca de la vía férrea, no lejos de la casa del enfermo, el caballo empezó a rebelarse, no quiso seguir camino, pareciendo tomado de un súbito terror. Temblaba, reculaba, se empinaba, asustando mucho a las personas que iban en el vehículo. En dado momento la señora se levantó para comprobar lo que sucedía y su asombro fue grande al ver que, ante el caballo, de brazos abiertos, ¡estaba el amigo enfermo a quien iban a visitar! Tal fue su espanto que cayó desmayada en el asiento del carruaje, y su marido tuvo que ordenar al cochero que volviese para casa. Eran las 6 de la tarde. Más tarde decidieron ponerse nuevamente en camino, y cuando llegaron a la casa del amigo notaron que los postigos de las ventanas estaban cerrados: no tardaron en informarse de que el enfermo había muerto exactamente a la hora en que apareció ante el caballo. Nótese que el primero en percibir la aparición fue el animal, circunstancia que surge en apoyo de la afirmación de gran número de

personas, de que los animales comparten con el hombre las facultades de clarividencia.

Efectivamente, en los casos en que el animal es el primero en percibir una aparición telepática, no hay hipótesis racional que se oponga a la que considera a los animales como dotados de facultades supra normales subconscientes, a semejanza del hombre, y esta consideración solventa problemas psicológicos y filosóficos de primera importancia.

Caso XXXI – (Visual con anterioridad del animal sobre el hombre) – El Rev. Minot Savage, en su libro ¿Puede Explicarlo la Telepatía?, p. 46/48, narra el siguiente caso:

Una joven dama, perteneciente a mi parroquia de Boston, estaba, cierta tarde de domingo, sentada en el banco de su piano, tocando, y no pensando en nada. Ninguno de los miembros de la familia estaba en casa, ni siquiera los criados. Un perrito, muy querido por la referida señora, estaba acostado en una butaca, a algunos pasos. Estando sentada frente al piano, daba la espalda a la puerta que se abría para el salón. De pronto, su atención fue atraída por la actitud del animal que se había levantado, con el dorso erizado, y empezaba a gruñir sordamente, mirando hacia la puerta. La joven se volvió enseguida y percibió las siluetas imprecisas de tres formas humanas que se hallaban en el otro aposento, cerca de la puerta que daba para el salón. Antes de

que las formas desapareciesen, le pareció reconocer a una de ellas. En ese ínterin, el terror del perro había aumentado hasta tal punto, que había ido a esconderse debajo del sofá, de donde no se decidió a salir más que después de insistentes llamadas de su dueña.

La importancia de este episodio está en la prueba de que se trataba de algo que había sido percibido por el animal antes que por su dueña, es decir, excluyendo toda forma de sugestión de origen humano.

De la misma manera, respecto de este suceso, es fácil observar que, si el perrito se levantó de un salto, gruñendo sordamente y mirando hacia la puerta, para correr enseguida a refugiarse bajo un mueble, todo esto muestra claramente que él tuvo la visión de algo fantasmagórico capaz de espantarlo, tal como sucede muchas veces en casos de esta especie. El caso es tanto más notable porque los perros tienen el instinto de irritarse y gruñir a la vista de un intruso de carne y hueso, pero no el de tener miedo y esconderse.

Caso XXXII – (Visual- colectivo, con anterioridad del animal sobre el hombre). El siguiente caso es muy importante, pues las personas que experimentaron la misma forma de alucinación telepática, simultáneamente con un perro – fueron siete. El caso fue comunicado a la Society for

Psychical Research por Alexandre Aksakof. Yo lo extraigo del vol. X, p. 127 de los Proceedings (actas) de la Sociedad:

San Petersburgo, 4 de mayo de 1891 – He aquí la narración del fenómeno de que toda nuestra familia fue testigo. Ocurrió en San Petersburgo, en 1880, cuando vivíamos en la calle Pouchkarska. En una tarde del mes de mayo, sobre las seis horas, mi madre (hoy señora Telechof) estaba en el salón con sus cinco hijos, de los cuales yo era el primogénito (tenía entonces 16 años). En aquel momento, un antiguo servidor de la casa, a quien se trataba como amigo (pero que en aquella época ya no servía con nosotros), había venido a visitarnos y había entablado conversación con mi madre. De repente, las alegres distracciones de los niños cesaron y la atención general se dirigió a nuestro perro Moustache, que se había precipitado, ladrando fuertemente, hacia la chimenea. Involuntariamente todos miramos hacia la misma dirección y vimos, en la cornisa de la gran chimenea, como adorno de porcelana, un muchachito de seis años, más o menos, en camisón. Reconocimos en él a Andrés, el hijo de nuestro lechero, que venía muchas veces, en compañía de su madre, a jugar con nuestros niños, pues vivían bastante cerca de nosotros. La aparición se alejó de la cornisa, pasó por encima de todos nosotros y desapareció por la ventana abierta. Durante todo ese tiempo, unos segundos tan solo, el

pero no dejaba de ladrar con todas sus fuerzas y corría gruñendo aún, siguiendo el movimiento de la aparición.

El mismo día, un poco más tarde, nuestro lechero vino a nuestra casa y nos comunicó que su hijo Andrés, tras una enfermedad de algunos días (nosotros sabíamos que él estaba enfermo) acababa de fallecer, lo cual sucedió probablemente en el momento en que lo vimos aparecer.

Daniel Amossof, María Telechof (madre de M. Amossof, en el segundo matrimonio), Kousema Pétrof (que en la actualidad vive en Lebiajeyé, cerca de Oranienbaum).

En este último caso la actitud del perro, ante la aparición, parece de tal forma característica y elocuente que somos irresistiblemente llevados a la conclusión de que él tuvo la misma visión que los otros siete perceptores. Es preciso observar, en efecto, que el perro (que fue, además, el primero en experimentar la sensación telepática) se había lanzado en dirección a la chimenea, donde los otros perceptores localizaron la aparición, y que, durante todo el tiempo en que la aparición estuvo visible, no había cesado de ladrarle, siguiéndola en su movimiento aéreo.

Caso XXXIII – (Visual-auditivo-colectivo, con anterioridad del animal sobre el hombre e impresión, por la perceptora, de un soplo de viento frío). El

caso fue recogido y examinado por el profesor James Hyslop, que lo publicó en el Journal of the American Society for Psychical, (1907, p. 432), sin dar los nombres de los protagonistas, a ruego de la señora autora de la narración. He aquí lo que cuenta ella:

Hace dos años, mi primo William P., de 21 años de edad, moría tuberculoso. Desde los primeros años de la infancia existía entre nosotros el más profundo afecto y la circunstancia de ser ambos enamorados de la música nos ligaba todavía más, aunque él viviese en Tottenville (Nueva York) y yo, X., a una distancia de doscientas millas. El mes de marzo de 1901 cayó enfermo y… falleció el 29 de marzo de 1902. En aquella ocasión, yo estaba en mi cuarto y leía la Biblia. Me hallaba sola con mi hijo de cuatro años, dormido en su camita, y mi perrito favorito. El cuarto daba a un gabinete de trabajo cuya puerta era una doble cortina de color azul. Leí atentamente y sin ser perturbada durante algún tiempo, pero, en un momento dado, oí pasos pesados en dicho gabinete, y al instante siguiente, un soplo de viento glacial abría las cortinas, rozando mi rostro. El animal levantó la cabeza, miró en aquella dirección y corrió, gimiendo, a meterse debajo de una silla. A mi vez, miré y percibí, entre las cortinas de la puerta, el espíritu de mi primo, alto y erecto, tal como era antes de la enfermedad, con los brazos extendidos, una sonrisa angélica en los labios. Permanecí

mirándolo como petrificada, durante algunos minutos, y lo vi desaparecer cuando el reloj marcaba las nueve. En el mismo instante, oí sonar el timbre de la puerta y llegaba un telegrama diciendo: William falleció a las ocho. Ven inmediatamente.

Mi madre me dijo que el rostro de mi primo recién fallecido ofrecía a la vista una expresión de gran sufrimiento, pero que, después de cerca de media hora, había experimentado un cambio extraño, transformándose en una sonrisa angélica, que aún conservaba cuando lo depositamos en el esquife, sonrisa con la cual se me apareció entre las cortinas de la puerta del gabinete de trabajo.

Si esta narración fuese publicada, haga el favor de suprimir los nombres de los protagonistas, pues mis familiares atribuyen mi visión a una sobreexcitación nerviosa. (Firmado con la firma completa: señora H.L.B.).

El profesor Hyslop escribió al marido de la señora H.L.B., que es médico, y él confirmó los hechos así:

Respondiendo a las preguntas de V.S., que me formuló en su carta de 22 de mayo, declaro que las dos notables experiencias relatadas por mi esposa se desarrollaron tal como ella las relató. El segundo acontecimiento, en relación al fallecimiento de uno de nuestros primos, no está menos presente en mi memoria que el primero. Éste ocurrió antes de la

llegada del telegrama comunicándonos su fallecimiento. Mi esposa contó en seguida lo ocurrido a la doncella, que se encuentra actualmente en Filadelfia, y al Sr. J.H., residente ahí. No sé cómo explicar teóricamente los hechos en cuestión. (Firmado con firma entera: doctor M.L.).

En este caso aún, el primer perceptor fue un perro.

Hay que notar que el espíritu del difunto se manifestó una hora después de su muerte, presentando en el rostro la misma sonrisa angelical que había aparecido en el cadáver una hora después del deceso; y que, además de esto, su manifestación fue precedida por el fenómeno auditivo de pasos pesados provenientes del gabinete de trabajo, al igual que lo que se percibe durante las sesiones experimentales en el momento de la materialización mediúmnica.

La circunstancia teóricamente más importante es la demora de una hora en la manifestación telepática, aunque esto pueda explicarse por la hipótesis de la telepatía retardada; sin embargo esta hipótesis ya no es válida cuando se trata de hechos del mismo género en que la demora fue de días y de semanas, resultando de ello la necesidad de recurrir a una hipótesis más comprensible, capaz de explicar cumulativamente toda la serie de manifestaciones retardadas coincidentes con casos de muerte. Ahora bien, esto no puede hacerse sin acoger estas

manifestaciones en la categoría de las apariciones de muertos y no en la de las apariciones de vivos, como se ha venido haciendo hasta hoy. Esto no lo adelantamos, entiéndase bien, sino de manera general, admitiendo la posibilidad de excepciones a la regla en los casos de breves demoras, conforme a condiciones especiales.

Caso XXXIV – (Visual-colectivo, con anterioridad del animal sobre el hombre) – El profesor Andrew Lang comunicó a la Society for Psychical Research (Journal, vol. XII, p. 70) el episodio que sigue, constante en una carta que le fue dirigida por una señora de su amistad:

22 York Mansions, Battersea Park, S.W. 10 de febrero de 1909.

Apreciado profesor,

En el curso de su artículo publicado en el Morning Post, usted citó el caso de una aparición percibida simultáneamente por una dama y su perro. Pienso que puede interesarle un caso semejante que me ha ocurrido a mí y a mi perro, hace seis años. Yo leía, sentada al lado de la chimenea, en mi salón, cuya puerta estaba cerrada. Mi perro, Dan, dormía sobre la alfombra. De repente, fui distraída en mi lectura por el animal, que había comenzado a gruñir sordamente. Me incliné sobre él a fin de calmarlo, haciéndole caricias, pero él se puso más extraño.

Entonces miré en la misma dirección que el animal (lo cual no pude hacer más que volviéndome en mi silla) y, con gran espanto mío, observé una forma de mujer vestida de gris, de pie, junto a la puerta. No podía distinguir los trazos de su rostro, que había quedado oculto por una planta colocada sobre la mesa. Juzgué a principio que fuese mi hermana e iba a dirigirle la palabra para preguntarle por qué había venido tan pronto y cómo había podido entrar en el aposento sin hacer ruido, pero luego recordé que, estando sola, había echado el cerrojo a la puerta de la casa. Entonces me levanté de un salto, espantada, mientras que Dan se echaba ladrando contra la intrusa, que desapareció súbitamente, aunque la puerta del salón continuase cerrada. El animal demostraba todos los síntomas de rabia y miedo al mismo tiempo, con los ojos brillantes, pero la cabeza baja y el pelaje erizado a lo largo de la columna vertebral. Parecía convencido de haber visto una persona real, puesto que, cuando abrí la puerta, se lanzó ladrando furiosamente y bajó la escalera, para volver a subirla enseguida, buscando siempre a la intrusa, que naturalmente, no llegamos a encontrar. Sola en la casa, experimenté un sentimiento de alivio cuando, poco más tarde, el timbre de la puerta tocó y entró mi hermana.

No tengo ninguna teoría para proponer en explicación de este acontecimiento, siéndome ciertamente imposible conectar la visión que tuve con cualquier acontecimiento producido antes o

después, pero estoy absolutamente segura de lo que percibimos, mi perro y yo, aunque no tenga otro testigo que confirme mi narración. Naturalmente, conté de inmediato el caso a mi hermana.

Señora Emma-L. Darton

Pueden encontrarse detalles adicionales del caso en cuestión en el mencionado volumen del Journal de la Society for Psychical Research. El Sr. Andrew Lang supone que, en esta circunstancia, se trata probablemente de un caso de telepatía que precede a una llegada, es decir, que la hermana de la señora Darton, disponiéndose a salir, haya pensado intensamente en algo relativo a su medio doméstico, determinando la proyección telepática de su espíritu en dicho lugar. Ese tipo de manifestaciones telepáticas han sucedido realmente, y la Sociedad inglesa de pesquisas psíquicas ya reunió buen número de ellas, aunque creo poco verosímil que sea así en el caso presente, porque no me parece que el animal se pusiese furioso en presencia de una persona de la familia.

Eliminando esta hipótesis, no sería fácil descubrir el origen de la forma vista por la referida señora y su perro, a menos que se considere como un simple fenómeno de encantamiento.

En todo caso, la solución del problema no parece interesar en este momento. Nos basta notar que, aún en este ejemplo, el perro fue el primer perceptor.

*

Omito otros trece casos análogos que constan en las siguientes obras y publicaciones:

Caso XXXV -Proceedings of the S.P.R., vol. V, p. 307 (Auditivo colectivo-encantamiento).

Caso XXXVI -Proceedings of the S.P.R., vol. V, p. 308 (Auditivo-colectivo-encantamiento).

Caso XXXVII -Proceedings of the S.P.R., vol. V, p. 453 (Visual-auditivo).

Caso XXXVIII -Proceedings of the S.P.R., vol. X, p. 327 (Visual-colectivo).

Caso XXXIX - Camille Flammarion: L'Inconnu p. 104 Visual-colectivo).

Caso XL - Phantasms of the living, vol. II, p. 149 (Visual).

Caso XLI - Phantasms of the living, vol. II, p. 245 (Visual).

Caso XLII - Phantasms of the living, vol. II, p. 458 (Visual).

Caso XLIII - Phantasms of the living, vol. II, p. 510 (Visual).

Caso XLIV - Journal of the S.P.R., vol. N, p. 53 (Visual-colectivo, con anterioridad del animal sobre el hombre).

Caso XLV -American Proceedings of the S.P.R., p. 144 (Visual-colectivo).

Caso XLVI -American Proceedings of the S.P.R., p. 145 (Visual-colectivo, con anterioridad del animal sobre el hombre).

Caso XLVII-American Proceedings of the S.P.R., p. 146 (Visual auditivo, con anterioridad del animal sobre el hombre).

CUARTA CATEGORÍA

VISIONES DE ESPÍRITUS HUMANOS TENIDAS FUERA DE CUALQUIER COINCIDENCIA TELEPÁTICA Y PERCIBIDAS COLECTIVAMENTE POR HOMBRES Y ANIMALES.

Los sucesos pertenecientes a esta categoría son relativamente frecuentes y tienen importancia teórica porque presentan muchas veces el valor de caso de identificación espirítica.

Relataré primeramente dos episodios de fechas bastante antiguas, resumiéndolos:

Caso XLVIII – (Visual) – En su libro sobre la vidente de Prevorst, el Dr. Justinus Kerner habla de una aparición que ésta percibía frecuentemente junto a ella durante más de un año.

Observa al respecto que, cada vez que la vidente anunciaba la presencia de la aparición, un galgo, perteneciente a la familia, se comportaba de modo que hacía suponer que él también la veía y enseguida corría a acercarse a alguna de las personas presentes, como si le quisiera pedir protección, gimiendo, a veces, lastimeramente. Desde el primer día en que

vio la aparición, él nunca más quiso quedarse solo durante la noche.

Caso XLIX – (Visual-auditivo) – Bajo el título de Apariciones Reales de Mi Esposa Después de su Muerte (Chemnitz, 1804), el Dr. Wetzel publicó un libro que causó gran impresión en su época.

Cuenta él que, ciertas tardes, algunas semanas después de la muerte de su esposa, encontrándose en su cuarto, sintió, súbitamente, en torno a sí, un viento en torbellino, aunque las puertas y ventanas estuviesen cerradas. La luz se había apagado, mientras un batiente de la alcoba se abrió. En la tenue claridad que reinaba en el cuarto, Wetzel había percibido la forma de su mujer, que con débil voz le dijo: Carl, soy inmortal, nos veremos nuevamente. La aparición volvió a mostrarse y, esta vez, el perro del doctor Wetzel había girado en torno al lugar donde ella se hallaba, moviendo alegremente la cola.

En este último caso, igualmente, es preciso considerar la actitud del perro, que parecía efectivamente haber percibido una forma que se asemejaba a su fallecida dueña.

Pese a esto, considerándose que, en los dos acontecimientos que acabo de citar, los primeros en experimentar la alucinación fueron, respectivamente, la vidente y el doctor Wetzel, se puede sostener, razonablemente, la hipótesis de que los dos perceptores se hayan servido enseguida de agentes,

transmitiendo a los animales una forma alucinatoria que germinó en el cerebro de ellos. En todo caso, esta hipótesis no destruiría la importancia de los hechos en cuestión, desde nuestro punto de vista, puesto que esta solución del problema demostraría, igualmente, de manera categórica, que en efecto se producen fenómenos de transmisión telepática entre el hombre y el animal, lo cual constituye la finalidad esencial de esta clasificación.

Ahora bien, reconocido este hecho como formas alucinatorias del tipo en cuestión, ya no sería lógico negarse a reconocerlo como formas de la telepatía verídica o como otra modalidad cualquiera de percepción psíquica, en cuyo fondo subyace siempre una forma, más o menos disfrazada, de transmisión telepática. Dicho esto, importa resaltar que la hipótesis que nos ocupa no llega a explicar sino los simples casos en que la visión alucinatoria fue percibida precedentemente por el hombre, y no los otros casos, en que la anterioridad pertenece ciertamente a los animales.

Observo, en fin, que la hipótesis en cuestión, aunque libremente explorada por numerosos investigadores en el dominio de los estudios metapsíquicos, está lejos de tener fundamento. Por el contrario, constituye un error grosero, puesto que, salvo raras excepciones que confirman la regla, no se conoce todavía ejemplo de alucinaciones colectivas entre criaturas humanas que extraigan sus orígenes de un influjo contagioso de transmisión

telepática del pensamiento. Bien sé que, en los tratados de patología mental, se encuentra un gran número de casos de alucinación colectiva, sobre todo entre los locos, por contagio místico, pero todo esto se realiza exclusivamente por sugestión verbal, y jamás por transmisión telepática del pensamiento, lo cual equivale a declarar que existe un abismo entre las dos clases de acontecimientos.

Hay que considerar, por añadidura, que, incluso en las experiencias hipnóticas en que existe entre el hipnotizador y el sensitivo una relación psíquica firmemente establecida, es muy raro que el hipnotizador llegue a provocar en el sensitivo, a distancia, formas alucinatorias con ayuda de la transmisión telepática del pensamiento, cuando las obtiene, a placer, mediante la sugestión verbal.

La importancia teórica de estas observaciones no se le escapará a nadie, y anhelo que los futuros investigadores que operen en el dominio de las ciencias metapsíquicas, hagan debidamente esta consideración. Entre las investigaciones actuales no hay más que la del profesor Charles Richet, que reconoce el absurdo de explicar, mediante la transmisión telepática del pensamiento, los casos de visiones o percepciones supra normales de orden colectivo, lo cual ha de quedar señalado en su honor.

Caso L – (Visual) – El siguiente caso fue comunicado a la Society for Psychical Research por

Alexandre Aksakof. Yo lo extraigo de los Proceedings de aquélla, vol. X, p. 328, así:

(Nota tomada de la narración de la señora T.) – Octubre de 1891 – 187… la señora T. se hallaba, cierto día, en casa de sus vecinos del campo, señor y señora B…, en P… La conversación versaba sobre un acontecimiento trágico ocurrido en la familia de los T. que terminó con el suicidio de uno de los parientes de la señora T., quien, de repente, lo vio aparecer en el cuarto contiguo al salón en que se hallaban, cuya puerta estaba cerrada. Al mismo tiempo, el perro de la dueña de la casa, que estaba acostado a sus pies, se levantó y empezó a ladrar furiosamente en dirección a la puerta. El señor y la señora B… no vieron nada, porque estaban de espaldas a la puerta, y la señora T… no les dijo nada de lo que había visto.

(Confirmación de esta narración por una carta de la testigo, señora B…) – 15 de octubre de 1891 – Fue en 187…, en nuestra propiedad de Twer. Éramos tres: la señora T…, nuestra vecina, que había venido a visitarnos, mi marido y yo. Nos encontrábamos reunidos en el pequeño salón de nuestra casa de campo, no lejos de una puerta abierta que daba a mi cuarto de dormir, iluminada por una gran ventana. La señora T. estaba sentada en un sofá, frente a esa puerta, yo cerca de ella en un taburete, también frente a la puerta, pero mi marido

estaba en un rincón, de modo que él no veía esa puerta. A mis pies estaba acostado mi perro Beppo, con la cabeza vuelta hacia la salida. Hablábamos sobre el acontecimiento que acababa de suceder en la familia de los T., en que la mujer, arrastrada por una pasión, había abandonado a sus hijos y a su marido, que, desesperado, se había volado los sesos. Mi marido acusaba a la mujer; la señora acusaba al marido, a quien siempre había estimado mucho, aunque en este caso, no lo disculpaba. De repente, ella se calló y el perro, levantando la cabeza, se puso a aullar y quiso lanzarse contra la puerta abierta del cuarto de dormir, con el pelaje todo erizado. El animal escapó de mis manos como para arrojarse sobre alguien. Tuve gran dificultad para retenerlo. Mi marido quiso pegarle, pero yo se lo impedí. Ni él ni yo vimos nada, excepto la rabia del perro. La señora T. se había callado y, cuando el perro se calmó, propuso pasar para la sala donde se encontraba su marido. Seguidamente el señor y la señora T. se fueron y solamente más tarde, cuando fui yo a la casa de campo de ellos, la señora T. me contó que había visto, delante de la puerta de mi cuarto de dormir, el espíritu de aquél a quien ella acusaba, vestido de blanco, y con una expresión desesperada en sus gestos, como censurándole que ella también fuese contra él. Su perro Beppo vio lo mismo, me dijo ella. Él se puso furioso y quería lanzarse contra la aparición. Yo bien noté la rabia de Beppo, pero no percibí la aparición del espíritu.

N.B.

Aún en este episodio, la mímica agresiva del perro, que ladra furiosamente y quiere arrojarse contra alguien en dirección a la puerta donde la señora T. percibe, al mismo tiempo, la aparición del difunto a quien ella había acusado, tiende a hacer admitir que el animal pudo ver la aparición, reaccionando como reaccionó, pues los perros no se rebelan más que contra personas desconocidas.

Y en este caso, no menos que en otros, la visión, habiendo sido simultánea, se podría admitir la posible hipótesis de una alucinación nacida en el cerebro de la señora T. y transmitida telepáticamente al perro, pero parece que las explicaciones propuestas anteriormente por mí son suficientes para excluir esta hipótesis gratuita, lo cual equivale a reconocer el aspecto verídico del caso de la aparición de un muerto censurado por la señora T.

Caso LI – (Visual-auditivo-colectivo) – Recojo el siguiente fragmento en otra narración, bastante notable, de Alexandre Aksakof, publicada en los Proceedings of the S.P.R.

Añado, para plena comprensión del acontecimiento, que el caso aquí relatado se refiere a la historia de continuas apariciones de una joven de nombre Palladia, fallecida a los quince años de edad.

El narrador, señor Mamtchitch, fue el principal perceptor de ellas, y así lo describe:

En 1858 yo vivía con mis padres en la región de Poltava. Una señora de nuestras relaciones había venido a pasar algunos días con nosotros, trayendo a sus dos hijas. Algún tiempo después de su llegada, cuando desperté por la mañana, (yo dormía en un ala separada donde permanecía solo) vi a Palladia ante mí, a cinco pasos más o menos, mirándome con una sonrisa alegre. Acercándose a mí, me dijo dos palabras: Yo vi. Y, sonriendo aún, desapareció. No pude comprender qué significaban estas palabras. En mi cuarto, cerca de mí, dormía mi perro, que al ver a Palladia, erizó el pelaje y, con un gruñido saltó para mi cama, apretándose contra mi cuerpo, y mirando en dirección al lugar donde había visto a Palladia. El animal no ladraba, habitualmente, pero no dejaba entrar a nadie en mi cuarto sin ladrar o gruñir. Y cada vez que mi perro veía a Palladia, se apretaba contra mí, como buscando un refugio.

Cuando Palladia desapareció, fui al piso inferior y no dije nada a nadie. En la tarde del mismo día, la hija mayor de la señora que estaba en nuestra casa me contó una cosa extraña que le había pasado por la mañana: Despertando temprano sentí como si alguien se colocase a la cabecera de mi cama y oí claramente una voz que decía: No tengas miedo, soy buena y cariñosa. Volví la cabeza, pero no percibí nada. Mi madre y mi hermana dormían tranquilamente y esto me asustó mucho, porque

nunca me había pasado nada semejante. Le dije que muchas cosas inexplicables nos suceden, pero no le hablé de lo que había visto por la mañana. Solo un año más tarde, cuando ya era su novio, le hablé de la aparición y de las palabras de Palladia el mismo día. ¿Y no es que ella la había visto también? Debo añadir que yo veía a esa joven por primera vez y que jamás hubiera pensado que habría de casarme con ella.

La señora Mamtchitch confirma dicha narración de la siguiente manera:

5 de mayo de 1891 – Recuerdo muy bien que el diez de julio de 1885, cuando estábamos en casa de los padres del Señor I. Mamtchitch, yo me desperté temprano porque habíamos quedado, mi hermana y yo, en ir a dar un paseo matinal. Me levanto de la cama, vi que mamá y mi hermana dormían y, en ese mismo momento, sentí como si alguien estuviese a la cabecera de mi cama. Volviéndome de lado, porque temía mucho mirar hacia allí, no vi persona alguna. Habiéndome acostado nuevamente, escuché inmediatamente detrás y por encima de mi cabeza una voz de mujer que me decía, suave pero claramente: No tengas miedo, soy buena y cariñosa, además de otra frase de la que me olvidé en el mismo instante. A continuación, me vestí adecuadamente y me fui a pasear. Lo extraño es que estas palabras no me espantaron en absoluto.

En esta narración, la mejor demostración de que el perro tuvo la misma visión que su dueño, la da el terror que experimentó frente a la manifestación. El Señor Mamtchitch dice que el perro saltó para su cama, con el pelaje erizado en el dorso, temblando y gimiendo, y se comprimió contra su cuerpo, mirando con espanto hacia la dirección en que su dueño veía a Palladia. Añade que el animal tenía la costumbre de gruñir y ladrar contra quien quiera que fuese. Pues bien, el insólito terror experimentado por el perro demuestra, de forma incontestable, que no solamente él veía a Palladia, sino que además comprendía instintivamente que no se hallaba frente a una persona viva, de carne y hueso, pues si fuese de otra manera acogería al intruso gruñendo y amenazando.

Bajo otro punto de vista – que no es el que nos ocupa en esta obra – observo que la narración de donde extraigo el episodio que acabo de reproducir, constituye un excelente ejemplo de identificación espirítica en el cual el espíritu de Palladia (que se había ligado, cuando estaba viva, al juez Mamtchitch por lazos de afecto) proporcionó numerosas y admirables pruebas respecto de su presencia espiritual.

Caso LII – (Visual, con anterioridad del animal sobre el hombre) – Este episodio forma parte de la interesante relación enviada por el profesor Alexander, de la Universidad de Río de Janeiro, al

señor Frederic Myers, y se trata de un fenómeno psíquico del cual el propio profesor fue testigo:

Después, en una noche muy oscura, cuando estábamos sentados en el porche, el ladrido lento y monótono de un perro, encadenado fuera de casa, atrajo nuestra atención. Lo encontramos mirando en el aire algo que ni el Sr. Davis ni yo pudimos percibir. Las chicas, en cambio, declararon que ellas veían una forma espiritual bastante conocida que se mantenía frente al animal, cuyo ladrido expresaba un gran espanto.

Más tarde, cuando la familia ocupaba la parte inferior de la casa, la más joven de las chicas, aún casi un bebé en aquella ocasión, llamó la atención de su padre hacia alguien cerca de la puerta: ¡Un hombre, un hombre!, exclamaba ella, pero para otros ojos que no fuesen los suyos, ningún hombre era visible. Y, en fin, antes de que ella consiguiese hacernos ver lo que, ante sus ojos, era tan evidente, su expresión se transformó en un espanto intenso y ella articuló un ‘todo partió’ habitual, que en su lenguaje infantil significaba que algo había desaparecido. (Proceedings of the S.P.R., vol. III - p. 188).

En este caso, los ladridos de terror emitidos por el perro bien muestran que él percibía algo de anormal. La circunstancia, teóricamente importante, en que tal cosa se produjo, antes de que las dos chicas hubiesen percibido el espíritu de uno de sus

familiares en el lugar hacia donde gruñía el animal, excluye definitivamente la hipótesis según la cual se pretendían explicar las manifestaciones de que se trata, es decir, un fenómeno de transmisión telepática a los animales, de formas alucinatorias creadas por la mente de los presentes.

Caso LIII – (Visual, con anterioridad del animal sobre el hombre) – Lo extraigo de los Proceedings of the S.P.R., vol. X, p. 327). El Sr. H.E.S., que no desea que se publique su nombre, escribe lo que sigue:

8 de agosto de 1892 – En el año de 1874, cuando tenía tan solo dieciocho años de edad, me hallaba en casa de mi padre y, cierta mañana de verano, me levanté hacia las cinco, a fin de encender el fogón y preparar un té. Un gordo perro de raza bull-terrier, que tenía la costumbre de acompañarme a todas partes, estaba a mi lado, cuando me ocupaba con el fuego. En un momento dado, lo escuché emitir un gruñido sordo, y mirar en dirección a la puerta. Me volví hacia aquel lado y, con gran espanto, percibí una figura humana, alta y tenebrosa, cuyos ojos brillantes se dirigían hacia mí. Solté un grito de alarma y caí de espaldas al suelo. Mi padre y mis hermanos acudieron enseguida, pensando que en la casa habían entrado ladrones. Les conté lo que había visto y ellos creyeron que tal visión solo había existido en mi imaginación, perturbada por reciente

enfermedad. Pero ¿por qué también el perro había visto algo? Él veía a veces cosas que eran invisibles para mí y se lanzaba contra ellas, con gestos de morder el aire y, en seguida me miraba de cierta forma como si quisiese preguntarme: ¿No has visto nada???

En este caso, como en el que antecede, el narrador-perceptor que, en aquel momento estaba ocupado en encender el fuego – operación poco propicia para favorecer alucinaciones – se había vuelto y había percibido la forma espiritual, porque su perro se puso a gruñir de modo amenazador. Es, pues, difícil dudar de que había una aparición objetiva en el lugar del aposento hacia el que gruñía el animal. Hay todavía dos circunstancias que resaltar: que el animal fue el primero en señalar la aparición y a acogerla del modo como suelen acoger los perros a los intrusos y que está fuera de dudas que el perro la percibió un momento antes que su dueño.

Caso LIV – (Visual-colectivo) – Extraídos de Phantasms of the Living, vol. II, p. 197. El caso que voy a relatar y el que le seguirá tienen relación con lugares embrujados y pertenecían, consiguientemente, a la categoría VI de esta clasificación; no obstante, considerando que, en los lugares en cuestión no se producían otros fenómenos psíquicos a no ser la aparición de una figura

humana, me pareció oportuno incluirlos en la presente categoría. Helos aquí:

2de marzo de 1884 – En 1875 mi hermana y yo (que tenía entonces trece años) regresábamos a casa en carruaje, sobre las cuatro de la tarde, en un día de verano, cuando de repente, vimos flotar, por encima de una cerca, una forma de mujer que se deslizaba, sin ruido, a través de la carretera. Esa forma era blanca, estaba en posición oblicua y a unos diez pies del suelo.

El caballo súbitamente paró y temblaba de tal modo espantado que no lográbamos dominarlo.

Dirigiéndome a mi hermana, exclamé: ¿Tú ves eso? A lo que contestó que sí, e hizo la misma pregunta a su hijo Calfrey, que iba también en el carruaje.

Esa forma franqueó la cerca, atravesó la carretera y pasó por encima de un campo, después la perdimos de vista completamente, más allá de una plantación. Creo que la observamos durante dos minutos. Ella no tocó nunca el suelo, sino que fluctuaba siempre a poca distancia de la tierra.

Al llegar a casa, contamos a nuestra madre lo que habíamos visto. Estábamos seguras de que no fue un engaño, ni una ilusión de nuestros sentidos, ni un pájaro, ni nada de esa naturaleza.

Nunca vimos nada semejante, ni jamás volvimos a tener cualquier otra visión antes o después. Todos nosotros, los tres, gozábamos de buena salud, hacía

muy buen tiempo y nadie nos había sugerido la idea de una aparición, antes de haberla visto.

Más tarde supimos que se decía que ese camino estaba embrujado y que varios residentes en la región habían visto una aparición allí.

Violet Montgomery

Sydney Montgomery

Aquí la aparición fue vista por tres personas al mismo tiempo y por un caballo que paró de repente, tembloroso y espantado, hasta el punto de no obedecer a la acción del cochero. No pienso que sea preciso insistir todavía en el hecho de que, en circunstancias análogas a las que he venido sucesivamente exponiendo, sería absurdo llegar a nuevas dudas en la suposición de que los animales tienen realmente las mismas visiones percibidas por los hombres. No ignoro que, desde un punto de vista rigurosamente científico, no tenemos, en semejantes circunstancias, la prueba absoluta necesaria para apoyar la hipótesis en cuestión. No lo ignoro en forma alguna, pero quiero observar que esta objeción de ningún modo tiene valor absoluto y que, por el contrario, se transforma en sofisma, en vista del cúmulo imponente de pruebas relativas.

Recuerdo que la forma espiritual percibida por los tres ya había sido vista por varias personas en la misma localidad, mientras que las tres personas que

se hallaban en el carruaje lo ignoraban, lo cual sirve para excluir completamente la hipótesis de la atención expectante. No resta pues, más que reconocer la naturaleza, en cierto modo objetiva, de la aparición, que pertenece a la clase de los embrujamientos.

Caso LV - (Visual, con anterioridad del hombre sobre el animal) – Extraído de la misma fuente anterior y narrado por una dama que no desea que su nombre sea mencionado, aunque es conocido por los miembros de la directiva de la S.P.R. Escribe la Srta. K. lo siguiente:

Fue en una tarde de invierno del año de 1918. Me hallaba en mi cuarto, sentada cerca de la chimenea, enteramente absorta en acariciar a mi gatita favorita que estaba recostada sobre mis rodillas, en una actitud casi soñadora, con los ojos semicerrados, y parecía adormecida.

Aunque no hubiese luz en el cuarto, los reflejos del fuego iluminaban perfectamente todos los objetos. El aposento en que nos encontrábamos tenía dos puertas, una, que daba a una pieza enteramente cerrada. La otra, colocada en frente a la primera, se abría hacia un pasillo.

Mi madre me había dejado hacía algunos minutos y la butaca confortable y antigua, con un espaldar altísimo, que ella había ocupado, quedó

vacía en el otro rincón de la chimenea. Mi gatita, con la cabeza apoyada en mi brazo izquierdo, parecía cada vez más somnolienta y yo pensaba en ir a acostarme. De repente, percibo que algo inesperado había perturbado la tranquilidad de mi favorita. Había cesado bruscamente su resonar y daba signos evidentes de una inquietud creciente. Me incliné sobre ella, esforzándome por calmarla con mis caricias, cuando, repentinamente, se levantó sobre las cuatro patas y empezó a gruñir fuertemente, en una actitud de defensa y miedo.

Esa actitud me hizo levantar la cabeza, a mi vez, y percibí, con espanto, una figura pequeña, fea, arrugada, de vieja arpía, que ocupaba ahora el sofá de mi madre. Tenía las manos sobre las rodillas e inclinaba el cuerpo de modo a colocar su cabeza cerca de la mía. Los ojos penetrantes, relucientes, malos, me miraban fijamente, inmóviles. Me parecía el diablo que me miraba por los ojos de ella. Sus ropas y el conjunto de su aspecto parecían los de una mujer de la burguesía francesa, pero eso no me importaba, porque sus ojos, con pupilas extrañamente dilatadas y de una expresión tan perversa, absorbían completamente mi atención. Me hubiera gustado gritar con toda la fuerza de mis pulmones, pero esos ojos maléficos me fascinaban y me hacían contener la respiración. No podía desviar la mirada de ella, y menos aún levantarme.

Mientras tanto, procuraba sujetar fuertemente a la gata, pero ella parecía no querer permanecer en esa

vecindad horrible y, tras algunos esfuerzos desesperados, llegó a liberarse, saltando por encima de sillas, mesas, todo cuanto encontraba a su paso, lanzándose varias veces con violencia extrema hacia los marcos superiores de la puerta del aposento cerrado. Seguidamente, volviéndose hacia la otra puerta, empezó a lanzarse contra ella con redoblada rabia. Mi terror había así aumentado. Ya observaba a aquella arpía cuyos ojos maléficos continuaban mirándome, ya seguía los ojos de la gata, que se ponía cada vez más frenética. Finalmente, la espantosa idea de que el animal se hubiese puesto rabioso tuvo por efecto devolverme el aire y empecé a gritar con todas mis fuerzas.

Mamá acudió a toda prisa. Tan pronto como abrió la puerta, la gata saltó literalmente sobre su cabeza y, durante una buena media hora continuó corriendo, arriba y abajo, por la escalera, como si alguien la persiguiese. Me volví para mostrar a mi madre la causa de mi espanto. Todo había desaparecido.

En semejantes circunstancias, es bastante difícil apreciar la duración del tiempo, si bien estimo la duración de la visión en unos cuatro o cinco minutos. Supe más tarde que la casa perteneció a una mujer que se había ahorcado en ese mismo cuarto.

Srta. K.

(El general K., hermano de la perceptora, confirma la narración anterior. Para otros detalles respecto de esto, indico el Journal of the Society for Psychical Research, vol. III, p. 268/271).

Este caso es incontestablemente notable, ya por sí mismo, puesto que se trata de un fenómeno de embrujamiento y tiene relación con el suicidio de una vieja en aquel mismo cuarto, ya a causa del paroxismo de terror verdaderamente excepcional que se apoderó de la infeliz gata, a la vista del repugnante fantasma que surgió de repente ante ella. Digo fantasma porque no se podría hallar otra cosa para explicar el pavor extraordinario que se adueñó de la gata, pavor que no dejó de existir incluso después de la desaparición de la causa que lo había provocado.

Se puede añadir que, también en este caso, la perceptora ignoraba el drama desarrollado en aquel cuarto, de modo que, si la gata no hubiese sido la primera perceptora, la Srta. K. no hubiera podido auto-sugestionarse en el sentido de provocar, en sí misma, una alucinación en relación con un drama que ella ignoraba.

Siguiéndose de ahí que esta narración constituye un auténtico ejemplo, muy interesante, de un caso de embrujamiento con identificación del fantasma.

Caso LVI – (Visual-colectivo) – Lo recojo en los Annales des Sciences Psychiques (1907, págs. 67 y 72, y 1911, p. 161). Se refiere a las famosas

experiencias clásicas del profesor Ochorowicz con la médium Srta. Stanislawa Tomczyk. En su acta de 16 de enero de 1909, dice él lo siguiente:

En la mayor parte de las sesiones precedentes, habían tomado parte, en calidad de testigos sin voz consultiva, mis dos perros, un gran terranova y un pequeño faldero de raza bastarda.

Eran bien educados, no se preocupaban de nada, y se tumbaban tranquilamente en el suelo cerca de una butaca, alejada cinco metros del diván donde se hacía la mayor parte de las experiencias.

En el instante en que la sonámbula declaró que la pequeña Stasia acababa de sentarse en la butaca, el faldero, acostado en frente de ella, se puso a gruñir.

Me volví y observé al animal mirando fijamente la butaca. El terranova dormía y no prestaba atención a nada. Mejor dicho, él no podía ver la butaca, pero el otro repitió su gruñido tres veces, solamente levantando la cabeza, sin moverse. No se calmó sino después de que la sonámbula declaró que la niña ya no estaba allí.

Un poco más adelante, en el acta de la sesión de diecinueve de enero de 1909 (p. 72), el doctor Ochorowicz relata este incidente, cuya protagonista es una gata:

Los comienzos de la materialización del doble parecían confirmarse por la actitud de una gata blanca que se hallaba en el comedor. Ella mira

fijamente, con visible espanto, el lugar, debajo de la mesa, donde debía estar la pequeña Stasia y por varias veces dirige su mirada hacia ese lado, después salta llena de pavor, y se mete en un rincón, lo cual nunca hacía.

En acta de 17 de octubre de 1911 (Annales, 1911, p. 161), se encuentra un tercer incidente del mismo género, cuya protagonista es una perra San Bernardo. He aquí lo que cuenta el Dr. Ochorowicz:

Estoy sentado cerca de mi mesa de trabajo, la Srta. Tomczyk en frente a mí, y conversamos. De repente, mi joven perra de raza San Bernardo, que está acostada bajo la mesa, a mis pies, se levanta y empieza a gruñir, mirando hacia un rincón del canapé colocado detrás de mí. Ella avanza lentamente, como espantada, y se pone a ladrar, mirando fijamente siempre al mismo punto, donde no había nada visible.

La Srta. Tomczyk sintió en ese momento un estremecimiento que atribuye a la actitud incomprensible de la perra.

- ¿Estará ella viendo algo?

- Es, sin duda, la pequeña Stasia, digo, que ha venido jugando a unirse a nosotros… Consultemos a la plancheta.

La Srta. Tomczyk coloca en ella su mano izquierda, y esperamos... La plancheta se acerca a mí, como para saludarme con alegría.

-¿Eres tú, pequeña Stasia?

- Sí, respondió a través de la mesa.

Entonces decido hacer una primera sesión pasado mañana… La pequeña Stasia se manifiesta, pero está tan débilmente materializada que la sonámbula apenas la percibe, mientras que la perra no ve nada absolutamente…

Los episodios que acabo de relatar, en los cuales los animales que han visto la forma espiritual de la pequeña Stasia son tres, aunque la propia médium, en el estado normal, no llegó a verla, y no pudo verla más que en condiciones de sonambulismo, sirven para demostrar que los animales superiores no solo comparten con los hombres la posesión de facultades supra normales subconscientes, sino que además son aptos para ejercerlas casi normalmente. Sin negar esta posibilidad, es preciso, no obstante, observar: en los casos de manifestaciones telepáticas, se trata efectivamente del ejercicio de una facultad supra normal subconsciente, puesto que cualquier manifestación telepática está determinada por un mensaje psíquico transmitido por el yo integral, o espiritual, de los perceptores, que lo transmiten a su yo consciente, o encarnado, en forma de proyección alucinatoria-verídica, única forma accesible a una personalidad de esta naturaleza; pero, en el caso de las experiencias que acabo de citar, se podrían explicar los hechos sin salir del ejercicio de la visión terrestre, puesto que, en esos casos, la forma espiritual de la pequeña Stasia lograba manifestarse de una manera más o menos vaga, hasta tal punto que se conseguía fotografiarla. Para explicar tales

hechos, bastaría entonces suponer que las pupilas de esos animales son sensibles a los rayos ultravioletas (como una placa fotográfica) y, en consecuencia, logran percibir, con sus ojos corporales, lo que permanece invisible a los ojos humanos.

Caso VVII – (Visual-colectivo, con diferencia de percepciones) – Consta en los Annales des Sciences Psychiques (1911). El Sr. M.G. Llewellyn, conocido escritor inglés, empieza por prevenir a los lectores de que él no es espírita y nada sabe sobre espiritismo, al igual que nunca leyó libros o revistas que tratasen de tales temas hasta estos últimos tiempos. Tan solo le fue asegurado, por diferentes vías, que él es un sensitivo. Después de estas premisas, prosigue así:

Cierta noche, que no olvidaré nunca, estaba en mi estado normal de salud y muy tranquilo; ya había cenado como de costumbre y me había acostado poco después, hallándome en ese dulce estado de espíritu que constituye la somnolencia. El cuarto estaba inmerso en la más completa oscuridad, pues había apagado la luz eléctrica, además de cerrar las amplias y espesas cortinas que cubrían siempre las dos grandes ventanas. Mi gatito, que dormía siempre en mi cama, allí se hallaba como de costumbre y resonaba tranquilamente.

Mientras permanecía así, con los ojos semicerrados, percibí, apareciendo súbitamente en lo alto de la pared a la derecha (el lado para el que yo estaba vuelto), un largo rastro de luz, de un azul claro y encantador. Se movía en dirección a la ventana de la derecha y yo lo observaba fascinado. Es extraño – pensaba yo. ¡Nunca vi el claro de luna entrar de esta manera cuando estas cortinas están cerradas y, además, es un azul que no es el de la luna y se mueve de un modo tan bizarro! ¿Qué puede ser esto? Pero naturalmente debe ser el claro de luna y quizá haya nubes que pasen bajo la luna.

La luz, de un azul que nunca había visto antes y que nunca más he visto después, continuaba entrando por el cuarto, siempre del mismo lado, cerca del techo, y yo miraba estúpidamente a lo alto de la puerta, sobre la cual pendía un pesado repostero rojo, ¡como si la luz hubiese podido atravesar una muralla!

Finalmente, salté de la cama al suelo, abrí las cortinas y miré por la ventana. Mis ojos espantados no encontraron sino una oscuridad impenetrable. ¡Nada de luna, nada de estrellas, ni tampoco la menor claridad! No podía ver la carretera, ni la hilera de árboles que había en ella, nada. Las farolas de las calles se apagaban temprano en la localidad donde vivo, y las tinieblas eran absolutas.

¿Podría ser alguien con una linterna o un proyector?, me preguntaba, aún espantado al volver para la cama. No estaba enteramente tranquilo y no

se me había ocurrido todavía la idea de que en todo esto había algo de sobrenatural.

Mientras yo torturaba así mi cerebro, el gato saltaba de repente para fuera de la cama, con el pelo erizado y los ojos brillantes y, de un salto, corría hacia la puerta, donde empezó a arañar furiosamente el repostero, siempre soltando los más espantosos maullidos que jamás he visto en un animal. Yo estaba bastante espantado, pero aún así no pensaba en nada de sobrenatural. Solo pensaba que el gato se hubiese vuelto chiflado de repente. Este nuevo acontecimiento me hizo olvidar completamente la luz azul.

Sufría de tal modo viendo el terror del pobre animal que lo tomé en brazos y procuré calmarlo. Todo trémulo, el gatito se cobijó contra mí, ocultando la cabeza y demostrando ser presa del más intenso pavor. Lo acaricié y logré calmarlo un tanto, poco a poco, pero, con gran espanto mío, él se mantenía en un lado de la cama, mirando con miedo, ojos brillando y pelo erizado. Yo no veía nada, y pese a ello estoy absolutamente convencido de que el gatito percibía alguna cosa, aunque nada pudiese quebrantar mi convicción.

Sintiéndose seguro en mis brazos, ahora que el choque del horrible espectáculo – cualquiera que fuese – había pasado, el pobre Fluff estiraba el pescuezo y miraba hacia abajo, a la alfombra, siguiendo los movimientos del enemigo, como si éste, invisible para mí, anduviese a lo largo del

lecho, volviéndose delante del lavabo. La cosa – lo que quiera que fuese – estaba en el suelo y no hacía ninguna tentativa de subir a la cama. Si aquello se aproximase a nosotros, estoy seguro de que Fluff moriría de miedo inmediatamente. Miré en torno a mí, en la dirección de la mirada del gato, pero ¡no vi nada en la alfombra!

No resta duda de que no debo olvidar que he visto la luz azul cuando el animal dormía. Se podría suponer que mi miedo respecto de la luz fue transmitido al gato, pero hasta entonces yo no había tenido ningún miedo, pensando incluso que se trataba de alguna cosa natural.

En todo caso, lo que mi gato vio debía ser una forma bien horrible, porque Fluff era el más tranquilo, el más cariñoso animalillo que jamás conocí. Durante bastante tiempo creímos que él se había quedado mudo, pues nunca más volvieron a escucharse sus maullidos.

Respecto de esta interesante narración, me apresuro a hacer observar que el extraordinario pavor manifestado por el gato no debe necesariamente llevarnos a creer que él haya visto algo terrible. Numerosos ejemplos atestiguan que los animales son tomados de un pavor irresistible en presencia de cualquier forma espiritual, aunque sea enteramente angelical. Lo que determina su terror es la intuición instintiva de que se hallan en presencia de un fenómeno supra normal.

En cuanto al otro fenómeno de la luminosidad errante que el señor Llewellyn había anteriormente observado, sirve para apoyar la génesis supra normal de la manifestación percibida por el animal y demuestra, en efecto, que durante aquella noche y en aquel lugar, se produjeron realmente manifestaciones supra normales, de las cuales un gato y su dueño fueron espectadores de manera diferente. Ya he dicho que esa diferencia de percepciones, muy frecuentes en las manifestaciones supra normales, se explica por las idiosincrasias especiales de los perceptores, en virtud de las cuales, una misma manifestación supra normal puede no afectar bajo forma visual a la mente de una persona, pero serle parcialmente transmisible bajo la forma auditiva, táctil, olfativa, emocional. Estos son, en efecto, modos diferentes bajo los cuales puede transformarse, indiferentemente, el mismo impulso telepático-espírita que, para pasar de la subconsciencia a la conciencia, solo puede seguir la vía de menor resistencia trazada por las idiosincrasias sensoriales propias a cada uno de los perceptores.

Todo esto se liga a las manifestaciones supra normales percibidas colectivamente mediante sentidos diferentes, pero el mismo fenómeno puede producirse con las manifestaciones supra normales percibidas colectivamente a través de un mismo sentido, como sucedió en el caso relatado por el señor Llewellyn. Y esas diferencias en la forma de la

percepción de un fenómeno son bastante frecuentes en las manifestaciones metapsíquicas. Recuerdo que, en el transcurso de las sesiones con William Stainton Moses, ocurría frecuentemente que, en el lugar en que el médium percibía una entidad espiritual, los testigos veían una columna luminosa y, a veces, una simple banda luminosa errando por la pared, bastantes veces coloreada de azul, como en caso que acabo de citar. Este caso puede entonces explicarse perfectamente de la misma manera, suponiendo que el animal haya percibido una forma espiritual allí donde su dueño solo percibió un trazo errante azulado.

Caso LVIII – (Visual-colectivo) – Este caso fue publicado por los mismos Annales des Sciences Psychiques (1907, p. 423) y forma parte integrante de la misteriosa historia de Noula, relatada por el Coronel de Rochas. Se trata de una joven dama rusa, de alto linaje, descendiente de los príncipes de Radzwill, que percibía, constantemente a su lado, una forma espiritual femenina, a quien ella llamaba Noula y cuya realidad objetiva fue probada por el hecho de haber sido fotografiada varias veces. Las primeras veces que Noula apareció, fue percibida primeramente por el caballo de la señora a quien se debe la narración de este episodio:

Siempre he vivido con ese doble personaje a quien yo llamaba Noula. Cuando era niña, no la

veía, pero siempre, a mis ojos, tenía la impresión de que no me encontraba sola. Me oían siempre responder a preguntas que a los demás parecían formuladas por mi imaginación. ¿A quién respondía yo? No lo sé y no tengo en absoluto recuerdos de los hechos de que le hablo, pero mi padre, cuando me llevó a los médicos, se acordó perfectamente del caso. Lo que puedo asegurarle es que no me daba placer alguno jugar con los demás niños, agradándome permanecer completamente sola, cuando en realidad no lo estaba.

Vi a Noula cuando salía de la infancia y seguidamente, cuando era joven. Su primera aparición se produjo cierto día en que fui a pasear a caballo con mi padre, que me acompañaba siempre. Ella me pareció tan asombrosa que, al comienzo, creí que era una alucinación mía.

Ordinariamente yo montaba un caballo acostumbrado a mí y dirigido desde la silla. Ese día tuve la fantasía de montar a un garañón que nunca había montado antes. Al principio pude dominarlo, después, tomado de un capricho, partió en disparada. ¿Qué pasó? No lo sé, pero súbitamente él se mostró dócil y, ante mis ojos, percibí a Noula, de manera muy clara. Pensé por un instante que alguna persona, viéndome en peligro, hubiese detenido el caballo y quise agradecerle. Mi padre se acercó a mí y se puso a censurarme suavemente a causa de mi capricho, cuando, al observarme, me vio tan demudada que tuvo miedo, mucho miedo. (Precisamente en tal

momento yo sentía una extraña sensación de vacío inmenso como si estuviese sentada en el aire). Él me tomó en sus brazos y me hizo desmontar. Yo aún conservaba la mirada fija y los ojos dilatados que lo asombraban tanto. Eso duró tal vez un minuto, que pareció muy largo. Cuando salí de tal estado, mis palabras fueron: ¿Usted no la ha visto? ¡Dígame! Mi padre no me comprendió y sus ojos me observaban con tanta aflicción que adiviné enseguida su pensamiento. Le conté entonces lo que había sucedido y, con su lógica de matemático, él llegó a la conclusión de que el miedo me había causado una alucinación. Pero yo sentía que no. Solo que deseaba tranquilizarlo, ¡pues se había afligido tanto por mí!

Regresamos a casa sin nuevo incidente. Hacía todos los esfuerzos por parecer alegre y, no obstante, tenía miedo. Al entrar, mi padre me llevó a mi cuarto, pues entendía que yo padecía de algo. Se alejó por un instante para dejarme ir al aseo y allí, cuando estaba sola, ella volvió. Mis gritos atrajeron a mi padre que llamó a nuestro médico, ya que él no veía nada. Y cuando ese buen hombre llegó, procuró calmarme un poco, administrándome quince gotas de opio que me hicieron dormir.

He aquí, apreciado señor, la primera visita de Noula. Y después de esta ocasión, Noula se me distinguía cada vez más, sobre todo cuando me debilité, porque la tristeza de mi vida influyó dañosamente en mi estado de salud. Me puse

anémica y flaca, mientras que Noula era muy fuerte y de buen aspecto.

Interrumpo aquí la interesante narración de donde extraje el incidente que se acaba de leer. Lo que sigue no entra, a decir verdad, en el cuadro del tema tratado. Añadiré tan solo que la dama de que hablé, en la esperanza de que el Coronel de Rochas pudiese librarla de esa forma que la obsedía, partió para Francia, pero desgraciadamente, llegando a Varsovia, se puso enferma y falleció.

Del conjunto del incidente expuesto, se nota que el caballo vio la figura de Noula antes que la joven y que la aparición de aquélla ejerció inmediatamente una influencia tranquilizante sobre el animal. Pues bien, como ese hecho es diametralmente opuesto al que determina de ordinario sobre los animales la visión de un espíritu, hay que deducir que el hecho se produjo conforme a la voluntad de Noula, que evidentemente se propuso salvar de un grave peligro a la joven con la cual estaba en relación.

Pero ¿cómo explicar la presencia y la persistencia de esa forma espiritual misteriosa? El Coronel de Rochas vacila entre la hipótesis de un fenómeno de desdoblamiento de la perceptora y la de un caso de vampirismo. A favor de la primera hipótesis, se puede citar la observación de la narradora de que, en el momento de la aparición de Noula, experimentó una extraña sensación de vacío inmenso, simultáneo al sentimiento de planear en el aire, observación que llevaría efectivamente a suponer un fenómeno de

desdoblamiento. No obstante, en este caso, la perceptora debería haber visto su propia imagen espectral, y no la de otra persona físicamente muy diferente a ella, puesto que la perceptora era rubia, delgada, pálida, mientras que Noula parecía morena, fuerte y colorada. Teniendo en cuenta ese detalle, la sensación de vacío experimentada por la perceptora debería explicarse atribuyéndola a una sustracción de fuerza vital de su organismo por la entidad que se manifestaba.

En cuanto a la hipótesis de un caso de vampirismo, ejercido por Noula sobre la perceptora, el Coronel de Rochas lo examina teniendo en cuenta sobre todo la progresiva depauperación de la salud de la referida señora, depauperación que se podría racionalmente atribuir a una sustracción persistente de fuerza vital ejercida por Noula. Esta última debía entonces ser encarada como una entidad espiritual de baja categoría, aún deseosa de vivir, y que, habiendo encontrado la constitución orgánico-funcional de esa señora, sensitiva de quien podría sustraer fuerza vital, de ella se apoderaría a fin de encontrar la alegría de sentirse aún ligada al medio terrestre, reviviendo su existencia por reflejo. Se conocen algunos ejemplos científicamente estudiados que sugieren esta hipótesis, pero no se trata, hasta el momento, sino de casos bastante raros y susceptibles de ser explicados de otra manera, y que no podrían prestarse a autorizar, en este sentido, una hipótesis de trabajo cualquiera, y menos aún una teoría clara y

bien definida del mismo género de la que los ocultistas han construido sobre el vampirismo: mejor entonces suspender cualquier enjuiciamiento respecto de esto, dejando la solución del problema a los que vendrán después de nosotros.

*

Para otros nueve casos pertenecientes a esta categoría, envío al lector a las siguientes obras y publicaciones:

Caso LIX -Proceedings of the S.P.R., vol. V
Caso LX -Proceedings of the S.P.R., vol. VI
Caso LXI-Proceedings of the S.P.R., vol. X.
Caso LXII - Light, 1903, p. 141
Caso LXIII - Journal of the S. P. R., vol. III
Caso LXIV- Journal of the S.P.R., vol. IV
Caso LXV -_Journal of the S.P.R., vol. V
Caso LXVI - Journal of the S.P.R., vol. VIII
Caso LXVII - Journal of the S.P.R., vol. IX

QUINTA CATEGORÍA

ANIMALES Y PREMONICIONES DE MUERTE

Esta categoría se subdivide en tres subgrupos distintos, de los cuales solamente el tercero reviste una importancia especial en relación al tema que tratamos.

El primer subgrupo se refiere a los casos de manifestaciones premonitorias percibidas colectivamente por animales y por hombres, circunstancia interesante, pero que desde nuestro punto de vista, no difiere en nada de las otras circunstancias ya examinadas en las categorías precedentes.

El segundo subgrupo está compuesto por casos en que los acontecimientos premonitorios se repiten tradicionalmente en una misma familia y adoptan generalmente una forma simbólica, es decir, la inminencia de un acontecimiento de muerte es anunciada por la aparición, por ejemplo, de una dama blanca (como en la familia alemana de los Hohenzollern) o por el tic-tac característico que se llamó ‘reloj de la muerte’, o por el estampido de un tiro de fusil, o por gritos lastimeros, o, en fin, por la aparición de una forma animal, siempre el mismo

para una determinada familia. Como se puede ver, este segundo subgrupo, en que la forma del animal no es sino un símbolo, no presenta nada en común con las manifestaciones de que nos ocupamos en esta obra, exceptuada la simple apariencia.

En fin, el tercer subgrupo está constituido por acontecimientos importantes para nuestro estudio, pues se liga a las facultades premonitorias de la psiquis animal y consisten en el hecho de que los animales domésticos manifiestan a veces la facultad de prever, en corto plazo, el tránsito de una persona de la familia, por medio de gemidos y aullidos característicos. Esta facultad de varias especies de animales es bastante conocida y los gemidos de la muerte en los perros forman parte de la tradición de todos los pueblos. Se trataría entonces de una facultad semejante a la humana, pero circunscrita a límites más modestos.

En estas condiciones, relato un solo ejemplo perteneciente al primer subgrupo y otros dos, muy cortos, pertenecientes al segundo, limitándome a desarrollar, de una manera adecuada, el tema del tercer subgrupo.

PRIMER SUBGRUPO

MANIFESTACIONES PREMONITORIAS DE MUERTE PERCIBIDAS COLECTIVAMENTE POR HOMBRES Y POR ANIMALES

Caso LXVIII – (Auditivo-colectivo) – Este caso fue narrado por la señora Sidgwick en su obra sobre las premoniciones (Proceedings of the S.P.R., vol. V, p. 307/8), y recogido y estudiado por el Sr. Myers en abril de 1888.

Cuenta a la señora Cowpland-Travalor lo siguiente:

Cierta noche del mes de junio de 1863, en nuestra residencia en el vicariato de Weeford (Staffordshire), mi hermana y yo fuimos repentinamente despertadas por un lastimero aullido. Recorrimos todos los rincones de la casa, que se elevaba aislada en medio del campo, sin descubrir nada. En esta primera circunstancia, ni nuestra madre ni los criados se habían despertado con el aullido, pero a nuestro perro bulldog lo fuimos a encontrar con el hocico metido bajo una pila de leña, trémulo de miedo. El día 27 del mes de junio fallecía nuestra madre.

El segundo caso fue mucho más impresionante y se produjo en el mismo vicariato en agosto de 1879. Hacía ya algún tiempo que nuestro padre estaba enfermo, pero sus condiciones de salud permanecían estacionarias y, el domingo día 31 de agosto, todavía oficiaba en la iglesia, aunque habría de morir nueve días más tarde. La familia, por esa época, estaba compuesta por nuestro padre, mi hermana, mi hermano y yo, con dos criados, además de una camarera. Dormíamos todos en habitaciones separadas, distribuidas en diferentes partes de la casa, que, para ser un presbiterio, era muy espaciosa.

Era una noche calma y serena de los últimos días del mes de agosto. No había ninguna vía férrea en los alrededores, ni casas en los aledaños, ni calles que pudiesen ser recorridas por transeúntes rezagados. En suma, el silencio era completo y la familia estaba entregada al sueño, cuando, entre la media noche y la media noche y cuarto, fuimos todos despertados, menos nuestro padre, por súbitos aullidos, desesperados y terribles, con un tono diferente del de cualquier voz humana, semejantes a los que habíamos oído anteriormente con ocasión de la muerte de nuestra madre, pero infinitamente más intensos. Provenían del pasillo que conducía al cuarto de nuestro progenitor. Mi hermana y yo saltamos de la cama (nadie podría dormir con tal estrépito), encendimos una vela y fuimos al pasillo sin pensar siquiera en vestirnos y allí nos encontramos a mi hermano y a los tres servidores,

todos aterrorizados como nosotras dos. Aunque la noche fuese muy calma, esos aullidos desesperados iban acompañados de golpes de viento que parecían propagarlos a lo lejos, y se podría decir que salían del techo. Persistían durante un minuto para esfumarse, enseguida, a través de una ventana.

Una extraña circunstancia se liga a este acontecimiento: nuestros tres perros, que dormían en mi cuarto y en el de mi hermana, corrieron rápidamente a acurrucarse en los rincones con el pelaje del dorso erizado. El bulldog se escondió debajo de la cama y, como yo no lograba hacerlo salir de allí llamándolo, tuve que sacarlo a la fuerza, verificando que estaba tomado de temblor compulsivo.

Corrimos hacia el cuarto de nuestro padre, donde verificamos que él dormía tranquilamente. Al día siguiente, con las indispensables precauciones, hicimos alusión, en su presencia, al acontecimiento de la noche, lo cual nos permitió comprobar que él no había escuchado nada. Ahora bien, como es imposible dormir un sueño común cuando resonaban tales aullidos atroces, es preciso suponer que solo no resonaban para él. Unos quince días más tarde, precisamente el 9 de septiembre, nuestro padre expiraba.

Y he aquí el tercer caso: en 1885 yo me casé y me fui a vivir a Firs (Bromyard), donde vivía con mi hermana, la señora Gardiner. Mi hermano vivía a cinco millas de distancia y gozaba entonces de

perfecta salud. Cierta noche, a mediados de mayo, mi hermana y yo, la doméstica Emily Corbett y los otros criados (mi marido estaba ausente), oímos nuevamente los conocidos aullidos desesperados, aunque menos terribles que los de la última vez. Bajamos de nuestras camas y recorrimos la casa, sin que encontrásemos nada. El día 26 de mayo de 1885 mi hermano fallecía.

El cuarto caso se produjo a finales de agosto de 1885. Yo misma, Emily Corbett y los otros criados volvimos a escuchar los aullidos, si bien, como nuestra vivienda no estaba aislada como lo estaba el presbiterio de Weeford, y los aullidos no eran tan fuertes como en aquella ocasión, tuve la idea de que podrían provenir de algún caminante, aunque no pudiese ocultar cierta inquietud respecto de mi hermana, la señora Gardiner, que en aquel momento se encontraba mal. Por el contrario, nada sucedió a la señora Gardiner, que vive hasta hoy, sino que otra de mis hermanas, la Srta. Annie Cowpland, que se encontraba en perfecta salud en el momento de hacerse oír los aullidos, fallecía una semana más tarde de difteria.

Señora Cowpland-Travalor, Señora Cowpland-Gardiner, Emily Corbett.

Analicemos brevemente este interesante caso, estudiado por Myers. Como dije, desde el punto de vista de la clasificación no tiene ninguna importancia especial, puesto que es igual a los casos

narrados en la cuarta categoría, exceptuada la circunstancia de que aquí ya no se traba de visión colectiva de espíritus, sino de la percepción de sonidos de naturaleza supra normal. Acerca de esto recuerdo que el hecho en sí, de prenuncio de muerte, transmitido aquí bajo la forma de aullidos desesperados, se explica por las idiosincrasias personales propias de los sensitivos a quienes va encaminado el mensaje, es decir que ordinariamente la forma de realización de los fenómenos premonitorios, así como todo fenómeno supra normal, no busca más que la vía de menor resistencia recorrida por el mensaje para llegar, desde el más allá o desde los pliegues de la subconsciencia, hasta la consciencia de los sensitivos. Esto, naturalmente, se liga a las manifestaciones de orden subjetivo que constituyen la gran mayoría de los casos de realización inteligente, mientras que, en el caso de la aparición de espíritus o de percepciones fónicas de naturaleza objetiva, el hecho de su realización no dependería ya de idiosincrasias de los perceptores, sino de la presencia de un sensitivo que proporcione fluidos y de la fuerza de la entidad que se manifiesta.

Ahora bien, hago notar que en el caso que acabo de exponer se da la circunstancia de animales que percibieron los aullidos premonitorios al mismo tiempo que los seres humanos, circunstancia que llevaría a suponer que se trataba esa vez de sonidos objetivos. En este caso, la circunstancia del padre

enfermo, que nada oyó (porque él no debía oírlo) tendría que ser explicada suponiendo que éste se encontraba sumido en el sueño sonámbulo.

SEGUNDO SUBGRUPO

APARICIONES DE ANIMALES EN FORMA SIMBÓLICO-PREMONITORIA

Tal como hemos tenido ocasión de comprobar, las formas de animales que tienen estrictamente función de símbolo no pertenecen a la categoría de las manifestaciones de que nos ocupamos en esta obra, sino a la de simbolismo en las manifestaciones metapsíquicas en general, asunto de que trataré en otra monografía especial. En esas ocasiones la forma animal, según toda verosimilitud, no representa sino una proyección alucinatoria de una idea pensada y transmitida intencionadamente por el agente telepático, conforme a la circunstancia de que en el medio familiar existía una tradición según la cual la aparición de una forma animal especial equivale a prenuncio de muerte inminente en la familia. Por consiguiente esta forma de premoniciones dependería también de una especie de idiosincrasia que se habría perpetuado de una generación a otra entre los miembros de la misma familia.

Se conocen ejemplos de mensajes simbólico-premonitorios que desde hace varios siglos se renuevan de forma idéntica en el mismo medio familiar, pero esos mensajes están constituidos por otros simbolismos de que no tratamos aquí. Añado

que los casos en los cuales el simbolismo adopta forma de animal son más bien raros y solo comprenden un pequeño número de repeticiones de la misma aparición. Habría entonces que encararlos como episodios rudimentarios de simbolismo premonitorio.

He aquí dos breves ejemplos que he resuelto mencionar:

Caso LXIX – (Visual) – Este caso se encuentra en los Proceedings of the S.P.R., vol. V, p. 156. Lo narra la señora E.L.Kearney:

17 de enero de 1892 – Mi abuelo estaba enfermo. Yo bajaba cierta tarde por una escalera interna de nuestro aposento, cuando percibí, en el pasillo, un gato extraño que caminaba en dirección a mí. Tan pronto como me avistó, corrió a ocultarse detrás de una puerta que dividía en dos partes el pasillo. Esa puerta estaba dispuesta de tal modo que permanecía siempre abierta. Corrí inmediatamente para detrás de ella, a fin de cazar al extraño animal, pero me sorprendí mucho al no ver nada allí, ni encontrar nada en el resto del aposento. Conté enseguida el caso a mi madre (ella me dijo hace algunos días que recordaba perfectamente el incidente). Mi abuelo murió en la mañana del día siguiente.

Esto parece tanto más interesante considerado en relación a otra circunstancia. Mi madre me contó que la víspera de la muerte de su padre ella también

había percibido un gato que andaba en torno a la cama del enfermo. Había intentado capturarlo como yo, pero a continuación ya no vio nada.

Caso LXX – (Visual) – Extraído de los Proceedings of the S.P.R., vol. V, p. 302. La narradora es la señora Welman:

Hay en mi familia materna una tradición según la cual, poco tiempo antes de la muerte de alguno de sus miembros, un gran perro negro aparece a uno u otro de sus familiares. Cierto día del invierno de 1877, sobre la hora de la cena, yo bajaba del piso superior, estando la casa iluminada y, cuando me dirigía al pasillo que conduce a la escalera, vi, de repente, un gran perro negro que caminaba delante de mí, sin hacer ruido. En esa semioscuridad, pensé que se tratase de alguno de nuestros perros pastores y llamé Laddie, pero él no se volvió y pareció no haber oído. Lo seguí y experimenté una indefinible sensación de malestar, que se transformó en profundo espanto cuando, llegando al pie de la escalera, vi como el animal desaparecía delante de mí, sin dejar vestigio alguno, aunque todas las puertas estuviesen cerradas. No conté nada de esto a nadie, pero no podía dejar de pensar continuamente en lo ocurrido. Dos o tres días más tarde, recibimos de Irlanda la noticia de la muerte inesperada de una tía, hermana de mi madre, a consecuencia de un accidente.

TERCER SUBGRUPO

PREMONICIONES DE MUERTE EN QUE LOS ANIMALES SON LOS PERCEPTORES

He aquí una de las facultades más curiosas y misteriosas de la psiquis animal. En la introducción a esta categoría ya he dicho que consistía en el hecho de que los animales domésticos manifiestan a veces la facultad de prever, a corto plazo, la muerte de una persona de la familia a que pertenecen, anunciándola por medio de gemidos y aullidos característicos. Añadía que esta facultad de varias especies de animales es muy conocida entre las tradiciones de los pueblos, siendo que además existe la de los ‘aullidos de la muerte en los perros’. Se trataría entonces de una verdadera facultad premonitoria de los animales, aunque más limitada que la facultad correspondiente manifestada esporádicamente en el hombre.

Caso LXXI – El doctor Gustavo Geley, primer director del Instituto Metapsíquico Internacional de París y autor de obras metapsíquicas que se han convertido en clásicos, decidió hacer una experiencia personal de estas facultades supra

normales de los animales y la describe así en su libro De L'Inconscient au Conscient, p. 192:

Cierta noche yo velaba, en calidad de médico, a una joven que, alcanzada aquel mismo día y en plena salud por un mal fulminante, estaba en agonía. La enferma estaba en estertores. Era la una de la madrugada (la muerte le sobrevino de día).

Repentinamente, en el jardín que circundaba la casa, sonaron los aullidos de la muerte, soltados por el perro de la casa. Era un sonido lúgubre y lastimero de una única nota, decreciendo hasta extinguirse muy dulce y lentamente.

Tras un silencio de algunos segundos, el lamento se repitió, idéntico y monótono, infinitamente triste. La enferma tuvo un momento de consciencia y nos miramos ansiosos. Ella había comprendido. El marido salió aprisa para hacer callar al animal, que ante su aproximación se escondió, y en medio de la noche, fue imposible encontrarlo. Tan pronto regresó el marido, recomenzó el lamento, y fue así durante más de una hora, hasta que el perro pudo ser atrapado y alejado de allí.

¿Qué debemos pensar de tales manifestaciones? El narrador de este caso fue un científico muy distinguido, la autenticidad del hecho es incontestable, los aullidos del perro fueron evidentemente característicos, la premonición de muerte se verificó, de modo que no se puede entonces dejar de concluir que el animal tuvo

realmente un presentimiento de la muerte inminente de una persona de su casa, a menos que se prefiera explicar los hechos por la hipótesis de las coincidencias fortuitas. En este caso, faltaría explicar por qué los perros emiten, en tales circunstancias, los aullidos absolutamente característicos que el narrador describió con tanta precisión. Mejor dicho, si la hipótesis de las coincidencias fortuitas puede bien sostenerse en un caso aislado, ya no podría mantenerse si las manifestaciones de esta naturaleza se llevan a cabo muchas veces. Pues bien, es indudable que efectivamente se producen con frecuencia, aunque, debido incluso a la naturaleza de los acontecimientos y a que éstos ocurren en medios extraños a la investigación metapsíquica, solo lleguen raramente a las revistas especializadas.

Caso LXXII – Este caso está consignado en la obra de Robert Dale titulada Región en Debate, p. 282. El autor escribe que desde hace más de treinta años es amigo íntimo de la familia en la cual se produjo el hecho que va a exponer, y prosigue diciendo:

La Srta. Haas, que contaba entonces veinte años de edad, tenía un hermanito de dos años, el cual tenía un pequeño perro, su compañero constante, al que apreciaba mucho, y que recíprocamente estaba muy ligado a él. Se diría que lo contemplaba como a

un padre. Cierto día, cuando el niño andaba de aquí para allá, en el salón, tropezó con un pie en la alfombra y cayó. Su hermana acudió, levantándolo y haciéndole caricias, logrando disminuir sus llantos; pero a la hora de la cena, los padres observaron que él extendía la mano izquierda en vez de la derecha y verificaron que incluso no podía mover esta última. Le hicieron fricciones de alcohol alcanforado en el brazo enfermo, sin que el niño se doliese de nada y lo llevaron nuevamente a la mesa. Súbitamente el perrito se acercó a la silla del niño y se puso a aullar de modo lastimero y no habitual. Lo llevaron de allí, pero continuó aullando en la pieza contigua. Entonces lo echaron de la casa y lo llevaron al jardín; ante esto, se puso frente a la ventana del cuarto del niño y recomenzó los aullidos, con cortos intervalos de repetición, continuando así durante toda la noche, pese a todas las tentativas llevadas a cabo para alejarlo de allí.

En la tarde del mismo día, el niño cayó gravemente enfermo como consecuencia de la caída y falleció a la una de la madrugada. Mientras aún estaba vivo, los aullidos infinitamente tristes del animal se renovaban en cortos intervalos, pero desde el momento en que expiró, el perrito cesó de emitirlos, no volviendo a hacerlo, ni entonces ni más tarde.

En el primer caso que cité, la premonición de muerte atañe a un moribundo cuyos familiares no hicieron alusión alguna al comienzo de la dolencia.

En el segundo caso, por el contrario, la premonición de muerte se refiere a un crío que parecía sano y cuyo aspecto no dejaba entrever una consecuencia fatal de la caída ocurrida algunas horas antes, de modo que la familia no se preocupó con el hecho. Se deduce de ahí que el presentimiento de muerte manifestado por el animal parece, en esta circunstancia, aún más notable que el precedente. En el primer caso, se podría tal vez objetar que el perrito había experimentado, telepáticamente, la influencia del pensamiento de los familiares del moribundo. En cambio en este segundo, tal objeción queda enteramente excluida.

Casos LXXIII, LXXIV y LXXV – La señora Cárita Borderieux, entonces directora de la revista Psychical publicó en la Revue Scientifique et Morale du Spiritisme (1918, p. 136), un artículo sobre los presentimientos entre los animales, del cual extraigo tres casos que ella misma recogió:

1º.- Una de mis amigas vivía en Neuilly-sur-Seine, donde murió de tuberculosis. Su agonía fue perturbada por los siniestros aullidos de un perro del vecindario. Los padres de la moribunda, desesperados por no poder hacer callar a ese animal, habitualmente calmo, ordenaron que le llevasen un trozo de carne que se acababa de preparar. Trabajo inútil, pues el perro, despreciando la suculenta tajada, continuó aullando hasta que se produjo la muerte.

2º.- El Sr. Marcel Mangin, pintor y estudioso del psiquismo, fallecido en 1915, tenía un perro dotado de la facultad de presentir la muerte de las personas de la familia. Antes incluso de que la enfermedad llegase a causarle preocupaciones, el animal se ponía a aullar de modo extraño, haciendo que se notase esa previsión, que era asombrosa.

El Sr. Marcel Mangin murió súbitamente de una embolia. Pues bien, el día anterior, cuando nada hacía prever un fin tan cercano para el artista, el perro se puso a aullar de manera significativa. -¿Qué quiere decir este condenado animal? – se preguntaban el Sr. y la Sra. Mangin. Al día siguiente, el pintor moría.

Perpleja, e injusta también, todo hay que decirlo, la Señora Mangin mandó matar al perro fatal.

3º.- Madame Camilla, la célebre vidente de Nancy, me contó que tenía una perrita y que su marido estaba enfermo desde hacía mucho, pero aunque su estado de salud no presentase empeoramiento alguno, el animalito se había metido súbitamente debajo del sofá en que él reposaba, y se había puesto a aullar lamentosamente.

-¿Qué tiene este animal? – preguntó el enfermo. Hasta parece que anuncia mi muerte…

Se calmó el enfermo y se alejó al animal, pero al día siguiente, el marido de madame Camilla expiraba.

De los tres casos citados por la señora Borderieux, el que concierne al fallecimiento del Sr.

Marcel Mangin, el conocido estudioso del psiquismo, es el más notable, primero, porque contiene la circunstancia análoga a la del caso anterior del perro que empezó con los aullidos de la muerte cuando su dueño gozaba de excelente salud y nada hacía prever la inminencia de su fin; en segundo lugar, porque se supo, por la narración, que el mismo perro ya en otras ocasiones y de la misma manera, había anunciado inminencia de muerte en la familia.

En el primero de los tres casos citados, solo se puede encontrar característico el incidente del perro que rehúsa un trozo de suculenta carne, prefiriendo aullar hasta la muerte del agonizante. Se diría que, en estas circunstancias, los animales se hallan en condiciones de medio sonambulismo, en el cual el automatismo subconsciente, dominando el campo de su consciencia, los hace insensibles a algunas tentaciones de los sentidos, que serían irresistibles para ellos en el estado normal.

Caso LXXVI – el Sr. William Ford, residente en Reading, Inglaterra, escribió en los siguientes términos a Light (1921, p. 569):

En mi mocedad, yo tenía un perro pastor de raza cruzada y cola corta, destinado a reunir y conducir corderos y bueyes. Habíamos pasado juntos buenos días felices en la hacienda paterna, pero llegó el día en que los negocios nos obligaron a dejar la casa y

mi perro fue dado a un viejo ranchero que residía cerca de Maidstone. Muy pronto él y el perro se hicieron amigos inseparables y, allá donde fuese el hombre, el animal lo seguía, amistad enternecedora que duró tres años.

Cierta mañana, el viejo ranchero no se levantó a la hora habitual y su hijo fue a ver qué podía significar esa infracción de las costumbres paternas. El viejo, con la mayor calma, anunció que su hora era llegada y pidió que le trajesen al perro, porque deseaba verlo una vez aún, antes de fallecer.

El hijo intentó disuadir a su padre de tal afirmación, que para él era producto de una lúgubre fantasía, pero como su insistencia contrariase al viejo, fue a buscar al perro y lo llevó hasta el padre. Tan pronto como el animal entró en el cuarto, saltó sobre la cama y empezó a hacer zalamerías al viejo dueño, pero, poco más tarde, se retiró a un rincón y empezó a aullar lamentosamente. El animal fue llevado fuera, acariciado, pero nada lograba confortarlo o hacerle callar. Acabó por retirarse a su perrera y se entregó a un abatimiento tan profundo y tan desesperado que murió a las ocho y media de la noche. Su viejo dueño lo siguió en la muerte, falleciendo a las diez.

Diez años más tarde, me hallaba sentado en un centro experimental privado, y en un determinado momento el médium tuvo un sobresalto. Indagado sobre lo que había visto, respondió: Me ha parecido ver un oso, lo cual no era sino un perro. Surgió en el

centro, de un salto apoyó las patas sobre las rodillas del Sr. Ford y éste lo acarició. Hizo en seguida una descripción minuciosa del perro aparecido, que correspondía enteramente a la de mi perro pastor. El médium concluye, diciendo: Tenía un hocico que parecía sonreír. Ese detalle se adaptaba bien al animal, y yo no dudo en modo alguno de su identidad.

En este caso, la premonición de muerte por parte del animal es menos interesante que en los casos precedentes, puesto que se produjo tan solo medio día antes del fallecimiento, cuando el viejo ya sabía que estaba a punto de morir. Esas circunstancias no impiden, no obstante, que hubiese, integralmente, como en los demás casos, una percepción de muerte inminente por parte del perro. Hay, además, el episodio emocionante de la muerte del animal, a consecuencia de su profundo dolor.

El último incidente de la aparición del animal durante una sesión mediúmnica, diez años después de su muerte, transforma esta narración en un caso de transición entre la presente categoría y la siguiente, en la cual tratamos de los casos de apariciones identificadas de formas de animales.

En mi conjunto de hechos, no se encuentran otros ejemplos de premonición de muerte por parte de los animales, lo cual no significa, en modo alguno, que las manifestaciones de esta especie sean raras, sino tan solo que hasta el momento se ha descuidado el reunirlas. Lo que contribuye a demostrar esto es que,

cuando se hace alusión a los hechos de esta naturaleza en los medios populares, esto provoca siempre narraciones de casos semejantes. Éstas, desgraciadamente, son tan imprecisas o pasaron por tantas bocas que ya no se puede acogerlas en una clasificación científica.

De ahí resulta que aunque todo contribuya a demostrar la realidad de las manifestaciones en cuestión, sería, no obstante, prematuro comentarlas, visto que su examen no será oportuno más que cuando lleguen a acumularse en cantidad suficiente los materiales brutos de los hechos, de manera a poder analizarlos, compararlos y clasificarlos según un método rigurosamente científico.

SEXTA CATEGORÍA

ANIMALES Y FENÓMENOS DE ENCANTAMIENTO

Esta categoría es muy abundante en ejemplos interesantes e instructivos. En efecto, después de una selección rigurosa en mi colección de hechos, encontré aún treinta y nueve casos a mi disposición, de los cuales me limitaré, naturalmente, a relatar tan solo una parte, remitiendo al lector, en lo que se refiere a los otros, a las publicaciones que los contienen.

Para mayor clareza, he subdividido estos casos en dos subgrupos. En el primero, examino los hechos en que los animales dieron signos ciertos de percibir, colectivamente con el hombre, manifestaciones de encantamiento y, en el segundo, trato los casos de apariciones de formas de animales en lugares encantados.

PRIMER SUBGRUPO

Manifestaciones de encantamiento percibidas por animales

Resumo, primeramente, algunos casos que, estando constituidos por cortos incidentes episódicos diseminados en largas narraciones, no pueden todavía ser relatados por entero. Empiezo por tres casos históricos que extraigo de un artículo de sir Alfred Russel Wallace titulado Étude sur les Apparitions, publicado en los Annales des Sciences Psychiques, 1891.

Caso LXXVII – (Auditivo, con anterioridad del animal sobre el hombre):

En su narración sobre los fenómenos ocurridos en el curato de Epworth, el eminente John Wesley (fundador de la secta de los metodistas), después de haber descrito extraños ruidos semejantes a los que harían objetos de hierro y de vidrio lanzados por tierra, añade: Poco después, nuestro gran bulldog Masheff corrió a refugiarse entre el señor y la señora Wesley. Mientras duraron los ruidos, él ladraba y saltaba, mordiendo el aire de un lado y de otro, y esto antes de que alguien en el aposento oyese cosa alguna, pero después de dos o tres días, él ya temblaba y se iba, arrastrándose, antes de que los

ruidos recomenzasen. La familia sabía, por esta señal, lo que iba a suceder y esto no fallaba nunca…

Caso LXXVIII – (Auditivo-colectivo):

Durante los fenómenos sucedidos en el cementerio de Arensburg, en la isla de Oesel, en los cuales algunos féretros fueron volteados dentro de bóvedas cerradas, acontecimientos debidamente verificados por una comisión oficial, los caballos de quienes iban al cementerio se espantaban tanto algunas veces, y se ponían tan excitados que acababan cubiertos de sudor y espuma. Algunas veces se arrojaban por tierra y parecían agonizar y, pese a los socorros que se les prestaban inmediatamente, varios murieron al cabo de uno o dos días. En este caso, como en tantos otros, aunque la comisión llevó a cabo una investigación muy minuciosa, no descubrió allí ninguna causa natural (Robert Dale Owen en Footfalls on the Boundaries of Another World, p. 186).

Caso LXXIX – (Auditivo-colectivo):

En el terrible caso de la vivienda embrujada narrado al Sr. R. Dale Owen por la señora S.C. Hall, siendo ella misma testigo de los acontecimientos principales – hemos visto que el hombre embrujado no había podido sujetar un perro durante mucho tiempo: no fue posible hacerlo permanecer en el

aposento ni de día ni de noche. El que tenía cuando la Señora S.C.Hall lo conoció, tan pronto como empezaron los fenómenos huyó y desapareció. (Footfalls, p. 326).

A estos casos históricos, Wallace añade otros tres de fechas recientes:

Caso LXXX – (Visual-colectivo):

En el caso narrado por el señor Hudson en Arena, septiembre de 1889, cuando la dama de blanco se apareció al hermano del autor, leemos que, en la tercera noche, vio al perro arrastrarse y permanecer con la mirada fija; y enseguida actuar como si estuviese persiguiendo a alguien por todo el aposento. Mi hermano no vio nada, pero oyó una especie de silbido; el pobre perro ladraba, después procuró ocultarse y ya no quiso volver a entrar en aquel lugar.

Caso LXXXI – (Auditivo-colectivo):

En la notable narración de casa embrujada hecha por un dignatario muy conocido de la Iglesia Anglicana, que vivió en la referida casa durante doce meses, es preciso considerar la conducta muy diferente de los perros en presencia de efectos insólitos, según sean reales o fantasmagóricos. Cuando se produjo una tentativa de robo en el

presbiterio, los animales dieron prontamente la alarma y el clérigo se levantó debido a sus feroces ladridos. Por el contrario, durante los ruidos misteriosos, aunque fuesen mucho más fuertes e inquietantes, no ladraron en absoluto. Fueron encontrados en un rincón, en lamentable estado de terror. Estaban más perturbados que nadie y, si no hubiesen sido llevados al piso inferior, hubieran corrido a la puerta de nuestro cuarto de dormir, a esconderse allí, arrastrándose y gimiendo, durante tanto tiempo cuanto les fuese permitido. (Proceedings of the S.P.R., vol. II, p. 151).

Caso LXXXII – (Auditivo-colectivo):

En una casa embrujada de Hammersmith (Proceedings of the S.P.R., vol. III, p. 1-15/16), en la cual se oían ruidos de todas clases, incluso el eco de pasos y el sonido de llantos y suspiros, donde se veían puertas abrirse sin causa alguna aparente, donde, en fin, aparecía una forma de mujer que fue vista sucesivamente por tres personas adultas y una niña de seis años, el perro de la casa percibía, a su vez, los fenómenos. Al poco tiempo – escribe la señora K. – los antiguos ruidos recomenzaron en nuestra pequeña biblioteca. Eran sonidos de objetos que se desplomaban, ventanas que se agitaban violentamente, estremecimientos tremendos por toda la casa; en fin, de la misma manera la ventana de mi cuarto empezó a agitarse ruidosamente. Mientras

tanto, el perro aullaba sin cesar y el ruido de los golpes y caídas aumentaba en intensidad. Dejé mi cuarto y me refugié en el de Elena, donde pasé el resto de la noche. A la mañana siguiente, el perro mostraba claramente que la visión del cuarto embrujado lo aterraba todavía. Lo llamé para que entrase conmigo allí, pero él se encogió en el suelo, metiendo la cola entre las piernas. Se veía que tenía miedo de entrar allí. Yo estaba sola en mi casa, con Elena y la gobernanta.

Caso LXXXIII – (Auditivo-telekinésico-colectivo) – A propósito de una casa embrujada en Versalles (Annales des Sciences Psychiques 1895, p. 85), el Sr. H. de V. se expresa así en una carta dirigida al Doctor Darieux:

Al cabo de unos diez minutos, como la criada nos contaba sus desazones, un viejo sofá de roldanas, colocado en un rincón a la izquierda, se puso en movimiento, y describiendo una línea irregular, vino a pasar entre el señor Shenwood y yo, después giró sobre sí mismo, cerca de un metro detrás de nosotros, golpeó dos o tres veces en el suelo con las patas de atrás y volvió, en línea directa, para su rincón. Esto sucedía en pleno día, y hemos podido verificar que no había ningún conchabo, ni truco de especie alguna. El mismo sofá hizo idéntico recorrido tres veces diferentes, teniendo el cuidado – cosa extraña – de no herir a nadie. Al mismo tiempo,

se hacían oír golpes violentos en el otro rincón de la sala, como si hubiese albañiles trabajando en la pieza contigua que estaba enteramente abierta y completamente desierta.

El amigo que nos había llevado empujó a su perro hacia el rincón de la sala y el animal volvió aullando, evidentemente presa de gran terror. Ya no quería moverse de ninguna manera y su dueño fue obligado a sostenerlo en brazos durante el tiempo que hemos permanecido en la casa.

Caso LXXXIV – (Auditivo-colectivo) – En los artículos publicados por el Dr. J. Morice respecto del caso fantasmagórico del castillo de T., en Normandía, uno de los más interesantes y extraordinarios casos que se conocen (Annales des Sciences Psychiques, 1892/1893, p. 211/223 y 65/80), se narra lo siguiente:

Él compró (el señor de X., primer propietario del castillo) dos formidables perros de guarda, que quedaban sueltos durante la noche y nada sucedió. Cierto día los animales se pusieron a aullar en dirección a uno de los macizos del jardín con tal persistencia que el señor de X. consideró que allí se habían ocultado atracadores. Se armó, hizo armar a sus criados, rodeó el macizo y allí soltó a los animales. Ellos se precipitaron con furor, pero mal penetraron allí, sus ladridos se transformaron en aullidos dolientes, como los de los caballos al recibir

un correctivo. Después huyeron con la cola baja y no fue posible conseguir que volviesen al lugar. Los hombres entraron entonces en el macizo, lo revisaron en todas las direcciones y no hallaron en él absolutamente nada (p. 82/83).

Caso LXXXV – (Visual-colectivo, con anterioridad del animal sobre el hombre) – en la relación muy bien documentada que la señora R.C.Morton proporcionó a la Society for Psychical Research, respecto de la casa embrujada en que ella vivía, en la cual se aparecía, entre otras cosas, una forma de mujer de negro, refiere así la actitud de su perrito foxterrier:

Recuerdo haberlo visto, por dos veces distintas, correr hacia el fondo de la escalera del vestíbulo, moviendo alegremente la cola y haciéndose el importante, como hacen los perros cuando esperan caricias. Él corrió hacia allí con una expresión de alegría, precisamente como si una persona se hallase en aquel lugar, pero luego lo hemos visto escapar a toda prisa, con la cola entre las piernas, y refugiarse, todo trémulo, bajo el sofá. Nuestra impresión firme es que él había visto un fantasma (Proceedings, vol. VIII, p. 323).

Por los dos primeros casos históricos narrados aquí, al igual que por el caso LXXX, se puede ver que los animales perciben manifestaciones metapsíquicas que escapan a las personas presentes,

prerrogativa animal que tiene un ejemplo en el caso LIII, del cual hemos hablado en los comentarios al caso LXI. Algo más adelante, relataremos otro acontecimiento notable que le sucedió a la señora D'Espérance (Caso XCV). En los comentarios al caso XVI, donde se trató, si bien se recuerda, de manifestaciones experimentales con inicio de materialización de espíritu, hice notar que el hecho de que los animales parecían percibir la presencia de una forma espiritual, cuando incluso las personas presentes no percibían nada, podía ser explicado suponiendo que los ojos de ciertos animales serían sensibles a los rayos ultravioleta (como la placa fotográfica) y que, por consiguiente, ellos llegarían a discernir con los ojos corporales lo que era invisible a los ojos humanos. Sin embargo, esta hipótesis – justa respecto de las circunstancias en que la había propuesto – no parece aplicable a los casos que examinamos ahora, en los cuales se trata de fenómenos, no objetivos, sino subjetivos. En estas condiciones es preciso concluir que los animales se muestran efectivamente mejor dotados que el hombre en lo que atañe a la sensibilidad subliminal, en las manifestaciones supra normales. Los casos en que los animales se mostraron refractarios a la producción de fenómenos psíquicos percibidos por el hombre son absolutamente raros, mientras que los hombres refractarios a esas mismas manifestaciones constituyen la gran mayoría. Es difícil conocer la causa de tal supremacía de la susceptibilidad animal

a las percepciones de la actividad subconsciente o espiritual, pero como esa prerrogativa parece existir, en condiciones análogas, entre los pueblos salvajes, siendo que entre éstos las facultades telepática y telestésica son bastante frecuentes, sería preciso deducir que la causa consiste, o en la mentalidad todavía virgen de ellos, exenta de prevenciones habituales de un medio contrario al ejercicio de las facultades subconscientes, o bien en la circunstancia de que su actividad psíquica no está continuamente gastada por los cuidados y las preocupaciones de la vida civilizada. La justeza de estas observaciones queda demostrada por el hecho, muy conocido, de que, entre los sensitivos clarividentes, basta una contrariedad pasajera o una ligera condición de ansiedad o de preocupación para neutralizar completamente sus facultades supra normales.

Caso LXXXVI – (Visual-colectivo) – Lo extraigo del Journal of the S.P.R., vol. XIV, p. 378. El Rev. H. Northcote envía un informe sobre un caso de embrujamiento estudiado por él mismo, producido en la residencia de una familia de amigos suyos. Se trataba de un fantasma de hombre que aparecía constantemente en el mismo cuarto, a la misma hora siempre, y que fue visto, independientemente, por varias personas, siendo que una no sabía nada de lo que la otra había visto. Cierto día la familia Clemsford, que vivía en esa casa y allí hospedó a la Srta. Denton, la instaló en el

cuarto embrujado. La Srta. Denton cuenta lo siguiente:

La noche del mismo día de mi llegada, fui a acostarme bastante cansada y dormí muy mal… No di mucha importancia a eso, atribuyéndolo a mi excesiva fatiga y al cambio de cama, pero en la segunda noche me sucedió lo mismo y, sobre las tres me sorprendí al percibir una masa opaca, levemente luminosa, al pie de la cama. Pensé, al principio, que se trataba de un reflejo de luz proveniente de la ventana, pero esa masa tomó gradualmente una forma y acabó por transformarse en un hombre de muy alto porte, que permaneció inmóvil durante cierto tiempo –que me pareció muy largo, aunque puede que no fuesen más que algunos segundos –para atravesar seguidamente el cuarto y desaparecer en un armario. La tercera noche asistí a la misma manifestación, y esa vez con gran espanto por mi parte, lo que hizo que al día siguiente fuese a pedir a uno de mis amigos que dejase dormir su perro en mi cuarto, porque yo había percibido risas. Mi deseo fue satisfecho enseguida y, al cuarto día, ya me fui a acostar más animada y tranquila. El perro se acomodó en un rinconcito del sofá que yo le había preparado y no tardé en quedarme profundamente dormida.

Sobre las dos fui despertada por los gemidos del animal y observé que se había levantado y daba vueltas por el cuarto, siempre gimiendo. Al mismo

tiempo, vislumbré al pie del lecho el fantasma de mi visitante nocturno. Presa nuevamente de gran espanto, me puse a gritarle: ¡Márchate! ¡Desaparece!

Otra noche, después de las dieciocho horas, cuando me hallaba en casa de los Clemsford, el fantasma se me apareció como si fuese de fuego, tal como una figura aclarada por transparencia, en la cual los trazos del rostro y las principales líneas del cuerpo sobresalían con siniestro fulgor. Mi pavor fue tal que me decidí a hablar, negándome en absoluto a quedarme en tal cuarto. Llevé la conversación hacia el tema durante el almuerzo, preguntando si alguien de la casa ya había visto un fantasma en el cuarto donde yo dormía y, al mismo tiempo describí la figura que había percibido. Mi sorpresa fue grande cuando me dijeron que mi descripción correspondía exactamente a la apariencia del fantasma visto en el referido cuarto y a la misma hora por el señor y la señora Clemsford. Naturalmente ya no quise volver a dormir a tal cuarto…

En este ejemplo la agitación y espanto del perro pueden parecer concluyentes desde el punto de vista que nos interesa especialmente, si se compara con la mímica animal, infinitamente más demostrativa, en tantos otros períodos del mismo género. Sin embargo, en este caso, está la circunstancia elocuente de que el animal, de repente, es presa del terror a las dos de la madrugada, es decir, a la hora exacta en que se producía constantemente la manifestación de encantamiento en el lugar. Si se

considera esta circunstancia, no parece lógicamente posible evitar la conclusión de que el animal muy bien había percibido al fantasma manifestado en el cuarto en aquel momento. La circunstancia de que éste se encontraba allí sin el conocimiento de la Srta. Denton, que estaba dormida, aumenta el valor probatorio de la manifestación, cuyo primer perceptor fue el animal.

Caso LXXXVII – (Visual-colectivo) – Este caso apareció en el American Journal of the S.P.R. (1910, p. 45). Forma parte de una pequeña recopilación de acontecimientos examinados por un ministro de la Iglesia Episcopal. El profesor Hyslop dice que no se puede citar a los perceptores, que son personas bastante conocidas, ya que no desean dar sus nombres. El pastor que hace la narración, relata lo siguiente:

La villa del Dr. G., residente en la 5 Avenida, nº 13, en Nueva York, está situada en Fishkill, en el río Hudson. El veinte de octubre la Srta. F.G., hija suya, había ido a Nueva York, a donde llegó a hora avanzada de la noche. El cochero había ido a esperarla a la estación de ferrocarril con una charrete y un excelente caballo. La noche estaba muy sombría y el carruaje no llevaba linternas. El camino era fácil y el caballo lo recorría tranquilamente. Colinas rodeadas de árboles aumentaban más todavía la oscuridad, cuando, en un determinado

momento, el caballo empezó a cocear violentamente, mientras el cochero no sabía a qué santo encomendarse. La Srta. F.G. miró y vio una larga columna blanquecina, semejante a la niebla, que, después de haberse elevado en el camino, frente al caballo, pasó al lado de este, rozó en el codo a la joven y desapareció por encima de sus hombros. En el momento en que la aparición le tocó el codo, ella experimentó una sensación de frío y tuvo un estremecimiento. En todo caso su mente era muy positiva para acoger una explicación supra normal del acontecimiento, si bien, dirigiéndose al cochero le dijo: Presta atención Michel. Debemos haber pasado por encima de alguna cosa. Baja y mira lo que ha pasado. Pero el cochero discordó y se mostró inquieto, declarando que no se trataba en absoluto de un accidente material, sino de un encuentro con algún fantasma. Y añadió: Usted y yo podemos habernos equivocado, pero no se puede decir otro tanto del caballo. El pobre animal suda y tiembla como vemos. Finalmente decidió bajarse y mirar, pero no vio nada en el suelo, poniéndose a camino. La Srta. F.G. ordenó al cochero que no contase lo sucedido a nadie, temerosa de asustar a los criados.

Algunos días más tarde, ella refirió lo sucedido a un señor que había venido a visitarla y que vivía desde hacía mucho en Fishkill, el cual, después de escucharla con vivo interés, le dijo: Usted ha visto al Fantasma de Verplanck, y proporcionó las siguientes explicaciones: En tiempos de la generación anterior

a la presente, la Srta. Verplanck, heredera de una gran familia danesa residente aquí, estaba enamorada de un joven abogado de Nueva York, pero su familia deseaba preferentemente que ella se casase con un primo suyo llamado Samuel Verplanck. El día veinte de octubre el joven abogado debía ir a su encuentro, pero una violenta tempestad descargó en aquella ocasión y él no apareció. A la mañana siguiente, la Srta. Verplanck anunció: 'Él ha sido asesinado ayer por la noche'

Algunos minutos más tarde cundió la noticia de que había sido descubierto su cadáver con un puñal enterrado en el corazón. Al mismo tiempo, Samuel Verplanck desaparecía y no se le veía en lugar alguno. Pasado muy poco tiempo empezó a correrse la voz de que la noche del veinte de octubre Samuel Verplanck se aparecía en el lugar del crimen. Lo que sucedió a la Srta. F.G. en aquella noche de 20 de octubre confirmaría esa tradición.

Aun en este caso el animal habría sido el primer perceptor, circunstancia que muestra siempre mejor qué admirables sensitivos son los animales superiores.

Este caso es notable por sí mismo, sin presentar nada de especial, pues se conocen centenares de hechos análogos ligados a una tradición de crímenes consumados en el lugar de la aparición, tal como hice observar en una obra consagrada a esas manifestaciones.

Caso LXXXVIII – (Visual-colectivo) – El conocido sociólogo profesor Andrew Lang cuenta el siguiente suceso, ocurrido en una familia de amigos suyos. Transcribo de Light (1912, p. 111) el texto que sigue:

En uno de los suburbios de Londres hay una mansión especial, bastante antigua, construida enteramente de ladrillos y rodeada de un jardín, la cual he conocido muy bien. Cuando mis amigos el señor y la señora Rotherhams fueron a vivir allí, la mansión estaba enteramente embrujada. Entre otras cosas, cuando la señora Rotherhams se acercaba a una puerta, ésta se abría espontáneamente ante ella. Algunas veces se sentía llevada por los cabellos, por manos invisibles; ruidos nocturnos, extraños e inexplicables, tales como de vajillas entrechocándose, de muebles arrastrados, perturbaban sin cesar el sueño de los moradores de la casa.

Cierta noche, en que el señor Rotherhams estaba ausente, su esposa fue a acostarse con su bebé, en el cuarto situado por encima del comedor, habiendo antes encerrado en éste a su perrito de raza Collie. Ella observó que cuando empezó a oír los ruidos de los muebles arrastrados y de las vajillas entrechocándose, el perrito fue a su encuentro con la cola entre las piernas. Ella verificó que los muebles y vajillas estaban perfectamente en sus lugares.

Otro día, esa misma señora estaba ocupada en enseñar una lección a su hijita en el comedor, sentada frente a la puerta. En determinado momento, habiendo tocado la campanilla para llamar a la camarera, vio abrirse una puerta y entrar una mujer extrañamente vestida con un albornoz gris claro y el rostro del mismo color.

Otro día, habiéndose el señor Rotherhams detenido a fumar en esa sala, vio al animal levantarse de un salto, con el pelo erizado en el dorso, y gruñir sordamente, vuelto hacia la puerta. Mirando en esa dirección, vio abrirse la puerta y entrar la mujer, que iba vestida de un color que le pareció azul. Se levantó para ir a su encuentro, pero ya no vio nada más.

Si tal fantasma tenía un objetivo, éste sería obligar a los nuevos ocupantes de la casa a mudarse, pero ellos permanecieron intrépidamente en el lugar y las manifestaciones fueron escaseando poco a poco, hasta cesar definitivamente. Los miembros de la familia son personas sanas y robustas y se cuentan entre mis amigos.

Profesor Andrew Lang

En el caso relatado, se hallan dos hechos concernientes a las percepciones animales. En el primero, de naturaleza puramente auditiva, el perro,

encerrado en la sala embrujada, manifiesta enseguida a través de aullidos dolientes, que percibe las manifestaciones ruidosas que los otros oyen desde fuera; en el segundo, el animal es el primero en percibir el Fantasma de la dama de azul. No resta entonces duda alguna sobre la participación del animal en manifestaciones de encantamiento a que estén sujetos colectivamente sus dueños.

Caso LXXXIX – (Auditivo-colectivo) – En la bien conocida obra del Dr. Edward Binns, (Anatomía del Sueño, p. 479), se encuentra el siguiente suceso comunicado al autor por Lord Stanhope, amigo íntimo del protagonista del acontecimiento, Sr. G. de Steigner, que cuenta:

En mi mocedad, cuando era oficial del ejército danés, venía ocupando desde hacía algún tiempo el alojamiento que me había sido asignado, sin percibir nada especial. Mi cuarto estaba colocado entre otros dos aposentos, sirviendo uno de pequeño salón y el otro de cuarto de dormir de mi ordenanza, estando las tres piezas comunicadas entre sí.

Cierta noche en que me encontraba acostado sin dormir, oí cierto ruido de pasos que iban y venían en el cuarto, que parecían ser de un hombre en chinelas. Ese ruido inexplicable duró largo tiempo.

Al llegar la mañana, pregunté a mi ordenanza si no había percibido nada durante la noche, y me contestó: Nada, a no ser que a una hora avanzada de

la noche usted paseaba en su cuarto. Le aseguré que no había abandonado el lecho y, como él permaneciese incrédulo, le ordené que me llamase si el ruido de pasos se repetía.

La noche siguiente lo llamé con el pretexto de pedirle una vela y procuré saber si él no había visto nada. Me contestó negativamente, añadiendo sin embargo que había oído un ruido de pasos como si alguien se acercase a él, alejándose seguidamente en la dirección opuesta.

Había en mi cuarto tres animales: un perro, una gatita y un canario, que reaccionaban todos de modo característico cuando el ruido de pasos comenzaba. El perro saltaba inmediatamente para mi cama y se encogía junto a mí temblando; la gata seguía con la mirada el arrastrar de pasos como si percibiese o procurase percibir quién los producía. El canario, que dormía en su columpio, despertaba enseguida y se ponía a revolotear dentro de la jaula, tomado de gran agitación.

En otras circunstancias, se escuchaban sonidos musicales en el salón, como si alguien tocase blandamente las teclas de un piano, o bien se percibía un ruido característico como si la llave de la escribanía girase en la cerradura y la abriese, si bien todo permanecía en los mismos lugares. Les hablé sobre esos ruidos inexplicables a mis camaradas del regimiento, y fueron a dormir sucesivamente en el sofá de mi cuarto, siendo que escucharon, uno tras otro, los ruidos que yo mismo percibí.

Enseguida el señor De Steigner cuenta que mandó examinar las tablas del suelo y los zócalos del cuarto, sin descubrir señal alguna de ratas. Algún tiempo después de esto, él cayó enfermo y, como su enfermedad tendía a empeorar, el médico le aconsejó cambiar inmediatamente de alojamiento, sin darle al respecto explicación alguna, y él obedeció. Cuando ya convaleciente le insistió al médico para que le revelase el motivo de aconsejarle la mudanza, el médico le explicó, en fin, que el alojamiento en que él había estado gozaba de deplorable reputación, pues un hombre se ahorcó en aquel cuarto y otro fue allí asesinado.

Ya habrán observado los lectores que, en los casos relatados hasta aquí, los animales perceptores han sido perros o gatos o caballos, pero en el mencionado caso hay un canario y esto muestra que el reino de los pájaros es capaz, a su vez, de percibir las manifestaciones supra normales y de espantarse por ellas.

En cuanto a la actitud de canario ante las manifestaciones auditivas verificadas en el cuarto encantado, no me parece posible levantar dudas sobre su alcance demostrativo, es decir, que el canario percibía muy bien, tal como los demás animales, las manifestaciones en curso, pues, en efecto, el ruido leve de unos pasos, como de un hombre en chinelas, no es tal como para espantar a un canario, habituado a vivir con el hombre. Se sigue de ahí que, si ese pajarillo se espantaba con él

era porque percibía realmente las manifestaciones de encantamiento y tenía la intuición instintiva de su naturaleza supra normal.

SEGUNDO SUBGRUPO

Aparición de animales en lugares encantados

No es ciertamente fácil determinar lo que representan las apariciones de formas animales en las manifestaciones de encantamiento. A veces, su producción coincide con el hecho de que animales semejantes a los aparecidos han vivido en ese lugar. En estos casos, las formas animales podrán explicarse, bien mediante la hipótesis de la supervivencia de la psiquis animal, bien suponiendo una proyección telepática del pensamiento de un muerto (tanto más que, muchas veces, los animales se manifiestan en combinación con fantasmas de personas fallecidas), o bien por la hipótesis de la reviviscencia psicométrica de acontecimientos que se han producido en el local, en su época. Pero bastantes veces, no solamente no se verifica ninguna coincidencia que permita explicar la aparición animal a través de alguna de estas suposiciones, sino que incluso se puede excluir absolutamente que las formas animales aparecidas en un lugar encantado correspondan, de cualquiera de los modos, a otros animales que han vivido en el lugar. En este caso, la explicación popular de los acontecimientos es que las apariciones de animales representan a espíritus de muertos que, haciéndose culpables de faltas graves, adoptan, tras la muerte, formas animales

correspondientes a la naturaleza de sus faltas. En mi obra Les Phénomènes de Hantise (Fenómenos de Encantamiento), capítulo III, cité un caso de aparición de un cerdo. La persona que cuenta este caso dice que, habiendo interrogado a algunos pastores al respecto, éstos explicaron que el responsable por los sucesos era Tommy King, un farmacéutico que había vivido cien años antes y que se había ahorcado en una casa situada en los alrededores y, desde entonces, el espíritu del infeliz erraba por aquellos lugares y allí se aparecía bajo la forma de un animal.

Sobre el asunto escribí:

Es la explicación popular sobre las apariciones de animales en lugares encantados y, aunque sea puramente tradicional y gratuita, no es fácil sustituirla por otra menos gratuita y más científica. Me limitaré entonces a observar que, en la obra del doctor Justinus Kerner sobre la vidente de Prevorst, se lee que la vidente, en sus fases de sonambulismo, explicaba de la misma manera las apariciones de animales. Así, en el capítulo VI (4º caso), a propósito de un espíritu bajo que se le aparecía, el doctor Kerner escribió: En mi cuarto, la aparición se renovó bajo el aspecto de un oso. Adormecida, dice: Ahora yo veo lo negra que debe ser su alma, puesto que él vuelve bajo formas tan espantosas, pero es preciso que yo vuelva a verlo… En el 5º caso, la vidente en sonambulismo se dirige a un espíritu y le

pregunta si él podría manifestarse bajo forma diferente de la que tenía en vida, y el espíritu respondió: Si yo hubiese vivido como una bestia, yo debería aparecerme a ti como tal. Nosotros no podemos, en cambio, adoptar las formas que queremos y debemos aparecernos tal como éramos en vida. Y en el capítulo N: El disoluto puede aparecerse bajo la forma de un animal al que se asemejase por su manera de vivir…

Por el contrario, yo observo que, entre los casos de encantamiento animal que he reunido, hay dos que sugieren una explicación diferente, que, por cierto, no excluiría a la otra. Fueron publicados en el Journal of the S.P.R. (vol. XIII, p 58/62 y vol. XV, p. 249/252). Se trata de las apariciones de un perro y de una gatita con esta circunstancia notable de que, donde aparecían, habían muerto un perro y una gatita idénticos a los que se manifestaban. En lo que atañe a la gatita, la identificación fue todavía mejor establecida debido a que era coja, tal como la gatita, que en vida había sido lisiada por un perro. Nos encontramos aquí frente a un auténtico caso de identificación, de modo que es posible deducir de ello que, si se llegan a acumular en gran número ejemplos de esta naturaleza, ellos nos llevarán a la demostración de la supervivencia del alma del animal, posibilidad que no debería ciertamente asombrarnos.

Debo añadir ahora, a lo que he escrito en la mencionada obra, que he llegado, en efecto, a reunir

cierto número de sucesos análogos a los que acabo de relatar, los cuales habré de tratar en la octava categoría. Ellos contribuyen a hacer probable que se llegue un día a demostrar científicamente la supervivencia de la psiquis animal. Esto ciertamente no significa, en modo alguno, que las otras hipótesis indicadas hace poco no puedan ser legítimas a su vez y que deben, según las circunstancias, ser tenidas en consideración para la explicación de ciertas modalidades de las formas animales. Más aún, todo contribuye para demostrar que las hipótesis expuestas explican algunos de los casos pertenecientes a esta categoría.

Caso XC - (Visual-colectivo) – Hereward Carrington, uno de los más distinguidos metapsíquicos de los Estados Unidos de América y autor de varias obras conocidas por todos los que se ocupan de nuestras pesquisas, relata en el American Journal of the S.P.R. (1908, p. 188), el siguiente suceso que él mismo sometió a investigación:

El muy interesante caso que voy a exponer es de mi experiencia personal. Sucedió el último verano, y es en mi opinión muy sugestivo, sino ya concluyente…

Cuando me hallaba en Lilly Dale, el campamento de espíritas americanos, hice amistad con tres personas que fueron protagonistas del caso en

cuestión y que, como yo, se interesaban por las pesquisas metapsíquicas. Supe del acontecimiento por estas tres mismas personas en el vestíbulo del hotel en que se hospedaban y algunos minutos después de ocurrido el hecho. He aquí de que se trata:

Los tres personajes en aprecio – dos señoras y un señor – paseaban por un camino poco alejado de la villa y conversaban sobre diversos asuntos cuando una de las señoras, que posee algunas facultades clarividentes, percibió un perrito que corría en el camino, delante de ella. El sol se ponía, pero la claridad del día era aún completa y, sin embargo, los otros no vieron nada, porque en realidad, el animal no existía. El terreno era amplio, desnudo y llano, por tanto, no se trataba de obstáculos naturales a la vista; la señora afirmaba que el animalito corría delante de ella a una decena de yardas de distancia, manteniéndose en medio del camino, enteramente a la vista; añadió que parecía tener las dimensiones de un Foxterrier, que tenía el pelaje amarillo, el hocico alargado, la cola pequeña y anillada. Mientras las tres personas discutían entre sí ese extraño caso, un gato salía tranquilamente de una casa situada a poca distancia, y se dirigía al camino para atravesarlo, pero tan pronto hubo llegado allí, llamó la atención al bufar y arañar el aire, justamente en el lugar en que se hallaba el perro fantasma, como si allí estuviese un perro de carne y hueso, aparecido delante del gato. Insisto en el hecho de que este

último había llegado hasta el camino manteniendo un aspecto absolutamente tranquilo e indiferente, adoptando seguidamente una actitud de pelea. A continuación el gato se volvió de un salto y retornó, corriendo, a la casa de donde había salido. Durante esa escena la señora vidente continuó percibiendo el perro, después volvió un instante la mirada para seguir la fuga del gato y, dirigiéndola nuevamente hacia el perro, éste había desaparecido. Ella declaró que el animal no había prestado atención alguna al gato, incluso cuando éste parecía querer arañarlo, y seguía tranquilamente su camino. Es evidente que, si el gato se había comportado de esa manera, es porque él había creído percibir frente a él un perro auténtico, surgido de sorpresa. ¡Y no obstante ese perro no existía! Tales son los hechos sobre cuya autenticidad me hago fiador. Dejo a los lectores la libertad de explicarlos a su antojo.

En esta narración no se indica si el lugar tenía fama de encantado y si un perro igual había vivido en los alrededores. No es posible, pues, llegar a cualquier solución teórica sobre la génesis de los hechos.

Pero esto no anula el incidente, por sí mismo claro e indubitable, de la aparición de un perro fantasma, visto colectivamente por una señora y por un gato.

Caso XCI – (Visual-colectivo) – Este caso fue publicado por la revista inglesa Light (1915, p. 215) y es semejante al que antecede. El Rev. Charles L. Tweedale escribe lo que sigue:

Sobre las diez y media de la noche, mi esposa subió a mi cuarto y, arreglando las almohadas, echó la mirada sobre los pies de la cama. Entonces percibió allí un gran perro negro, erecto en sus patas, que pudo distinguir en todos sus detalles. Casi al mismo tiempo, nuestro gato, que había seguido a su dueña por la escalera, penetró en el cuarto y, viendo a su vez al perro, dio un salto, arqueando el dorso, erizando la cola, bufando y arañando el aire. Saltó enseguida para encima del tocador colocado en un rincón del cuarto y ser refugió detrás del espejo del mueble. Poco después, el perro fantasma desapareció y mi mujer, queriendo asegurarse de que el gato no era, a su vez, de naturaleza fantasmagórica, se acercó al tocador, mirando por detrás del espejo, y allí vio muy bien al auténtico gato en un estado de agitación frenética y siempre con el pelaje erizado. Cuando ella consideró que debía llevarlo para su rincón, el felino bufó y la arañó, presa todavía del terror que le había causado el perro fantasma.

Aún en este incidente, como en el anterior, no se recoge indicación alguna que pueda orientar al pensamiento en la búsqueda de las causas, lo cual no le impide ser, a su vez, muy característico y

sugestivo. Efectivamente, en los dos casos se observa la combinación de dos modalidades de la manifestación supra normal que nos ocupa, a saber: una, en la cual los animales perciben colectivamente con los hombres las manifestaciones de encantamiento; la otra, en la cual las manifestaciones de encantamiento están constituidas por animales fantasmas percibidos colectivamente por hombres y animales.

Caso XCII – (Visual, con impresiones colectivas) – La señora J. Toye Warner Staples envió a Light (1921, p. 553) la narración aquí reproducida, referente a un caso que le es personal:

Temo verdaderamente que mi contribución a la investigación sobre la supervivencia de la psiquis animal no sea de naturaleza a satisfacer las pruebas exigidas por la Society for Psychical Research; no obstante, el suceso que voy a exponerles es escrupulosamente auténtico y digno de confianza, cualquiera que sea su explicación.

Mi infancia transcurrió en la parte occidental de Irlanda y, desde la edad de cuatro años hasta los seis, viví en una casa muy grande y vieja situada a orillas del Shannon. Mi familia, siendo inglesa, no daba atención a las narraciones de la gente del lugar, que afirmaba que nuestra vivienda podría estar

encantada. Pues bien, allí fue donde tuve la primera experiencia de lo que se puede llamar perro fantasma. En horas de la tarde, durante el verano, a plena luz del día, algunas veces durante varios días consecutivos y otras veces con intervalo de varios meses, yo era amedrentada por la aparición, muy nítida y natural, de un perrito blanco, de raza Pomerania, que se manifestaba a mí en la cabecera de mi cama. Él me miraba con la boca abierta y la lengua fuera cuando jadeaba, y se comportaba como si me viese, tomando la actitud que adoptaría si hubiese querido saltar para encima de mi cama. Entonces yo me espantaba terriblemente, aun teniendo la intuición de que no se trataba absolutamente de un perro en carne y hueso. A veces, cuando el perro se mostraba cerca de la ventana, yo percibía los muebles del cuarto a través de su cuerpo blanco y me ponía a gritar, llamando a mi madre y exclamando: ¡Llévatelo! ¡Haz que se esfume! Tan pronto como mamá entraba en el cuarto, él la seguía y, cuando ella salía, él salía con ella. Entonces me llevaban para abajo y a fuerza de cariño, me hacían olvidar el miedo que había experimentado.

Lo más curioso es que, mientras yo era la única que percibía ese fantasma canino, otras cuatro personas lo sentían.

A la plena luz de las mañanas de verano, dos miembros de mi familia - dos mujeres - y una señora y un señor que habían habitado la casa antes que

nosotros, percibieron muchas veces algo constituido por un cuerpo sólido, con las dimensiones y el peso de un perrito, que parecía saltar para las camas, por el lado de los pies, para pasar enseguida lentamente sobre sus cuerpos, llegando así hasta los hombros, y bajaba al suelo por el otro lado. En tales ocasiones, los perceptores se sentían como paralizados y eran incapaces de moverse; pero, a continuación, saltaban del lecho y examinaban minuciosamente el cuarto sin nada descubrir allí.

Por motivos fáciles de comprender, me abstengo de dar la dirección de la mencionada casa, pero yo la confiaría al profesor Horace Leaf si esta narración interesase a alguien.

No hay nada más incómodo que no poder formular una teoría capaz de explicar, de modo satisfactorio, sucesos del género del que acabamos de narrar y sería quizá mejor pasar adelante sin discutirlo. Caso se pretenda dar una orientación de cualquier manera, procediendo por la vía de la eliminación, habría que decir que, en el caso en cuestión, no podría tratarse de una percepción psicométrica de acontecimientos pasados porque el detalle del perrito que miraba a la cara de la perceptora, que se disponía a saltar para su cama, que seguía los pasos de personas presentes, saliendo con ellas, y asimismo el otro detalle de las impresiones táctiles experimentadas por cada una de las cuatro personas, evocando un animal que pasase sobre sus cuerpos, indican una acción en el presente

y no una reproducción automática de acciones desarrolladas en el pasado, como únicamente debería suceder en el caso de las percepciones psicométricas.

Por la misma razón habría que excluir la hipótesis de una proyección telepática por parte de un muerto, visto que una proyección de esa naturaleza provocaría la percepción alucinatoria de una forma del animal prácticamente inerte o que se desplazase automáticamente, pero nunca la de una forma animal consciente del medio en que se halla.

En fin, incluso la hipótesis alucinatoria, entendida según el significado patológico de este término, no podría sostenerse, si se considera que otras cuatro personas habían varias veces experimentado impresiones táctiles correspondientes a las percepciones visuales de la niña, lo cual bien demuestra que, en el origen de los hechos debía haber un agente único, que tenía que ser forzosamente inteligente y extraño a las perceptoras.

Siendo así, no quedarían a disposición del investigador más que dos hipótesis: primeramente, la tradicional o popular, según la cual las formas animales que aparecen en los lugares encantados representan el simulacro simbólico de espíritus humanos de categoría baja y depravada; después, aquella gracias a la cual se supone que la psiquis animal sobrevive a la muerte del cuerpo y llega algunas veces a manifestarse a los vivos.

Tras exponer estas observaciones para satisfacer mi deber de relator, me abstengo de toda conclusión, puesto que la ausencia de los necesarios datos no lo permite. Me limito a observar que las dos hipótesis que acabo de mencionar pueden ambas explicar los sucesos mediante la intervención de entidades espirituales desencarnadas: en el caso de la primera, se trataría de entidad animal.

Caso XCIII – (Visual, con impresiones colectivas) – Lo recojo en el Journal of the S.P.R. (vol. XIII, p. 52/64). Forma parte de un largo informe sobre una casa encantada en la cual aparecían los fantasmas de una mujer vestida de negro, un hombre ahorcado en la rama de un árbol y un perrito, percibidos por numerosos perceptores. En el informe están señaladas catorce apariciones del perrito, pero me restrinjo a narrar aquí la primera de ellas:

He de llamar la atención de los lectores para el hecho de que, cuando el animal rozaba a los perceptores en alguna parte del cuerpo, ellos experimentaban enseguida una sensación de quemadura en el punto en que se había ejercido la presión alucinatorio-verídica del cuerpo del perro fantasma. La señora Fletcher escribe, respecto de esto, lo siguiente:

He aquí lo que cuenta la señora Fletcher, residente en la casa encantada.

El perrito blanco hizo su primera aparición en el mes de enero de 1900. En un atardecer, mi marido salió de la biblioteca, donde estaba a solas, y me dijo: He visto un perrito blanco en la biblioteca. Y yo le contesté sonriendo: Nada más natural, pues nuestros dos perros suelen pasar de un aposento a otro; pero mi esposo, serio, añadió entonces: No estoy hablando de tus perros. Mientras yo escribía, he visto un perrito blanco andar en torno al secreter y caminar hacia la puerta, que estaba cerrada. Pensando que fuese Nipper, me levanté a fin de abrir la puerta, pero el perrito había desaparecido. Después de ese primer incidente, las apariciones del perrito blanco se hicieron frecuentes y todos nosotros hemos podido verlas, incluso los criados, nuestros huéspedes, la Srta. Plumtre (cuya narración se acompaña) y su hermano.

Respecto de mi pierna, por encima de la rodilla, que el perro había rozado al pasar, experimenté, durante varias horas, una sensación de picadura bastante aguda, al igual que la de una ligera quemadura. Mi hija Eglantine no se hallaba presente cuando hablé sobre esto, y sin embargo, poco tiempo después, observó espontáneamente: Mamá, en el lugar de mi pierna en que la nariz del perro me tocó, siento una sensación de quemadura.

Algo más adelante, observa la señora Fletcher:

No he llegado a descubrir ningún incidente del pasado que tenga relación con la aparición del perrito blanco excepto que, hace treinta años, yo tenía un foxterrier blanco de pelo duro, que había sido mi gran favorito, el cual tenía gran parecido con el que se manifiesta.

Esta última observación de la señora Fletcher dejaría suponer que, en este caso, ya se trataría de un primer ejemplo de identificación de una forma animal, pero esta observación es realmente muy vaga para poder tomarla en consideración. No es sino poniéndolo en comparación con casos análogos, que citaré en la octava categoría, como llega a adquirir, indirectamente, cierto valor probatorio. De todos modos, no se sabría ligar el hecho de la aparición verídica de un perro muerto hace algunos años apenas con las apariciones de fantasmas de hombre y de mujer, a menos que no se quiera inferir de esta coincidencia que las condiciones de saturación fluídica inherente a un medio encantado hayan hecho posible al perro el manifestarse.

Caso XCIV – (Visual-colectivo, con precedencia de los animales sobre el hombre) – Lo destaco de un artículo ya citado por la señora Elizabeth d’Espérance, publicado en un número de octubre de 1904 de Light. Considerando que el hecho examinado es contado por una dama estimada, universalmente conocida en el dominio de los estudios psíquicos y que fue ella misma la

protagonista del acontecimiento, lo cual hace que sea una garantía de lo que ella misma afirma, me parece que esta narración merece seria consideración.

He aquí los pasajes que reproducimos estrictamente:

La localidad donde se produjeron los hechos no está alejada de mi casa y yo misma he sido testigo ocular de ellos. Después de la publicación de mi caso, tuve ocasión de asistir a un hecho semejante. He aquí brevemente su historia:

En 1896 me establecí definitivamente en mi residencia actual. Conocía muy bien el lugar, que ya había visitado varias veces, y estaba incluso informada de que tenía la fama de ser encantado, no obstante yo no sabía gran cosa respecto de esto, primero porque no conocía a casi nadie en los alrededores, después porque allí no se conocía mi idioma y yo ignoraba el del país. Por ello es fácil concebir que las comunicaciones entre nosotros debían necesariamente quedar limitadas, por lo menos durante cierto tiempo. Lo que vi o creí ver no debe entonces ser atribuido al efecto de rumores que yo no podía conocer.

En mis paseos cotidianos, yo tenía el hábito de ir a un bosquecillo que me gustaba mucho por la sombra fresca que allí se disfrutaba en verano y porque también se estaba libre de los vientos durante el invierno. Una vía pública lo atravesaba de un lado

a otro. Pues bien, yo había observado frecuentemente que los caballos allí eran presa del miedo y tal cosa siempre me había intrigado, no sabiendo a qué atribuir el hecho. En otras ocasiones, cuando yo llegaba a ese lugar con mi par de perros, éstos se negaban decididamente a entrar en el bosque, se arrojaban por tierra, metían los hocicos entre las patas y se hacían sordos a la persuasión, así como a las amenazas. Si yo me dirigiese a cualquier otra dirección, ellos me seguían alegremente, pero si insistiese en querer volver al bosque, me abandonaban y se dirigían a casa, tomados de una especie de pánico. Reproduciéndose ese hecho varias veces, me decidí a hablar sobre ello a una amiga, que era propietaria de ese lugar. Supe entonces que incidentes iguales se habían producido muchas veces en ese lugar desde tiempos bastante antiguos, no constantemente, pero sí a intervalos de tiempo, con caballos o perros, indistintamente. Me contó también que esa parte de la ruta que atravesaba el bosque era mirada por los labradores del lugar como un terreno encantado debido a un terrible crimen cometido a principios del siglo pasado.

Un cortejo matrimonial había sido atacado por un enamorado a quien la esposa había repelido y ésta fue asesinada al mismo tiempo que su marido y su padre. El culpable huyó, pero fue alcanzado, a dos o tres campos de distancia, por el hermano de la esposa, que lo mató. Esta historia, muy conocida, es

auténtica. Cerca del pequeño bosque (pero no donde los caballos se espantaban) hay tres cruces de piedra que marcan el lugar donde se cometieron los tres asesinatos y otra cruz, colocada a tres campos de distancia, señala el punto en que el culpable cayó a su vez. Todo esto sucedió hace un siglo, pero la presencia de las cruces ha servido para conservar en la región el recuerdo del drama, lo cual explicaría, por tanto, la actitud de los caballos y de los perros.

Un día de otoño de 1896, yo había salido con una amiga para dar un paseo… Llegamos al bosquecillo en el cual entramos por el lado oeste, siguiendo tranquilamente nuestro camino… Fui la primera en darme la vuelta y percibí una ternera de tono rojo oscuro. Sorprendida por la aparición inesperada de ese animal a mi lado, solté una exclamación de espanto y ella se guareció enseguida en el bosque, al otro lado del camino. En el momento en que penetraba en la arboleda un extraño fulgor rojizo se desprendió de sus grandes ojos y se diría que proyectaban llamas. Era la hora de la puesta del sol, lo que me hizo pensar que los rayos del sol, que caían en línea horizontal, sobre los ojos del bicho, bastasen para explicar el hecho, ojos esos que brillaban casi como las escuadrías de una ventana al ser batidas directamente por los rayos del sol.

Cuando estábamos cerca de nuestra casa, mi amiga verificó que había perdido el puño de plata de su sombrilla y se dirigió a uno de los jardineros a fin de pedirle que mandase a uno de los hombres a

buscar el objeto perdido y le dio todas las explicaciones necesarias al indicarle exactamente el camino que habíamos recorrido.

El jardinero le dijo que antes del anochecer él mismo iría allá y le explicó que los campesinos de la región experimentaban gran mal estar al penetrar en el bosque, sobre todo por la tarde. ¿Y por qué? –preguntó mi amiga. El jardinero contó entonces que la superstición de esos campesinos ignorantes, ya tan intolerablemente estúpidos e irritantes, había aún empeorado últimamente a consecuencia del rumor de que la ternera de ojos relucientes había sido vista en el bosque, lo que hizo que nadie se aventurase a ir allí… Mi amiga y yo intercambiamos una mirada, sin contradecir al docto jardinero que fue a buscar el objeto perdido mientras volvíamos para casa.

Desde entonces algunas veces más, con largos intervalos, se esparcía el rumor de que la ternera de ojos relucientes había sido vista por alguien y el bosque era cada vez más evitado por los campesinos, si bien después de esa época, muy pocos días pasaban sin que yo lo atravesase a pie o a caballo (salvo ciertos períodos durante los cuales debía ausentarme de la casa), casi siempre con mi par de perros; y nunca más, hasta hace algunas semanas, me sucedió encontrarme nuevamente con el animal misterioso.

Era una jornada sofocante y yo me había dirigido al bosque en busca de abrigo contra el sol y la reverberación cegadora del camino. Estaba

acompañada de dos collies (perros pastores) y un pequeño terrier. Llegando al límite del bosque, los dos perros se agacharon súbitamente bajo el sol y rehusaron proseguir el camino, al mismo tiempo que ejercían toda su arte de persuasión canina para que yo me dirigiese hacia el otro lado. Viendo que yo persistía en querer proseguir, acabaron por acompañarme, pero con visible repugnancia. No obstante, algunos instantes más tarde, parecieron olvidarse y recomenzaron a correr de acá para allá, mientras yo continuaba tranquilamente mi camino, recogiendo moras. En cierto momento, los vi llegar a la carrera para ir a tumbarse, temblando y gimiendo, a mis pies. Simultáneamente el pequeño terrier saltaba sobre mis rodillas. Yo no conseguía dar explicación a lo que ocurría, cuando, de repente, oí detrás de mí unas zancadas furiosas que se acercaban rápidamente. Antes de que yo tuviese tiempo de alejarme, vi correr, en dirección a mí, un bando de gamos llenos de pavor que, en su desenfrenada galopada hacían tan poco caso de mí y de los perros que casi me tiran por tierra. Miré alrededor, espantada, a fin de descubrir la causa de tal pánico y percibí una ternera de color rojo cargado, que, volviendo sobre sus pasos, se encaminó hacia las partes podadas, mientras los gamos se habían marchado por otra dirección del bosque. Mis perros, que en otras circunstancias ordinarias les hubieran dado caza, se mantenían agachados y trémulos a mis pies, mientras que el

perro terrier no quiso bajar de mis rodillas durante varios días; este perrito ya no quiso volver a atravesar el bosque y los collies no se negaban a ello, pero entraban allí en contra de su voluntad, mostrando visiblemente su desconfianza y su temor.

El resultado de nuestras indagaciones no hizo sino confirmar aún más nuestras impresiones, es decir, que la ternera de color rojo oscuro o, como se dice en la región, la ternera de ojos relucientes, no era un animal común, vivo y terrestre… Pero qué relación podía existir entre el hecho en cuestión y la tragedia que se había desarrollado en el bosque es un problema para el cual no hallé respuesta alguna. No dudo, por lo tanto, de que las facultades de intuición y clarividencia propias de los animales debían haberles hecho conocer la existencia de algo anormal o supra normal en el bosque, y que la repugnancia por los fenómenos de esta naturaleza – que en el hombre se llama superstición – era la causa verdadera de su extraña actitud.

Si yo hubiese sido la única persona en ver al misterioso animal es más que probable que no hubiera hablado de él, pero fue de otra manera, es decir, él fue visto varias veces, en circunstancias diferentes, por numerosas personas de la región.

Tal es el muy notable caso narrado por la señora d’Espérance que hace justamente observar que, en esa circunstancia, no podía tratarse de un animal vivo. Observo, a mi vez, que esta última hipótesis no resiste el más superficial análisis de los hechos. Esto

parecerá evidente si se considera que una ternera en carne y hueso no podía haber existido y aparecer en una localidad durante un siglo entero. Además, los caballos, los perros y los gamos no están habituados a espantarse frente a una ternera inofensiva; en último lugar, que con esta suposición no se explicaría el terror y el pánico a que estaban sujetos tantas veces los caballos y los perros, cuando en apariencia no existía nada de anormal para el hombre.

SÉPTIMA CATEGORÍA

MATERIALIZACIONES DE ANIMALES

Me apresuro a declarar que las investigaciones experimentales sobre las manifestaciones animales tratadas en esta categoría se encuentran aún en condiciones rudimentarias, de modo que esos fenómenos aún no pueden ser considerados bajo un punto de vista científico; y yo me contentaré con mencionar la cuestión para que no haya una apariencia de laguna en mi obra.

Entre las actas de las sesiones experimentales de efectos físicos, los casos en que se alude a materializaciones de formas de animales no son muy raros. Si bien, como se trata casi siempre de manifestaciones inesperadas y fugaces, las descripciones que de ellas se nos proporcionan nunca son tan bien detalladas como para que se autorice a considerarlas científicamente probatorias. Podrán, no obstante, adquirir un día cierta importancia desde el punto de vista de la historia de esta rama especial de fenómenos, y esto tendrá lugar cuando esas manifestaciones vayan ligadas a la ciencia al mismo tiempo que las otras ramas más evolucionadas del mismo tronco supra normal, y se

puede esperar que así sea sin pecar de temerarios en las previsiones.

Visando a la futura historia de esa nueva rama de pesquisas, me dispongo entonces a relatar algunos sucesos del género, a simple título anecdótico y, consiguientemente, sin atribuirles un número de orden, puesto que no se puede reunirlos, por el momento, en una clasificación científica.

*

Si nos reportamos medio siglo atrás en la cronología de las manifestaciones mediúmnicas, encontramos una primera alusión a las manifestaciones de animales en una carta remitida a Light (1907, p. 27) por Alfred Vout Peters, el conocidísimo médium psicómetra; en esa carta, hablando sobre la visión de un animal muerto que acababa de tener, añade:

Recuerdo que, en las sesiones con la señora Comer (la médium, entonces soltera, Florence Cook), se obtuvo la materialización de un mono, con gran terror de la médium, que no esperaba semejante manifestación.

Encuentro otra alusión análoga, aunque algo más detallada, en la obra del Dr. Paul Gibier, Analyse des Choses, p. 210, en la cual, tratando de los fenómenos de materialización que se producían en la casa del coronel M., de la Escuela Politécnica de París, observa:

En las sesiones con el coronel M. (1875/1877), asistidas por diferentes notabilidades científicas del ejército, la médium era la hija adoptiva del propio coronel. Un fenómeno que, sobre todos, me despertó la atención en el transcurso de una serie de experiencias, y que yo registro para aquellos que están bien iniciados en esos estudios, fue la materialización perfecta de un perrito, muerto hacía algunos años, que pertenecía al coronel.

En la obra de Gambier Bolton, titulada Ghosts in Solid Form (Fantasmas en Forma Sólida), en la cual se hallan resumidas las principales manifestaciones obtenidas durante siete años de experiencias con médiums privados, se encuentran algunas materializaciones de animales. En el transcurso de una sesión a que asistía el mariscal de campo Lord Wolseley, se produjo la materialización de una foca; y en otra, la de un animal salvaje de la India, que había sido educado y domesticado por una señora presente en la reunión. El animal, habiendo inmediatamente reconocido a su antigua dueña, había saltado de las rodillas de la médium para las de la referida señora, manifestando su alegría por medio de chillidos muy característicos, idénticos a los que emitía cuando vivo, en iguales circunstancias.

Durante las famosas sesiones de materialización que tuvieron lugar en Argel en 1905 con la médium Marthe (la Eva C. de la señora Bisson), en presencia del profesor Charles Richet y de Gabriel Delanne,

una forma animal se materializó. La señora X. habla de ella así:

El profesor Richet no habló sino de las manifestaciones que se ligan a la figura central de Bien-Boa, pero no creo que él sea contrario a que yo relate un curioso incidente que sucedió en la sesión de siete de septiembre.

La gatita de casa nos había seguido, sin que lo notásemos, a la sala de las sesiones y, cuando ocupamos nuestros lugares, saltó sobre mis rodillas y ya no se movió. Durante cerca de media hora no hubo sino débiles fenómenos. En seguida las cortinas del gabinete mediúmnico fueron abiertas por una mano envuelta en una de las cortinas, dejando ver al médium, acompañado de la forma materializada de Aischa. Inmediatamente la gatita dejó mis rodillas para saltar sobre las del médium, pero cuando estaba allí, su atención pareció fijarse en alguna cosa existente en el rincón del gabinete. Uno de nosotros observó: Qué estará viendo ella. Y una voz respondió desde el rincón del gabinete: Ella me ha percibido. Simultáneamente una forma envuelta en la cortina se encaminó hacia la gatita, empezó a hacerle mimos y a jugar con ella. El bicho correspondió a ellos alegremente, frotándose contra la orla de la cortina, pero la dejó enseguida para volver la mirada hacia el rincón B del gabinete, adoptando una actitud de defensa, como si estuviese en presencia de una criatura hostil, y a continuación empinó el dorso y se puso a bufar y a maullar de

modo amenazador. Una voz, desde el rincón B, dijo entonces: Ella percibe a otro gato; y al mismo tiempo, oímos, desde el mismo rincón, un fuerte maullido haciendo eco al de la gata. Ésta saltó de las rodillas de la médium a las de la señora Paulette, uno de los miembros de nuestro grupo experimental, mientras oíamos provenir, por dos veces, desde el rincón, los maullidos del gato materializado; después de esto, una masa negra, de la dimensión de un gato, saltó a las rodillas del médium y allí permaneció durante cerca de dos minutos para desaparecer enseguida, de una manera bastante especial, visto que pareció disolverse lentamente. (Light, 1921, p. 594).

En el transcurso de las sesiones con la célebre médium señora Wriedt, cuyo rasgo más característico está constituido por los fenómenos de voz directa, se obtienen muchas veces materializaciones de animales que hacen oír sus voces. Me limito a reproducir dos ejemplos:

En el acta de las sesiones de Cambridge, Inglaterra, realizadas en 1914, un magistrado de esa ciudad las refiere así en Light, 1914, p. 296:

Durante la primera sesión realizada en Wimbledon, mi esposa notó una presión característica sobre uno de sus pies, pero no supo precisar de qué se trataba. Esto volvió a suceder varias veces, dando lugar a diversas suposiciones por parte de los experimentadores. De repente, fuimos sorprendidos por el ladrido de un perro y

entonces preguntamos al espíritu-guía, Dr. Sharp, qué nos podría decir respecto de esos ladridos; y él nos respondió: Está aquí un perro faldero que pertenecía a vuestra esposa. En efecto, varios años antes habíamos perdido un faldero al que teníamos mucho afecto y que ya había sido visto con nosotros, en otras sesiones, por médiums clarividentes. Superfluo será el añadir que la médium no podía saber nada de esto.

En otra sesión con la misma médium, cuya acta fue publicada en Light (1921, p. 490), el Sr. A.J. Wood dice:

Llevé a la sesión a uno de mis amigos, acompañado de su esposa. La señora Wriedt describió, con mucha precisión, un perro de la raza collie que ella percibía al lado de esos amigos míos. En dado momento, dirigiéndose a la esposa, la médium dijo: Él ha posado su cabeza sobre vuestras rodillas. En el mismo instante, oímos partir desde ese rincón un ladrido fuerte y alegre. Pues bien, efectivamente, mis amigos habían tenido un perro collie, que era su gran favorito, muerto varios años antes y cuya descripción correspondía exactamente a la que hizo la médium.

Cito en último lugar algunos extractos de las actas de las sesiones con el médium polaco Franek Kluski, publicadas en la Revue Métapsychique, de donde sobresale que nos hallamos verosímilmente frente a una primera contribución experimental seria en favor de la materialización de animales.

En el fascículo de julio/agosto de 1921 (p. 201) de la mencionada revista, el doctor Gustavo Geley, que asistió a las sesiones, había anunciado la publicación inminente de las actas respecto del extraordinario fenómeno de las materializaciones de animales, en los siguientes términos:

Las materializaciones de formas animales no son raras con Kluski. En las actas de las sesiones realizadas en la Sociedad de Estudios Psíquicos de Varsovia, que publicaremos en breve, veremos señalados, especialmente, una gran ave de rapiña, aparecida en varias sesiones y fotografiada; y después un ser bizarro, una especie de intermedio entre el mono y el hombre. Está descrito con la altura de un hombre y un rostro simiesco, pero con una frente desarrollada y recta, cara y cuerpo cubiertos de pelo, brazos muy largos, manos gruesas y largas, etc. Se muestra siempre mudo, toma las manos de los asistentes y las lame, como haría un perro.

Pues bien, ese ser, al que habíamos llamado El Pitecántropo, se manifestó varias veces durante nuestras sesiones. Uno de nosotros, en la sesión de veinte de noviembre de 1920, sintió como apoyaba la cabeza peluda sobre su hombro derecho y contra su cara. Esa cabeza estaba ornada de cabellos duros y desagradables. Un olor a bicho, a perro mojado, se desprendía de él. Uno de los asistentes, habiendo entonces tendido una de las manos, el Pitecántropo

la sujetó y después la lamió prolongadamente, por tres veces. Su lengua era larga y suave.

Otras veces, sentimos junto a nuestras piernas contactos que recordaban el roce de los perros.

El informe de las sesiones a que se aludió en el párrafo anterior fue publicado en el número de enero/febrero de 1923, p. 27/39, de la Revue Métapsychique. Extraigo del acta de la sesión de treinta de agosto de 1919 el siguiente pasaje:

Vimos, simultáneamente, varias apariciones. La primera, que se hizo ver bien, fue una aparición que ya era conocida de los asistentes por las sesiones anteriores. Era un ser de la altura de un hombre adulto, grandemente peludo, con enorme cabellera y barba enmarañada. Iba vestido con algo como una piel grosera y su apariencia era la de un ser que recordaba a un animal o un hombre muy primitivo. No hablaba, sino que emitía sonidos roncos con sus labios, chasqueaba la lengua y hacía crujir los dientes, procurando en vano hacerse entender. Cuando fue llamado se acercó y dejó acariciar su peluda capa, tocaba las manos de los asistentes y las estrechaba muy suavemente con garras en vez de manos. Obedecía a la voz del médium y no hacía daño alguno a los asistentes, puesto que los tocaba suavemente. Ya había cierto progreso, porque en las sesiones anteriores ese extraño ser manifestaba gran violencia y brutalidad. Tenía visible tendencia y voluntad tenaz de lamer las manos y la cara de los asistentes, que se defendían de esas caricias tan

desagradables. Obedecía a cada orden dada por el médium, no solo cuando esa orden era expresada de palabra, sino cuando se expresaba a través del pensamiento.

Extraigo este otro pasaje del acta de la sesión de 3 de setiembre de 1919. Escribe el relator:

Simultáneamente el médium y las personas sentadas en torno a él sintieron la presencia del animal-hombre primitivo, como en las sesiones anteriores. Esa materialización hizo la vuelta a los asistentes, lamiéndoles las manos y la cara, sobre las cuales paseaba su mano o pata peluda, o apoyaba en ellos su cabeza hirsuta. Todos esos gestos fueron lentos y no bruscos. Esa entidad solo demostraba cierta animosidad contra la gatita de la señora Kluska, de nombre Frusia, que se había tendido sobre las rodillas de la señora Grzelak. La materialización tiró de los pelos y de las orejas a la gatita, que empezó a afligirse y a maullar. Finalmente, muy espantada, la gatita saltó de las rodillas de la señora Grzelak y fue a refugiarse en el sofá, entre las personas que allí se encontraban, y no se volvió a mover.

La sesión fue suspendida durante algún tiempo, y al recomenzarla el hombre primitivo se materializó nuevamente; el acta continúa así:

Desde el comienzo vimos varias apariciones entre las cuales estaba la del ‘hombre primitivo’. Éste permaneció todo el tiempo sentado en el suelo, sobre la alfombra, entre los asistentes,

manteniéndose relativamente tranquilo, pero no permitió ser iluminado con linternas e incluso llegó a arrebatar la que sujetaba la señora Kluska.

Las actas en cuestión contienen otros tres episodios de materialización del mismo fantasma del hombre primitivo y yo no las reproduzco, considerando que son análogas a las anteriores.

En lo que atañe a las materializaciones de la gran ave de rapiña, no hallo en esas actas sino una única alusión a uno de los sucesos, es decir, en la sesión de 7 de septiembre. El relator escribe así:

A las once y veinte minutos vimos un gran pájaro (como el águila o el buitre de la sesión nº 1), bien materializado y bien iluminado, por encima de la cabeza de la señora Jankowska. Escuchamos también estallidos y ruidos de pasos.

Hago observar a propósito que, en la Revue Spirite (enero/febrero de 1923), fue estampada una bellísima fotografía del ave de rapiña de que hablo, que fue vista encaramada sobre el hombro izquierdo del médium, con sus grandes alas abiertas y la penetrante mirada dirigida a los experimentadores.

Tales son las manifestaciones, todas recientes, de materializaciones de animales, las cuales revisten importancia al mismo tiempo científica y metapsíquica; y la circunstancia de que el gran pájaro de rapiña haya sido fotografiado es de gran valor teórico decisivo, puesto que basta para eliminar la hipótesis alucinatoria. Y ¿qué esperanzas de una futura ciencia antropológica supra normal no

permite esa aparición materializada de un ser que presenta todos los rasgos característicos de uno de nuestros lejanos ancestros, lazo de conjunción entre el hombre y los monos antropoides, confirmando las inducciones de los naturalistas sobre la existencia del Pithecantropus Alalus? El tema es, sin duda, asaz apasionante y sugiere muy naturalmente amplias consideraciones sobre la filogénesis humana, pero no debemos aventurarnos aquí en cuestiones prematuras.

Del conjunto de los casos citados hasta aquí se puede deducir, en suma, que los episodios de las materializaciones animales toman muchas veces el aspecto de pruebas de identificación espírita para la raza animal, pruebas análogas a las de identificación espírita para el género humano. De ello resulta que, si esta nueva rama de pesquisas puede evolucionar, habrá de contribuir con las demás a demostrar espiritualmente la existencia y la supervivencia de la psiquis animal.

Preveo la objeción que se me podrá oponer al respecto: la de que los fenómenos de materialización humana, tanto como los fenómenos de materialización animal, son explicables por la hipótesis ideoplástica sin que sea preciso recurrir a la hipótesis espírita. Respondo que, si la hipótesis ideoplástica es suficiente para considerar ciertas modalidades rudimentarias de materializaciones humanas y animales, si ella es verdaderamente la causa de esos fenómenos, sería, por el contrario,

absurdo e insostenible extender esta explicación a la clase entera de los fenómenos considerados. Respecto de esto nunca será bastante repetir que animismo y espiritismo son dos términos inseparables de un mismo problema y que, por consiguiente, en las manifestaciones mediúmnicas de toda clase, nos hallaremos forzosamente frente a formas de manifestación que son, en parte, anímicas y, en parte, espíritas. Y no podría ser de otro modo; incluso sería absurdo pretender lo contrario, considerando que en ambos casos el espíritu que opera es el mismo, con la diferencia, no obstante, de que en un caso él se halla en la condición de encarnado y en el otro, de desencarnado. Nada más natural, entonces, que esta combinación inseparable de los dos órdenes de manifestaciones se produzca también en los casos de fenómenos de materialización, en los cuales, sin embargo es relativamente fácil distinguir entre los fenómenos anímicos y espíritas. En efecto, tal como he observado en otra de mis obras, el caso del espíritu de Katie King, que cuenta a los hijos de William Crookes su vida terrena; el de Estepe Livermore, que escribe a su marido largas cartas en francés, idioma ignorado por la médium; el otro de Nepenthes, de la señora d'Espérance, que afirma haber vivido en los tiempos históricos de la Grecia antigua y que escribió un mensaje de siete renglones en griego antiguo, idioma ignorado por todos los asistentes; estos casos no podrán nunca ser explicados por la

hipótesis ideoplástica y habrán de considerarse incontestablemente espíritas. Se puede decir otro tanto del caso Sven Stromberg-d'Espérance, en el cual un oscuro pastor sueco, emigrado y fallecido en Canadá, en una región perdida en el campo, se manifiesta por la escritura automática sesenta horas después de su desencarnación, se materializa seguidamente, es fotografiado por el profesor Bloutlerof en presencia de Alexandre Aksakof y de otros eminentes experimentadores, tras lo cual la fotografía es enviada a Suecia, pequeño país natal de Sven Stromberg, a la dirección dada por el propio espíritu y allí es identificada por numerosos compatriotas del muerto (Light, 1905, p. 43/45), y Shadowland (En el país de las sombras), por la señora d'Espérance.

Es evidente que en los casos análogos a este último, la hipótesis ideoplástica queda excluida al considerar que el poder creador del pensamiento del médium no podía ciertamente materializar los rasgos de un muerto al que no conocía y que los propios asistentes desconocían. De ahí la inferencia inevitable de que, si un muerto, desconocido para todo los asistentes, llega a materializarse, la cosa no puede ser explicada más que suponiendo que él se encuentra presente y actúa. Esa inferencia no puede ser discutida y, como no hay hipótesis racional que se le oponga, ella se reviste de un valor de prueba decisiva.

Tan solo, como se trata en nuestro caso de materializaciones animales, vemos surgir respecto de esto una importante duda teórica. Se puede observar, efectivamente, que las materializaciones auténticas de espíritus humanos desencarnados pueden ser hasta cierto punto comprensibles, por el hecho de que nosotros podemos controlar las afirmaciones de las personalidades mediúmnicas según las cuales las materializaciones se produjeron gracias a un acto de la voluntad de la entidad que se manifiesta. Y podemos controlar esas afirmativas comparando los fenómenos de materialización con ciertas manifestaciones teratológicas del desarrollo orgánico, tales como las señales maternas y las cicatrices, que se pueden comparar a un fenómeno de ideoplastia subconsciente y, por consiguiente, a un ensayo rudimentario terrestre del poder creador de la idea.

Esas manifestaciones anormales hacen entonces verosímil el hecho de que el proceso de materialización tiene lugar por fuerza de un acto de voluntad de la entidad manifestante, pero no se sabría cómo considerar las materializaciones de animales, en las cuales, a falta de facultades de raciocinio suficientemente evolucionadas, el acto de voluntad necesario no sería posible.

El asunto es teóricamente interesante. Antes de discutirlo según mi manera de abordar las cosas, reproduzco aquí la opinión de una persona profundamente versada en los estudios

metapsíquicos, persona con la cual he intercambiado algunas cartas a ese respecto. Escribe ella:

¿No habría que preguntarse si las facultades subliminales de los animales – de algunos, sobre todo – no serán infinitamente superiores a las que se manifiestan durante la vida encarnada, en el transcurso de la cual (por fuerza de la estructura rudimentaria de su organismo cerebral) un animal es colocado en una posición casi siempre inferior al alma de un hombre, lo cual reduce momentánea o definitivamente su condición? ¿Por qué un perro muerto debería encontrar más dificultad para materializarse que un perro vivo y no ser agente de un fenómeno telepático? Los dos fenómenos pueden probablemente efectuarse automáticamente al igual que la ostra construye automáticamente su concha, la araña su tela, la abeja el panal y la miel, etc. Y esto, bien entendido, sin siquiera entrar en la cuestión obscura de la inteligencia, sobre todo matemática, que ejecutan los animales cuando nos dan una comunicación automática (caballos de Elberfeld, perros de Manheim, etc.). Prefiero no levantar esta cuestión precisamente porque ignoro cuál sea el papel que pueda desempeñar, en todo esto, la colaboración inconsciente del hombre. Nuestros médiums ¿saben hasta entonces cómo producen sus fenómenos supra normales no espíritas y, por ejemplo, las materializaciones puramente ideoplásticas?

Tales son las argumentaciones racionales y convincentes sugeridas a mi correspondiente por la dificultad teórica en cuestión. No puedo sino observar, en cambio, que su punto de vista depende del hecho de admitir que la mente subliminal de los animales sea con mucho superior a la que se manifiesta en su vida encarnada, hasta el punto de que su personalidad espiritual pueda tener la voluntad de materializarse, voluntad indispensable en semejante circunstancia.

Para aquellos que no se sentirían en condición de conceder a la subconsciencia animal una voluntad y una inteligencia casi humanas, yo les haré apreciar que se podría resolver el enigma de otra manera, es decir, acogiendo las explicaciones que proporcionan respecto de esto las personalidades mediúmnicas que se comunican y que afirman que una entidad desencarnada, tanto humana como animal, no pudiendo llegar sola a tornarse tangible, deberá haber obtenido el concurso de numerosos espíritus auxiliares para materializarse.

OCTAVA CATEGORÍA

VISIÓN E IDENTIFICACIÓN DE FANTASMAS DE ANIMALES MUERTOS

La categoría de las percepciones de fantasmas animales es ricamente llena de episodios variados, pero al proponernos encararlos bajo el punto de vista científico, somos llevados a concluir que los dos primeros grupos son los más abundantes en casos. El primero trata de visiones de fantasmas de animales que no fueron identificados como otros animales que vivieron o murieron recientemente en los alrededores, visiones que muy fácilmente pueden explicarse por la hipótesis alucinatoria, aunque haya ejemplos en que los fantasmas animales fueron percibidos colectiva y sucesivamente por diferentes personas.

El otro grupo de fantasmas animales a excluir es el de las visualizaciones debidas en su mayor parte a un fenómeno de clarividencia telepática, es decir, a la lectura del pensamiento en la subconsciencia del consultante como consecuencia de la relación que se establece entre la subconsciencia de éste y la del sensitivo. Es lo que se produce, bajo otra forma, en el caso de la psicometría. En ella el objeto presentado al sensitivo sirve para establecer la relación entre la subconsciencia de este último y la

del propietario del objeto, lo cual hace que ante la visión subjetiva del sensitivo surjan imágenes representando hechos y acontecimientos relacionados con el dueño del objeto en cuestión, que constituyen la representación más o menos simbólica de los informes recogidos por el sensitivo en la subconsciencia del consultante. Se sigue que las visiones de animales muertos, cuando se verifican en condiciones que permitan atribuirlas a la clarividencia telepática, no pueden revestirse del valor de prueba de identificación animal, a menos que haya alguna circunstancia susceptible de corroborar esta última interpretación, lo cual se produce bastantes veces en la consulta de que se trata. En este caso ya no puede ser cuestión de clarividencia telepática propiamente dicha, sino de clarividencia-telepática. Este cruzar de manifestaciones semejantes con fuente diferente, contribuye a demostrar el buen fundamento y la importancia de la ley metapsíquica a que hemos aludido anteriormente, según la cual todas las formas de videncia y de mediumnidad pueden ser alternativamente anímicas y espíritas; ello como consecuencia del hecho esencial de que toda manifestación supra normal producida por intermedio de un espíritu desencarnado, puede igualmente producirse por medio de un espíritu encarnado cuando éste se halla en condiciones transitorias de desencarnación parcial del espíritu, es decir, en condiciones ligeras o profundas de sueño

fisiológico, sonámbulo, mediúmnico o a causa de una crisis de grave enfermedad, de síncope o éxtasis. Resulta de esto que, en todas las formas de manifestaciones supra normales, las circunstancias en que los acontecimientos se producen es lo que debe ponernos en la pista de las causas que los han engendrado y no las diferentes formas de videncia o mediumnidad con que han sido obtenidos, pues éstas son todas equivalentes, ya que son todas susceptibles de ser espíritas o anímicas.

Llego ahora a la exposición de los casos recopilados, empezando por un episodio explicable por la clarividencia telepática; cito seguidamente casos siempre menos susceptibles de esta interpretación hasta llegar a los ejemplos para los cuales ha de ser absolutamente excluida.

Caso CXVII – (Mediumnidad vidente) – El Sr. Paulo G. Leymarie, padre, que fue director de la Revue Spirite, publicó en 1900 el siguiente suceso:

En el mes de enero de 1887 la señora Bosc, viuda del eminente ingeniero, estaba sentada cerca de la chimenea de nuestro apartamento en el número siete de la calle de Lille, en París, cuando el conde Levoff, presidente de la Alta Corte de Moscú, recién llegado de Rusia, nos hizo la primera visita. Lo habíamos presentado a la señora Bosc y, mientras yo escribía, ellos conversaban. En determinado momento, la señora Bosc dijo: Percibo a vuestro

lado un perro que parece estar muy ligado a vos. Es un gran terranova blanco, con las patas y las orejas negras y una estrella negra en la frente. Tiene en torno al pescuezo un collar de plata, cerrado con una pequeña cadena, con la inscripción Serge Levoff y el nombre del perro (que la vidente citó, pero el señor Leymarie olvidó). Tiene una linda cola larga y os acaricia, mirando hacia vos.

Ante estas palabras los ojos del señor Levoff se llenaron de lágrimas y él contó:

En mi infancia yo era ágil y diestro y mis padres me confiaron la guarda de mi perro, que fue exactamente descrito. Él me salvó la vida más de una vez, sacándome de las aguas del río en que estaba a punto de ahogarme. Tenía doce años cuando perdí al fiel amigo y lloré como si perdiese a un hermano. Me siento feliz al saber que él está cerca de mí, con la seguridad de que esos compañeros de nuestras vidas tienen un alma inteligente que sobrevive a la muerte del cuerpo y un periespíritu con que pueden reconstituir sus cuerpos, aún con el collar y su inscripción. Aparte de esto, puedo reconocer en usted a una médium de gran poder, que ha despertado en mí recuerdos de hace cuarenta años. Gracias, madame, y que Dios la bendiga.

La señora Bosc vio aún al perro hacer grandes manifestaciones de alegría y después desaparecer poco a poco. Ahora bien, nosotros no esperábamos al conde Levoff, a quien la señora veía por primera vez, ni había existido nunca relación alguna entre

nosotros. Por mi parte yo no sabía que el nombre propio del conde era Serge.

Así es como se producen las manifestaciones de la clarividencia telepática en sus más simples y típicas formas, siendo preciso convenir que, si no conociésemos ejemplos de lectura en las subconsciencias de otros, obtenidas en el sonambulismo magnético, y no menos circunstanciales o impresionantes, al igual que un gran número de ejemplos más maravillosos todavía, obtenidos por la psicometría, seríamos llevados a atribuir un valor objetivo a los sucesos análogos al que acabamos de exponer; pero cualquier persona cuyo espíritu tenga garbo científico, no se dejará engañar por las apariencias y concluirá observando que, en ausencia de circunstancias colaterales que contribuyan a demostrar el origen extrínseco de la visión de la señora Bosc, hemos de encararlo como producido por un fenómeno de lectura subconsciente del pensamiento. No contesto, en modo alguno, lo que puede haber de misterioso en una clarividencia que extrae, en la subconsciencia de otro, un incidente acaecido cuarenta años antes, de preferencia a tantos otros más cercanos que, a causa de sus fechas recientes, deberían ser más perceptibles a las facultades supra normales. Sí, ciertamente, el suceso presenta algo de inconcebible y contradictorio y, no obstante, esto se produce incontestablemente en los casos de clarividencia telepática. Solamente nos resta entonces acoger esta

interpretación de los hechos, resignándonos a nuestra ignorancia. Por cierto, una solución satisfactoria del misterio podría obtenerse suponiendo que, en el caso que examinamos, el tema de la conversación haya llevado a la memoria del señor Levoff el tierno episodio de su infancia, haciéndolo así actual para las facultades penetrantes de la clarividencia telepática.

Caso CXVIII – (Criatura vidente a tierna edad) – Light lo publicó en el año de 1906, p. 387. El señor Francis T. Harris habla de la desencarnación de uno de sus hijos a la edad de siete años solamente. Había nacido de padres saludables y robustos y él también lo era, sin cualquier neuropatía; no obstante había mostrado desde sus primeros años sus disposiciones para la clarividencia. Cuenta el Sr. Harris:

Desde el primer período de su vida sus padres habían observado que él veía cosas que no existían para los demás, particularidad que había sido muchas veces discutida por sus familiares. Antes incluso de aprender a hablar, parecía muchas veces espantado con algo invisible. En otros casos, en cambio, parecía por el contrario muy alegre con lo que percibía y extendía sus bracitos hacia un ser que no existía más que para él solamente.

No había cumplido todavía los tres años y se divertía cierto día con sus muñequitos, en el cuarto de dormir, a dos pies de distancia de sus padres,

cuando fue tomado por un gran miedo y corrió, gritando, hacia su madre. Como ella lo interrogase, respondió que se había espantado a la vista de dos perros, siendo uno rucio y el otro negro. Su padre lo tomó en brazos y se esforzó por distraerlo y calmarlo, diciéndole que los dos animales habían venido a jugar con él.

Algunos días más tarde se produjo nuevamente el incidente en el mismo aposento y en las mismas circunstancias y la criatura corrió hacia el padre, más espantada que nunca a la vista de los dos perros y se refugió en los brazos paternos. Éste buscó tranquilizarlo diciéndole que los dos perritos no le harían mal alguno, y diciendo esto, los llamaba silbando, después estallando los dedos y acariciando el aire cerca de ellos. Esto llevó a que el bebé hiciese otro tanto y su asombro no tuvo límites cuando vio que no conseguía palparlos. Todo esto, no obstante, tuvo el feliz resultado de hacer desaparecer su miedo, y aunque le ocurriese ver a los perritos todavía muchas veces, él ya no se asustaba.

Bien, es preciso notar que el padre de la criatura vidente poseía dos perros setter, uno rucio y el otro negro, que habían muerto tres años antes.

La relación entre los fantasmas caninos aparecidos al bebé y los perros de colores idénticos, que su padre había tenido, no me parece dudosa.

Por el contrario, no se podría excluir en absoluto la hipótesis de lectura en el pensamiento paterno por parte de la criatura, pero esa hipótesis no parecerá

muy verosímil si se piensa que ésta se mostró vidente desde su nacimiento; que tenía, al mismo tiempo, visiones de naturaleza diferente, que no podrían atribuirse a la lectura del pensamiento; y que los fantasmas de los perros se le aparecían frecuentemente, hasta el punto de hacerse familiares. Esta última circunstancia es difícilmente conciliable con la hipótesis de transmisión del pensamiento materno o paterno, el cual tendría que estar orientado hacia los perros muertos cada vez que la criatura los viese. De cualquier modo, la génesis de este caso permanece dudosa.

Caso CXIX – (Visual) – En la obra del Sr. Arthur Hill titulada El Hombre es un Espíritu, p. 117, se lee la siguiente narración remitida al autor por la perceptora, señora Janet Holt:

Mi marido llevó cierto día a nuestra casa un gran perro bulldog y dijo que ese animal le haría ganar dinero presentándolo como campeón de luchas entre perros buldog. Era Charles el nombre de ese bueno y cariñoso animal, que no tardé en estimar mucho. Salió victorioso en varios combates, pero una vez fue derrotado, y mi esposo, enfadado con la derrota, lo agarró y lo tiró al río.

Algunos años más tarde, cuando casi me había olvidado del pobre Charles, fui despertada cierta noche, de sobresalto, como si alguien me hubiese sacudido para tal fin y me vi rodeada de extraña

luminosidad. Me senté en la cama y, con vivo espanto mío, percibí a Charles sentado a mi lado. Parecía en proporciones normales, absolutamente igual a como era en vida. Me miró con insistencia durante algún tiempo, tras lo cual desapareció lentamente. A la mañana del día siguiente mi marido fue detenido. Tal vez Charles se hubiese manifestado a título premonitorio. (Mi marido era un bellaco y yo me separé de él para siempre). En la actualidad se encuentra en América del Norte.

Cuán extraña y sorprendente es esta historia de un perro, cruel e injustamente muerto por un mal dueño, que se manifiesta a la mujer de éste precisamente en la víspera de su detención, es decir, en el momento en que él iba a pagar parte de sus delitos. En cambio, y precisamente a causa de esta coincidencia, si el episodio no puede ser explicado por la clarividencia telepática, sí puede ser encarado bajo otro punto de vista, que es el de la supervivencia de la psiquis animal. En efecto, parece posible reducirlo a un episodio de visión simbólico-premonitoria y, en este caso, la aparición del fantasma del animal, sacrificado por aquel que iba a ser detenido, no sería de naturaleza objetiva, sino que constituiría un símbolo transmitido telepáticamente por una entidad espiritual humana, unida por lazos afectivos a la perceptora.

Una variación de esta misma explicación consistiría en suponer que la entidad espiritual en aprecio estaría, por el contrario, dispuesta a ayudar

al espíritu del perro a manifestarse objetivamente a la perceptora, siempre a título simbólico-premonitorio y, en este caso ahora el fantasma del perro conservaría su identidad espiritual.

Como quiera que fuese y cualquiera que sea la explicación que se prefiera dar al problema, lo cierto es que el hecho citado no presenta teóricamente ninguna base suficiente para permitir que nos pronunciemos sólidamente respecto de su origen.

Casos CXX y CXXI – (Visual-auditivo-colectivo) – El conde de Tromelin, persona conocida en los medios de las pesquisas metapsíquicas, autor de dos obras sobre estas cuestiones, comunicó a la Revue Spirite (1913, p.40) los dos siguientes casos que le conciernen:

Hasta el mes de marzo de este año de 1913 yo poseía una bella perrita llamada Flore, de la cual nació un cachorro de nombre Radium, parecido a la madre, si bien ésta tenía, además, una estrella blanca en la frente. Excepto esto, el pelaje de ambos era completamente amarillo.

El 25 de marzo un automóvil pasó por encima del cuerpo de Flore, que me fue traída, agonizante, a la villa, pero pese a nuestros desvelos y cuidados el pobre animal no tardó en morir, con gran pesar nuestro. Su hijo Radium se quedó solo en la villa. He aquí el curioso incidente que tuve ocasión de presenciar el otro día.

Hay, frente a mi pequeña mansión, una gran terraza en medio de la cual se halla una mesa de mármol y a la derecha, en la entrada, la guarida de Radium. El día tres de abril, a las 11 de la mañana, estaba sentado a esa mesa, conversando con la señora Meille. Me hallaba colocado de forma que tenía ante mí la guarida de Radium, cuyas patas amarillas salían por la abertura, y la señora Meille, de espaldas vueltas a la misma, mirando hacia el lado izquierdo de la terraza. Conversamos durante cinco minutos sobre indiferentes cosas cuando vi a la señora Meille darse la vuelta un instante para mirar la guarida de Radium y, enseguida, exclamar: ¡Qué cosa extraordinaria! Es ciertamente Flore, ya que Radium está en su guarida.

Le pedí una explicación para estas palabras, observando: Sí, Radium está en su guarida, pero ¿dónde ves tú a Flore?

La señora Meille extendió un brazo, indicando el lugar, y precisando lo sucedido con estas palabras que escribí: Mientras conversábamos, observaba un perro acostado en el lado izquierdo de la terraza. Allí (y lo indicó con el dedo); yo suponía ser Radium, no imaginando ciertamente tener ante mí a la pobre Flore, que sabía estar muerta. Sin embargo, Radium era de tal modo parecido a Flore que pensé: ‘Si yo no supiese que Flore murió, juraría que el perro que me mira es realmente Flore. En efecto, la ilusión era completa porque el animal me miraba con la expresión tan buena, dulce, melancólica, de Flore, y

tenía en la testuz su estrella blanca, pero yo estaba muy lejos de pensar seriamente en Flore resucitada, pues consideraba que la estrella blanca que veía era un efecto de la luz. Yo me preguntaba, aparte de esto, cómo Radium, que tenía la costumbre de acostarse siempre al sol, estaba, esa vez, tendido a la sombra. He aquí, sin embargo, que, mientras reflexionaba así, oí detrás de mí el ruido característico de un perro que se cobija en su guarida. Fue entonces cuando me volví un instante para mirar, y al volver inmediatamente la mirada hacia el otro perro que estaba delante de mí hace cinco minutos, éste había desaparecido en el breve intervalo de tiempo en que me di la vuelta; de ahí mi exclamación de asombro. Tuve la prueba de que ese perro, que me miraba tendido a la sombra ante mí, y que se asemejaba mucho a Flore, era realmente Flore resucitada, que nos fue devuelta por un instante.

Tal fue la narración de la señora Meille y es bastante probable que si me hubiese dado la vuelta en el momento en que Flore era visible para ella, yo la hubiese percibido también. En todo caso, me parece que las circunstancias del suceso son igualmente como para considerar auténtica y cierta la aparición de Flore.

Este suceso no es aislado. Yo tenía otra perra foxterrier, llamada Flore como la precedente, muerta envenenada, después de largos sufrimientos, por un mal vecino. Aquellos que me conocen saben que cuando me acuesto por la noche tengo visiones y

percibo fantasmas de toda clase, que desfilan ante mí. Esto ocurre cuando estoy completamente despierto y en posesión de mi consciencia normal.

Pues bien, la mañana de la muerte de la otra Flore, ésta se me apareció súbitamente: era indudablemente ella, aunque en esa primera visión se esforzó en vano por levantarse sobre las patas.

Por la mañana, con otras visiones, Flore se me apareció por segunda vez y lograba mantenerse sobre las patas para desaparecer seguidamente. Al tercer día, la misma aparición se repitió. Esta vez, alegre y sana. Dio algunos saltos de alegría y desapareció. Después no volví a verla, pero después de algún tiempo, cierta noche, ella se manifestó muy ruidosamente, haciéndose oír en una diversión toda especial que le gustaba mucho siendo entonces muy indicada para hacerse reconocer. El rasgo característico más relevante de Flore era su pasión por jugar con los guijarros que le lanzábamos y que ella nos devolvía, para a continuación hacerlos rodar ruidosamente por la terraza y otros lugares. Pues bien, fue el ruido producido por ese juego con las piedras, rodando en el pavimento de la terraza, lo que percibimos nítidamente cierta vez, hasta el punto de que seríamos capaces de jurar que Flore estaba allí divirtiéndose en rodar los guijarros, si no supiésemos que la perrita ha muerto hace seis meses.

Saco de esto la conclusión de que, probablemente, los animales domésticos que amamos sobreviven a la muerte del cuerpo y que

volveremos a verlos un día en el mundo espiritual, en el cual creo firmemente.

Tales son las conclusiones del conde de Tromelin. En el segundo de los episodios citados, las visiones subjetivas del narrador no revisten por sí mismas ningún valor probatorio, porque recuerdan muy cercanamente a la bien conocida clase de las alucinaciones hipnagógicas e hipnopómpicas, pero es enteramente diferente lo que ocurre con el otro fenómeno auditivo subjetivo, el ruido característico que imitaba las piedras rodando en la terraza, que era el juego favorito de la perrita muerta. Esa manifestación supra normal corresponde a otros fenómenos análogos de origen humana, en los casos de telepatía entre vivos o entre vivos y muertos. Cuando esas manifestaciones se producen entre vivos y muertos, constituyen una buena prueba en favor de la identificación personal del muerto a quien caracterizan, y esto en virtud de la contraprueba de que, cuando esos mismos fenómenos de audición telepática se producen entre vivos, se comprueba que son verídicos en el sentido de que corresponden a una acción real o a una ideación auténtica del agente. Si es así para las manifestaciones humanas, no se podría repeler la misma conclusión para las manifestaciones animales, cuando éstas se hallan en perfecta relación con las idiosincrasias que caracterizan al animal vivo. Sin duda, desde el punto de vista rigurosamente científico, una prueba aislada de esta

naturaleza no podría bastar para legitimar una conclusión definitiva favorable a la identificación personal del muerto, no obstante se considera una buena prueba auxiliar convergente para esta demostración. Esto ya representaría una concesión de valor en nuestro punto de vista de la identificación animal.

Caso CXXII – (Visual-auditivo) – La revista espírita Light (Luz) publicó en 1921, p.594, la siguiente comunicación del Sr. Ernest W. Duxbury:

El problema de la supervivencia de la psiquis animal no puede ser científicamente resuelto sino reuniéndose un número suficiente de sucesos bien verificados, que proporcionen la prueba de esa supervivencia. Las discusiones filosóficas en nada cambian las cosas.

El incidente que relato es de fecha reciente y solo me decido a publicarlo porque estoy bien seguro de su autenticidad, cualesquiera que sean las conclusiones que se puedan extraer de él. Sucedió con una dama de mi amistad, dotada de facultades mediúmnicas, aunque nunca se haya preocupado de desarrollarlas. Añado que conozco personalmente las circunstancias que llevaron a la referida señora al medio en que el suceso se produjo. La narración que reproduzco fue escrita y firmada por la misma, cuyo nombre solo puedo indicar con las iniciales N.Y.Z. He aquí lo que escribió:

Habiendo llegado súbitamente del extranjero, tuve necesidad de alquilar una habitación amueblada en una vieja casa de Londres y no tardé en apercibirme de que estaba infestado de ratas que allí producían durante la noche ruidos de todas clases, corriendo por el suelo y lanzando chillidos estridentes. Para protegerme contra esos huéspedes tan indeseables, tomé prestada una bella gata que me pareció enseguida feliz de hallarse en mi compañía. Me gusta mucho la raza felina y dicha gata correspondía bien a mi afecto; dormía en mi cama y me colocaba sus patas delanteras en torno al cuello, roncando tan fuertemente que me impedía dormir. Desgraciadamente la gata se puso enferma y, cierto día, entrando en mi aposento sobre las diez, la encontré muerta, para grande y dolorosa sorpresa mía.

Esa misma noche las ratas comenzaron sus divertimentos y me dispuse a encender el gas y ponerme a leer, no atreviéndome a dormir con tal compañía, pero el depósito del contador del gas estaba casi agotado y a las tres la llama se extinguió. Encendí entonces la lamparilla y me metí bajo las mantas, porque la presencia de los pequeños roedores me causaba enojo y miedo. De repente, oí a la gata roncar ruidosamente. Escuché durante cerca de un minuto, después decidí levantar la cabeza para mirar; observé entonces algo extraño: vi, delante de la pared contigua a un lado de la cama, al nivel de mi cabeza, una especie de disco opaco, del diámetro

de una gata blanca y negra, absolutamente igual a la que acababa de morir. Me miró, haciendo varias veces un movimiento de cabeza a la manera característica de la gata muerta, enseguida su cuerpo se volvió transparente durante algunos segundos, y luego adoptó una forma opaca más consistente que la anterior; entonces vi a la gata mirar hacia arriba, como si allí hubiese alguien. La aparición era tan real que dirigí la palabra a la gata como si ella estuviese viva, pero repentinamente desapareció. En su totalidad el fenómeno había sido de corta duración, pero durante toda la noche ya no volví a ser incomodada por las ratas, aunque no lograse dormir más que entre largos intervalos.

No había posibilidad alguna de que otro gato entrase en mi cuarto, porque la puerta y las ventanas estaban bien cerradas, aparte de que, al romper la mañana, no hallé ningún gato vivo en él. Cuando el fenómeno se produjo, yo no había adormecido aún, y estaba perfectamente consciente de encontrarme despierta.

En el caso que acabo de reproducir, la descripción de un disco opaco que toma, poco a poco, la forma de la gata muerta, recuerda muy cercanamente el proceso normal de las materializaciones mediúmnicas y, como el Señor Duxbury, al comunicar a Light esta narración, tuvo el cuidado de observar que la señora de este caso poseía facultades mediúmnicas, es completamente aceptable que ella hubiese asistido realmente a una

sesión de materialización del animal. La otra circunstancia, la de que los ratones ya no volvieron a moverse durante toda la noche, sería un testimonio en favor de esta interpretación, porque mostraría que los roedores percibieron, de algún modo, el fenómeno supra normal y quedaron espantados. Si se tratase entonces de un caso de pura y simple alucinación, las ratas no habrían experimentado sus efectos, y hubieran continuado corriendo por el suelo.

Caso CXXIII – (Mediúmnico) – En este otro episodio, que parece explicable en principio por la hipótesis de la clarividencia telepática, se encuentra una circunstancia secundaria, haciendo suponer razonablemente que puede tratarse por el contrario de una clarividencia telepático-espírita. Lo reproduzco del vol. III, p. 130 de los Proceedings of the Society for Psychical Research. Forma parte del informe del doctor Hodgson sobre las experiencias con la señora Piper. El Sr. J. Rogers Reach escribe respecto de sus propias experiencias lo siguiente:

Entregué enseguida a la médium un collar de perro. Después de haberlo palpado durante algún tiempo, el doctor Phinuit, guía espiritual de la señora Piper, declaró que el collar había pertenecido a un perro cuyo dueño fui yo. Le pregunté entonces si, en la esfera espiritual, donde él se encontraba, había perros y me contestó que había miles de ellos. Y

añadió que procuraría atraer la atención de mi perro por medio de su collar. Cuando conversábamos, él se interrumpió para decirme: ¡He aquí que viene! Pienso que ya sabe que estáis conmigo porque lo veo que viene desde muy lejos. Me describió entonces el animal al que se refería, descripción que correspondía exactamente a la de mi perro, de raza collie. Terminó diciéndome: Llámelo ahora, señor Reach. Emití un silbido como aquel con que acostumbraba a llamarlo y Phinuit exclamó: ¡He aquí que llega! ¡Cómo corre! ¡Cómo vuela! Está ahora presente y salta alegremente en torno a vos. ¡Qué feliz está de volver a veros! ¡Rover! ¡Rover! No. ¡Grover! ¡Grover! Es su nombre. En efecto, el perro se llamaba Rover, pero en 1884 le cambié el nombre por el de Grover, como recuerdo de la elección del presidente Grover Cleveland.

Ese incidente, por sí mismo, no contiene ninguna circunstancia que pueda distinguirlo de los habituales casos de clarividencia telepática, pero hay un incidente colateral que lleva, por el contrario, a clasificarlo entre los casos telepático-espíritas. El narrador continúa así:

Entre un gran número de cosas que el doctor Phinuit me reveló, se encuentra esta: me dijo que estaba constantemente cerca de mí un bebé que ejercía gran influencia sobre mi persona, ligado a mí por estrecho parentesco, y que se trataba de una hermanita. Le respondí que no tenía ni nunca había tenido hermana alguna, pero él replicó: Previamente

a vuestra respuesta, yo sabía muy bien que nadie nunca os habló de vuestra fallecida hermanita. Se trata de una criatura mortinata. Esto ocurrió varios años antes de vuestra venida a este mundo terreno. Cuando lleguéis a casa, preguntad a vuestra tía. No dejé de hacerlo y supe así, con gran asombro mío, que Phinuit había dicho la verdad. Mi tía me reveló que cuando vine al mundo, el caso de la criatura mortinata estaba olvidado y nunca hubo motivo para que me hablasen de eso. Pues bien, esta ignorancia mía absoluta al respecto demuestra muy bien que dicha comunicación no podía explicarse por la lectura del pensamiento.

Si el segundo episodio no puede explicarse por la hipótesis de la lectura del pensamiento subconsciente, por la buena razón de que el consultante había ignorado siempre el hecho revelado por Phinuit, y que no podía haber, entonces, en su subconsciencia, trazas mnemónicas correspondientes al hecho en cuestión, si así es, entonces habrá razón para creer que el primer episodio comunicado por la misma personalidad mediúmnica, con el mismo médium, en la misma sesión, tenía igualmente origen extrínseca o espírita.

Caso CXXIV – (Visual-sonámbulo) – Pasando ahora a la exposición de los casos que ya no pueden explicarse por la clarividencia telepática, empiezo por un curioso suceso verificado en el sonambulismo magnético, que reproduzco del libro de Aldophe

d’Assier (La Humanidad Póstuma), p. 83. Escribe este autor:

Hacia finales del año de 1869, hallándome en Bordeaux, me encontré cierto día con un amigo que se dirigía a una sesión de magnetismo, y él me invitó a que fuese en su compañía. Acepté la invitación, deseoso como estaba de ver de cerca los fenómenos magnéticos que solo de nombre conocía. La sesión no presentó nada de notable, pues fue la repetición de lo que se obtiene ordinariamente en esas circunstancias. Una muchacha servía de sonámbula y, a juzgar por la manera como respondía a las preguntas formuladas por los asistentes, debía ser bastante clarividente. Sin embargo, lo que más me sorprendió en el transcurso de esa sesión, fue un incidente imprevisto. Hacia la mitad de la tarde, una de las personas que asistían a las experiencias, habiendo avistado una araña en el suelo, la aplastó con el pie. Inmediatamente la sonámbula exclamó: ¡Mirad, mirad! ¡Percibo el espíritu de la araña que se va! Se sabe que, en el lenguaje del médium, la palabra espíritu indica lo que yo denomino fantasma póstumo. El magnetizador preguntó: ¿Con qué forma lo ves? La sonámbula respondió: Con la misma forma de una araña.

Desde aquel tiempo, yo no sabía qué pensar de ese extraño incidente. No dudaba de la lucidez de la sonámbula, pero, como no creía en ninguna manifestación póstuma humana, era natural que

tampoco la admitiese en los animales. La explicación del misterioso incidente me pareció clara varios años después, cuando, habiendo obtenido la certeza del desdoblamiento humano, yo me empeñaba en descubrir un fenómeno análogo entre los animales domésticos. Como resultado de mis investigaciones, me convencí de que la sonámbula de Bordeaux no había sido víctima de alucinación alguna, como ocurre algunas veces en las experiencias magnéticas, y que ella había observado un fenómeno objetivo y real.

El incidente expuesto es ciertamente notable y la circunstancia de que ha sucedido de manera inesperada contribuye a establecer la autenticidad supra normal del Caso.

Si se consigue reunir un número suficiente de incidentes de esta especie, tomando las precauciones necesarias para evitar la posibilidad de una transmisión telepática del pensamiento del experimentador a la sonámbula, se habrá dado un gran paso para la demostración científica de la existencia de un periespíritu animal, absolutamente análogo al humano. Es de veras asombroso que nadie haya intentado hasta ahora repetir una experiencia que en realidad es fácil, puesto que cualquier experimentador puede intentarla. Por el contrario, el incidente expuesto sigue siendo casi único hasta el momento. Recuerdo tan solo que algo semejante ocurrió, cierta vez, durante una de las sesiones con el médium Daniel Dunglas Home, pero

la obra que contiene la narración del incidente es imposible de encontrar y debo limitarme a reproducir estos pocos renglones que extraigo de un artículo de la revista Light (1907, p. 311):

En el libro publicado por el conde de Dunraven, no puesto a la venta y solo remitido a un pequeño número de amigos suyos, se encuentra el acta de una sesión en la cual Daniel Dunglas Home, entonces en trance, dice percibir el espíritu de un perrito, muy conocido de uno de los asistentes. Pues bien, en aquel instante, el animal moría y el médium había visto su espíritu cuando dejaba el cuerpo.

Caso CXXV – (Visual) – Fue publicado en los Proceedings of the Society for Psychical Research y la señora Gordon Jones narra lo siguiente:

Siempre he tenido una gran aversión hacia los gatos, heredada de mi padre, que no soportaba su presencia. Nunca los he tolerado en mi casa hasta el día en que fue invadida por una bandada de ratas. Fui a buscar un gato corriente cuyo pelo era a rayas grises y negras, pero nunca me ocupé de él y nunca le permití subir hasta el piso superior de la casa.

Cierto día se me dijo que el gato padecía la rabia y se me pidió autorización para que lo eliminase, ahogándolo. No tuve la fuerza moral para ir a certificarme de si la afirmación era verdadera y, sin más, concedí el permiso. Al poco tiempo se me comunicó que el criado de la cocina había ahogado

al gato en una caldera. Como jamás aprecié al animal y no era mi compañero habitual, su desaparición me dejó indiferente.

La tarde del mismo día en que el gato fue muerto, me encontraba a solas en el comedor inmersa en la lectura (estoy muy segura de que no pensaba en gatos, ni en fantasmas), cuando de repente tuve el impulso de levantar los ojos y mirar hacia el lado de la puerta. Vi, o creí ver, que la puerta se abría lentamente, dejando entrar al gato sacrificado por la mañana. Era el mismo, no había ninguna duda, pero parecía haber adelgazado y estar todo mojado y goteando agua. Tan solo la expresión de su mirada ya no era la misma, porque me miraba con ojos humanos tan tristes que me causaron pena. Su mirada me ha quedado grabada en la memoria como una obsesión. Estaba tan segura de lo que veía que no dudé de que me hallaba en la presencia del gato real, escapado del ahogamiento. Timbré llamando a la camarera y tan pronto como ella se presentó, le dije: Hay un gato allí, llévalo para fuera. Me parecía imposible que la doméstica no pudiese ver al gato, porque yo lo veía tan nítido y sólido como la mesa y las sillas, pero ella me miró asombrada y me dijo: Madame, yo estaba presente cuando William llevó el gato ya muerto al jardín con el fin de enterrarlo. Pero él está allí, añadí, no ves, cerca de la puerta. La camarera no veía nada, y al poco tiempo el gato empezó a volverse transparente y a desaparecer lentamente, tanto que acabé por no verlo más.

Está claro que la hipótesis de la clarividencia telepática no podría ser aplicada al caso que acabo de reproducir. Por el contrario, entre las hipótesis a que se podría recurrir para explicarlo, está la alucinatoria, que hubiera parecido bastante menos legítima si la camarera hubiese tenido la misma visión que la señora. En cambio, si se piensa que la señora Gordon Jones afirma que le era indiferente la muerte del gato, el cual, por el contrario, le inspiraba un sentimiento de aversión (lo cual haría alejar la principal condición predisponente a la visiones alucinatorias, es decir, el estado emotivo); si se considera por otra parte, que cuando el gato apareció la referida señora estaba inmersa en la lectura (lo cual excluiría que en ese momento ella estuviese pensando en el animal muerto) y, sobre todo, si se tiene en consideración que ella experimentó un impulso súbito e injustificado de levantar los ojos y mirar hacia el lado de la puerta, donde precisamente se produjo la aparición (circunstancia que caracteriza las manifestaciones realmente telepáticas tanto cuando éstas se producen entre las personas vivas como cuando se verifican entre los vivos y los muertos). Si se observa este conjunto de circunstancias, se llegará a la conclusión de que el fantasma del gato aparecido a esa señora consistía en una manifestación telepático-espírita, cuyo agente era el animal sacrificado algunas horas atrás.

Caso CXXVI – (Animal vidente) – El señor James Coates, autor del notable libro Fotografiando lo Invisible, envió a Light (1915), el siguiente episodio canino:

Yo tenía un perro pomerano llamado Tobby, nuestro gran favorito, que habíamos llevado con nosotros para Rothsay, en 1893. Cerca de dos años más tarde, durante nuestra ausencia de la casa, Tobby fue terriblemente maltratado por un perro del vecindario y no tardó en morir a causa de las complicaciones sobrevenidas. Después de un mes o quizá seis semanas, recibí de regalo una perrita foxterrier llamada Katie, y he aquí el extraño acontecimiento a que entonces asistimos. Durante varias semanas ella no osó acercarse al rincón de la cocina donde Tobby tenía la costumbre de acostarse y, siempre, cuando entraba en la cocina, ladraba furiosamente en aquella dirección, tal como si viese allí a otro perro.

Leí, o escuché contar, otros sucesos de perros que ven fantasmas, que les ladran y que se espantan. En todo caso, mi Katie, durante varias semanas, mantuvo una actitud como si viese a Tobby y se hubiese espantado. ¿Cómo explicar de otro modo la circunstancia de no osar acercarse y menos todavía acostarse en el rincón de la cocina que Tobby había elegido para su lecho favorito cuando era vivo?

Entre las buenas pruebas aventadas para probar la supervivencia del alma humana, se registra la

extraída de las facultades clarividentes de que el hombre está dotado, observándose, en efecto, que esas facultades van más allá de toda visión terrestre y no dependen del ejercicio de las facultades sensoriales. Ahora bien, si está probado que los perros poseen, a su vez, facultades clarividentes, qué consecuencia debemos extraer de ello. Me limito a responder así: lo que constituye una buena demostración a favor de la supervivencia humana solo puede constituir también una buena demostración en lo relativo a la supervivencia animal.

En rigor, este caso debería ser considerado antes como débil punto de vista probatorio. En efecto, nadie compartió con el animal las mismas impresiones supra normales, nadie sabría decir positivamente qué veía la perrita en el rincón de la cocina, pero aunque sin perder de vista todo esto, según los métodos de las pesquisas científicas, añadiré que hay situaciones que no permiten interpretación múltiple respecto del mismo suceso y que, por consiguiente, autorizan a que se llegue a una conclusión, de una manera bastante precisa, incluso a falta de testigos directos. Es lo que me parece que pasa en el caso en cuestión. En efecto, si la perrita ladraba furiosamente y sin cesar hacia el mismo rincón de la cocina donde tenía el hábito de acostarse el animal muerto, demostrando miedo bastante como para no osar acercarse a él ni tampoco acostarse allí, esto significa que ella actuaba como

un perro cualquiera que se halla en presencia de un hombre o animal que no conoce. En tales condiciones ¿qué se podría deducir de ahí no siendo la conclusión lógica de que en aquel rincón ella percibía el fantasma del perro muerto? Sin duda esta conclusión parecería bastante más audaz si no se conociese algún ejemplo de visiones de fantasmas por parte de animales. Ya que esos ejemplos son, por el contrario, frecuentes y científicamente constatados, nada impide que, por la ley de las analogías, se pueda explicar de la misma manera el suceso relatado por el Sr. James Coates.

Caso CXXVII – (Auditivo-colectivo) – Está consignado en un artículo publicado en Light (1915, p. 215) por el Rev. Charles L. Tweedale, autor de diferentes obras muy interesantes sobre asuntos metapsíquicos. Cuenta, entre otras cosas, lo siguiente:

Hace cerca de dos años (registré el suceso en mi agenda), mi esposa y la niñera estaban sentadas, cierta tarde, charlando en un cuartito de la casa, y de pronto oyeron el roncar ruidoso de un gato, cerca de la señora Tweedale. Ambas localizaron el ruido en un lugar preciso, es decir, junto a la falda de mi mujer. Se prolongó durante algún tiempo, después cesó y empezó a oírse nítidamente, en su lugar, el ruido delicado que produce la lengua de un gato al lamer la leche. No sabiendo qué pensar, la señora

Tweedale llamó, en vano, por el gato de la casa y, en seguida, ayudada por la niñera, registró minuciosamente la pieza, pero inútilmente. Se sentaron y reemprendieron la conversación. Pero casi inmediatamente se hizo oír el roncar ruidoso del gato invisible, al cual sucedió además el otro sonido de una lengua de gato que lame un líquido; registraron nuevamente el cuarto, pero siempre en vano.

Debo observar que ya hacía algunos días que nuestro gato había desaparecido. Cuando la señora Tweedale y la niñera vinieron a contar lo que había sucedido, yo les dije: Esto significa que nunca más veremos a nuestro gato vivo. Y así ocurrió: el pobre animal nuestro había tenido el mismo final que un gran número de gatos en esas regiones, en que son muertos por maldad.

En este ejemplo, la manifestación supra normal es puramente auditiva, lo cual no disminuye, en modo alguno, el valor teórico del incidente, que es notable a causa de su naturaleza colectiva. En efecto, la circunstancia de que dos personas hayan tenido, al mismo tiempo, las mismas impresiones auditivas, localizándolas exactamente en el mismo punto, es una garantía de la veracidad supra normal del incidente. Por otra parte, es difícil dudar de la relación entre causa y efecto, es decir, entre la desaparición y muerte del gato de la casa y la manifestación supra normal verificada en casa del Rev. Tweedale. Se puede preguntar si el suceso debe

considerarse como una manifestación telepático-espírita (es decir post mórtem) o propiamente un caso telepático en el momento de la muerte, siendo esta duda legitimada por la falta de indicación acerca del instante de la muerte del gato desaparecido. Sin embargo, como el gato ya faltaba de casa desde algunos días, hay que presumir que había muerto al día siguiente a su desaparición, y esto haría más verosímil la explicación telepático-espírita del presente caso.

Caso CXXVIII – (Visual-colectivo) – Lo recojo del Journal of the Society for Psychical (vol. X, p. 249). Se trata de un caso rigurosamente documentado, remitido a la Society durante la misma semana en que se verificó. Escribe la Srta. B.J.Green:

Mi hermana H.J.Green tenía una gata a la que apreciaba mucho. Era de raza persa purasangre, pelaje gris-azulado característico, pequeñas proporciones, y su nombre era Smoky. No había en la aldea otro gato de la misma raza o que apenas se le asemejase. Durante la primavera, Smoky cayó enferma y murió a mediados de junio de 1909. El jardinero la enterró en un recodo del jardín, plantando en su tumba una dalia. Algún tiempo antes de su muerte, la gata había sido atacada y maltratada por un perro que le había roto algunas costillas. A

consecuencia de ese incidente, caminaba cojeando y su muerte fue resultado de las heridas recibidas.

El martes, seis de julio de 1909, me hallaba sentada a la mesa, almorzando con mi hermana y leyendo, en voz alta, una carta. Estaba de espaldas a la ventana, que se situaba a la derecha de mi hermana. De repente vi que ella miraba hacia fuera por la ventana, con una expresión entre espanto y miedo y le pregunté: ¿Qué has visto? Y ella me respondió: Veo a Smoky, que anda por el medio de la hierba. Nos precipitamos hacia la ventana y percibimos efectivamente a Smoky, que parecía muy enferma, con el pelaje erizado y los ojos asustados. Caminaba cojeando a través del parterre frente a la ventana, a tres o cuatro metros de nosotros; mi hermana llamó por ella, pero como la gata no parecía oír, corrió hacia ella, y siguió llamándola. Permanecí en la ventana y vi a la gata encaminarse hacia una alameda que conducía al fondo del jardín. Mi hermana la siguió llamando siempre por ella, pero para gran asombro suyo, Smoky no se dio nunca la vuelta, como si no hubiese oído nada y, en determinado momento, se metió dentro de una mata y mi hermana ya no volvió a verla. Tras unos diez minutos, mi hermana y una amiga que se hospedaba durante algún tiempo en nuestra casa, vieron nuevamente a Smoky que caminaba por el césped frente a la ventana. Mi hermana salió para encontrarse con ella, pero ya no la vio. Tras media hora, la gata apareció en el pasillo que conduce a la

cocina y fue vista por la empleada, que tomó una vasija con leche y fue en su dirección para darle de beber, pero la gata siguió su camino y salió al jardín, desapareciendo ante ella.

Como consecuencia de esas visiones hemos sido interrogados por si hubiese algún error respecto de la muerte de la gata, aunque nuestra amiga, el jardinero y una joven doncella hubiesen visto su cadáver. El jardinero se indignó tanto con la sospecha de que no había enterrado el cadáver, que fue a la sepultura, arrancó la dalia y exhumó el cadáver de Smoky.

No sabemos qué pensar de ese acontecimiento, que tuvo cuatro testigos: la Srta. B.J.Green, la Srta. H.J.Green, la Srta. Smith y Kathleen B., (la empleada); y mi hermana contó que, cuando siguió a la gata la primera vez, ésta caminaba muy deprisa, pero cojeando de un lado, como hacía antes de su muerte.

(En un carta consecutiva, la Srta. B.J.Green, hablando sobre la segunda vez que su hermana siguió a la gata, escribe: la gata no saltó el muro de la cerca, sino que desapareció cuando se hallaba cerca de ese muro).

El caso precedente es muy interesante y significativo, en primer lugar a causa de la naturaleza incontestable del hecho; después, porque el fantasma fue visto por cuatro persona, en momentos diferentes, lo cual excluye la hipótesis alucinatoria pura y simple. Al considerar este caso,

dos únicas hipótesis pueden explicarlo: la primera consistiría en suponer que se trataba de la visión de una gata viva que habría sido tomada por la gata muerta; la segunda sería la hipótesis telepático-espírita. Me he referido a la primera explicación por simple deber de relator, porque nuestros lectores ya habrán notado que esta suposición no se sostiene ante el análisis de las circunstancias. Primero, porque en el caso en cuestión se trataba de una gata exótica, única en su género en el medio donde se produjo el suceso, y caracterizada por un pelaje que es especial en los gatos persas, circunstancias todas que hacen absurdo presumir que cuatro personas, a plena luz del día, pudiesen equivocarse en la identificación. En seguida, porque se percibió que la gata aparecida caminaba cojeando, precisamente como el animal muerto. En tercer lugar, porque la gata-fantasma nunca dio señal de percibir a las personas que la llamaban, lo cual no sucedería si fuese una gata viva; antes bien, esto constituye el rasgo característico de la mayor parte de los fantasmas telepáticos y telepático-espíritas, que no tienen consciencia del medio en que se encuentran. En fin, es preciso no olvidar que el pequeño fantasma desapareció varias veces ante los perceptores, de modo súbito e inexplicable. No añado otra cosa porque lo que acabo de decir basta para demostrar que la hipótesis de la visión de una gata viva, que cuatro personas habrían tomado por la gata muerta, no se sostiene frente al examen de los

hechos. Se está por lo tanto, obligado a concluir que el presente episodio es realmente un auténtico ejemplo de aparición del fantasma de un animal muerto.

Caso CXXIX – (Visual-auditivo-colectivo) – Se trata de un caso publicado también en Light de Londres (1911, p. 101). El Rev. Charles L. Tweedale, del cual ya hemos tenido ocasión de reproducir una narración, comunicó este otro suceso que, como el primero, tuvo lugar en su casa, donde se desarrollaron impresionantes manifestaciones supra normales durante más de un año. Escribe:

En estos últimos cinco meses hemos asistido a las más extraordinarias manifestaciones espontáneas que sobrepasan con mucho las manifestaciones históricas ocurridas en el presbiterio del Rev. Charles. Todos nosotros hemos oído últimamente una ‘voz directa’ que nos llamaba por nuestros nombres, en pleno día, y hemos asistido a las apariciones repetidas de un fantasma femenino de alto porte, vestido de blanco, que todos los miembros de la familia han podido ver, excepto yo, que no obstante, he podido oír su voz, que sonaba maravillosamente distinta como si proviniese del aire, en presencia de toda la familia. La aparición fue vista varias veces, colectivamente, por diversas personas, casi siempre con buena claridad y algunas

veces a plena luz del día. Por dos veces el fantasma dialogó con los presentes.

Hace unos quince días, esas maravillosas manifestaciones alcanzaron su apogeo con la aparición, en pleno día, de un fantasma vestido de blanco acompañado de un perro. Un atardecer, fueron vistos juntos dos veces y por diferentes personas sucesivamente, y siempre en el mismo atardecer, el perro fue visto tres veces solo y una vez cuatro personas lo vieron colectivamente, entre ellas una criaturita de dos años que corrió gritando ¡Buh, buh! tras el perro-fantasma, hasta debajo de la cama donde éste desapareció. Repito que todo esto sucedió en plena claridad del día. Después, el tal perro fue visto otras varias veces hasta estos últimos días.

Todos cuantos lo han visto están de acuerdo en describir un perro foxterrier alto, blanco, con una gran mancha negra irregular en el dorso, orejas rectas y cortas, cola entera. Se observó, además, que él parecía sacudido por un fuerte temblor en todo el cuerpo, y que su pelaje era más corto y más brillante que de costumbre. Ahora bien, esta descripción corresponde exactamente a la de un perro que me pertenecía, y que ha muerto hace casi doce años, más o menos. Casi me había olvidado de su existencia. Ninguna de las personas que lo describieron lo había conocido cuando era vivo y ni siquiera habían sabido de su existencia. Mi tía (ya que es su fantasma el que se manifiesta), ha muerto

hace seis años y tenía mucha amistad al perro que la acompaña. Es de observar que, como he dicho hace poco, mi perro se caracterizaba por una exuberancia de vitalidad que se manifestaba por un violento temblor que sacudía todo su cuerpo cada vez que se despertaba su atención. Además, tenía una gran mancha irregular en el dorso, precisamente en el lado derecho de la espina dorsal. No olvidemos que todos estos detalles verídicos eran absolutamente ignorados por todos lo que lo vieron y describieron el fantasma del perro.

Recuerdo también que, antes de su manifestación, se oyeron ladridos y gruñidos característicos que se producían en el mismo momento en que el fantasma femenino se aparecía, pero, como ninguno de nosotros había visto aún animales fantasmas, esas manifestaciones auditivas fueron para nosotros inexplicables, hasta el día en que la aparición del perro vino a esclarecer el misterio.

El significado teórico de este memorable acontecimiento se muestra de un modo bien claro, es decir, que tiende a probar lo que lógicamente se debería presumir: que el espíritu de un perro, así como el de su dueña, pueden sobrevivir a la muerte del cuerpo.

En este ejemplo es preciso, sobre todo, recordar la siguiente circunstancia: que el fantasma canino fue visto varias veces, ya colectiva, ya sucesivamente, a plena luz del día; que cierta vez fue

visto por un bebé de dos años que corrió tras él hasta debajo de la cama, gritando, con la inocencia de su edad, ¡Buh, buh!; que fue descrito, tal como era, por personas que no lo habían conocido cuando estaba vivo, y, finalmente, que, antes de la manifestación del fantasma canino, se oyeron ladridos y gruñidos característicos del animal, circunstancias todas que contribuyen a excluir, absolutamente, la hipótesis alucinatoria pura y simple y que sirven, por el contrario, para demostrar la naturaleza supra normal y extrínseca de la aparición.

De ello se extrae que las conclusiones del Rev. Tweedale parecen sobresalir incontestablemente de los sucesos, tanto más que la aparición del fantasma canino no puede ser encarada separadamente de la aparición del fantasma femenino que lo acompañaba durante el período memorable de manifestaciones espontáneas descritas en un largo informe del Rev. Tweedale. Es, pues, racional pensar que, si la identificación del fantasma femenino con la fallecida tía del clérigo citado debe ser considerada como una buena prueba a favor de la supervivencia del espíritu de ésta, no se puede concluir de otro modo para el fantasma canino, que a su vez fue identificado.

Caso CXXX – (Visual-colectivo) – El Sr. James Coates, del cual ya hemos reproducido una narración, remitió a Light (1915, p. 356) este incidente personal:

Durante el verano de 1861, me hallaba en Rothsay con mi familia. Mi cuñado George Anderson, de Glasgow, me había enviado de regalo un bello perro de raza collie. Era un animal muy vivo y, desgraciadamente, también muy indisciplinado. Yo no tenía mucha paciencia para educarlo y Rover muchas veces se metía y a todos nosotros en líos debido a sus modales.

Teníamos por aquel entonces el hábito de ir a pescar al atardecer a la bahía de Glenburn. El perro nos acompañaba y, cuando entrábamos en el pequeño barco, él esperaba nuestro regreso, errando libremente por la playa. Todo fue bien durante cerca de un mes, pero un día el jefe de policía mandó a buscarme no oficialmente para decirme que un perro idéntico al mío había asustado a un caballo atraillado a un carruaje y que éste había volcado con la dama que en él se hallaba. A consecuencia de esto, el jefe de policía me persuadió a deshacerme inmediatamente del animal, si no deseaba incurrir en otras penalidades. No habiendo medio alguno de sustraerme a esa intimación, envié el perro a un funcionario de la policía con la orden expresa de llevarlo a la bahía y allí ahogar al pobre animal.

Me puse bastante triste con la suerte impuesta a nuestro Rover y mis hijos se quedaron desolados, porque el animal se había ligado a ellos de manera especial, pero había que obedecer la ley.

Continuamos yendo a pescar todos los atardeceres. Al tercer día de la muerte de Rover,

cuando estábamos de vuelta, a poca distancia del portalón de entrada a nuestra casa, todos nosotros exclamamos al mismo tiempo: ¡Mirad, allí está Rover! ¡Sí, él estaba allí, en efecto, esperándonos en el solar de la casa! Evidentemente el hombre encargado de eliminar al animal no lo había hecho. Fue lo que pensé enseguida, y era natural que así pensase, puesto que Rover estaba ante nosotros, cerca del comedero, balanceando la cola y mirándonos con aire alegre. Abrimos el portalón y nos dirigimos hacia él, pero repentinamente, vimos que desaparecía. No podía haber duda en el hecho seguro de que lo habíamos visto, efectivamente, nosotros los tres. Mi esposa insiste en afirmar que el perro parecía fosforescente, pero para mí y para nuestra hija, era nuestro Rover, ni más ni menos.

Aun a riesgo de pasar por crédulos, persistimos en estar convencidos de haber visto, simultáneamente, el fantasma objetivo de nuestro perro Rover, pues parecía hasta tal punto natural que yo no podía suponer sino que el funcionario, al que lo había enviado, no lo había matado. No tengo una explicación que hacer valer de modo especial. Observo únicamente que el hecho, para tres personas, de ver colectivamente un perro que había sido ahogado tres días antes, constituye una prueba de su supervivencia más convincente que tantas otras que nosotros, los espíritas, aceptamos como suficientes en el transcurso de nuestras sesiones.

Como se puede ver, las conclusiones de los perceptores que han narrado estos sucesos son todas acordes en afirmar su certidumbre inquebrantable de haberse hallado ante fantasmas objetivos de animales. No se puede decir que estén equivocados, incluso desde un punto de vista rigurosamente científico, sobre todo en lo que atañe a los cuatro últimos casos, que son de naturaleza colectiva, y dos de entre ellos también de naturaleza sucesiva, es decir, que los fantasmas animales fueron percibidos por personas diversas y alejadas unas de otras, circunstancias todas que sirven para eliminar, de modo absoluto, la explicación alucinatoria de los hechos – la única hipótesis que se puede científicamente oponer a la trascendental telepático-espírita.

CONCLUSIONES

Llegados al término de esta clasificación, no nos resta sino lanzar una mirada retrospectiva sobre el camino recorrido y recordar las principales consideraciones que los acontecimientos nos han sugerido, condensándolos en una síntesis.

En lo que se refiere a nuestras repetidas afirmaciones en favor de la existencia real de las manifestaciones telepáticas en que los animales desempeñan el papel de agentes o de perceptores, así como los fenómenos de encantamiento o apariciones de otra especie, en que los animales son perceptores juntamente con el hombre, no parece nada científico levantar todavía reservas o dudas, pues los casos expuestos en esta clasificación bastan para demostrar el buen fundamento de nuestras afirmaciones. En efecto, en los ejemplos que hemos relatado, figuran las principales formas de las manifestaciones de encantamiento, apariciones, y fenómenos supra normales similares.

Además de esto, nuestras afirmaciones son controladas de manera decisiva por algunos datos estadísticos que pueden ser recogidos en los ciento treinta casos enumerados en esta obra. Resulta, en efecto, del examen de ellos, que los sucesos en que los animales han percibido manifestaciones supra

normales anteriormente al hombre, son en número de veinticinco; los casos en que los animales parecieron percibir manifestaciones supra normales cuando los hombres no percibían nada, son en número de diecisiete. Ahora bien, este cuadro es bastante para autorizarnos a extraer de él las inferencias que sugieren los sucesos en cuestión. La principal inferencia que se ha de extraer de él es la siguiente: los casos en que los animales perciben, antes que el hombre, manifestaciones supra normales o las perciben cuando éstas pasan desapercibidas para el hombre, presentan un valor decisivo en favor de nuestra hipótesis, puesto que demuestran que no existe cualquier hipótesis racional que se oponga a la que considera a los animales como dotados de facultades supra normales subconscientes al igual que el hombre.

Estas conclusiones, sólidamente fundadas en datos estadísticos, quedan además confirmadas por las manifestaciones que hemos mencionado en la quinta categoría, en la cual hemos tratado de perros que ‘prenuncian la muerte’, es decir, perros que anunciaban por medio de aullidos bien característicos y prolongadamente lúgubres, la muerte inminente de una persona de la familia a que pertenecían; y en ello perseveraban hasta el deceso de la persona en cuestión, manifestaciones que demuestran la existencia en la subconsciencia animal, de facultades premonitorias y, por consiguiente, de otra facultad supra normal más,

añadida a las enumeradas más arriba. Ese don misterioso era, por cierto, ya universalmente atribuido al mundo animal bajo la forma de previsión de perturbaciones atmosféricas inminentes, o la inminencia de un temblor de tierra y de erupciones volcánicas.

Sobre la base de los hechos recogidos, hay pues que afirmar, sin miedo a equivocarse, que el veredicto de la futura ciencia no puede ser sino favorable a la existencia, en la subconsciencia animal, de las mismas facultades supra normales que encontramos en la subconsciencia humana; y, como el hecho de la existencia latente en la subconsciencia humana de facultades supra normales, independientes de la ley de evolución biológica, constituye la mejor prueba en favor de la existencia, en el hombre, de un espíritu independiente del organismo corporal, y por consiguiente superviviente a la muerte de ese organismo, es racional e inevitable inferir de ello – ya que en la subconsciencia animal se encuentran las mismas facultades supra normales – que la psiquis animal está destinada a sobrevivir, ella también, a la muerte del cuerpo.

Estas consideraciones, lógicamente irreprochables, aún tenían, no obstante, necesidad de una confirmación complementaria en el terreno experimental. Si la hipótesis de la existencia, en los animales, de una psiquis superviviente a la muerte del cuerpo tiene fundamento, debería haber casos de

aparición post mórtem de fantasmas animales de una manera análoga a la que se produce con el hombre. Pues bien, esta demostración complementaria queda proporcionada en el transcurso de nuestra clasificación, en la cual fue citado un número suficiente de sucesos de esta especie, en los cuales encontramos los mismos rasgos característicos que sirven como pruebas de identificación espírita en los casos correspondientes de fantasmas humanos.

Hemos llegado así a demostrar la existencia de dos grupos de hechos que constituyen el problema a resolver, es decir, que en la subconsciencia animal se encuentran las mismas facultades supra normales que existen en la subconsciencia humana y que los fantasmas de animales muertos se manifiestan tal como los fantasmas humanos. Hay entonces que considerar que se ha logrado la demostración necesaria para probar la existencia y supervivencia de la psiquis animal. La hipótesis en aprecio no podía ser entonces considerada sino como científicamente legítima, aunque nada más que a título de 'hipótesis de trabajo', esperando juzgarla como una verdad definitivamente adquirida para la ciencia cuando la acumulación de los hechos nos permita analizar a fondo este asunto tan importante.

El tema, en cambio, ha alcanzado un grado de madurez suficiente para autorizar la formulación de algunos resúmenes sobre las consecuencias filosóficas y psicológicas que presentará el hecho de la existencia y supervivencia de la psiquis animal. Es

lo que me propongo hacer sumariamente para completar y confirmar la tesis sostenida, es decir, que después de haber proporcionado la prueba experimental de la existencia y supervivencia de la psiquis animal, voy a demostrar ulteriormente la validez y necesidad de ella desde el punto de vista de las leyes que gobiernan la evolución biológica y psíquica de los seres vivos, y además en nombre de la eterna justicia.

*

Los hombres de ciencia, que profesan convicciones materialistas, sostienen muchas veces que el espíritu de los animales, como el de los hombres, siendo una simple función del órgano cerebral, deja de existir cuando ese órgano cesa de funcionar por fuerza de la muerte. Nada hay de inconsecuente en esta teoría por la cual el destino de los animales queda igualado al de los hombres, pero la inconsecuencia existe, por el contrario, entre los creyentes en la existencia del alma humana, al igual que entre los profesantes de diferentes confesiones religiosas, así como entre una parte de los adeptos de las doctrinas espíritas, que suponen, a su vez, que el espíritu de los animales está muy imperfectamente organizado para sobrevivir a la muerte del cuerpo y que, por consiguiente, se disuelve en sus elementos

constitutivos, prácticamente en la nada, precisamente tal como afirman los materialistas.

Quiero observar, primeramente, que estas teorías son muy peligrosas para la doctrina de la supervivencia espiritual humana, puesto que nos llevan a admitir que una simple diferencia de grado en la evolución del espíritu basta para decidir su destino, a veces caduco sin ninguna falta, otras veces inmortal sin sombra de mérito. Y entonces ¿qué pensar de la suerte de una gran parte del género humano?

En efecto, si reconstituimos la historia de la especie humana con el auxilio de la paleontología, llegaremos a un punto en que el hombre de la Antigüedad prehistórica más remota se confunde con las formas animales más elevadas. Si lo mismo sucedió con las razas humanas existentes, con la ayuda de la antropología, llegamos a algunas tribus salvajes muy poco elevadas por encima de los animales con que vivían y en las cuales la degradación de los individuos alcanzó el punto de mostrarse desprovistos de todo sentido moral, con una mentalidad apenas suficiente para guiarlos en las necesidades materiales de su miserable existencia, más o menos igual a la de los animales. Podemos entonces preguntarnos: ¿En cuál grado de la elevación psíquica el espíritu de un individuo se convierte en lo bastante evolucionado como para resistir a la crisis de la separación del organismo corporal sin disolverse en sus elementos

constitutivos? ¿Hemos de considerar que nuestros primeros ancestros, tan poco evolucionados por encima de los monos antropoides, y ciertos salvajes de nuestros tiempos, de los cuales podemos decir otro tanto, son lo bastante evolucionados espiritualmente como para merecer el don de la inmortalidad, mientras que un generoso representante de la raza animal, que pierde su vida intentando salvar a una criatura que se ahoga, o el que muere de dolor sobre la tumba de su dueño, deberá morir para siempre, sin haber sobrepasado esa pretendida barrera de los inmortales? Una diferencia de grado en la evolución espiritual de los seres no implica en modo alguno una diferencia cualitativa, sino únicamente en cantidad; ésta no puede representar sino la expresión exterior de un espíritu que está allí encarnado en potencia y que no puede ser más que idéntico, en esencia, al espíritu que se manifiesta en las más inferiores razas humanas, pasadas y contemporáneas, al igual que en las más civilizadas razas actuales.

En otros términos, la vida, en todas sus formas y en todos sus casos, es la expresión, en un medio terrestre, de un espíritu que se ha encarnado en una cierta síntesis de materia organizada e indica el grado de evolución al cual ha llegado ese espíritu; y esto es todo, pues el espíritu por sí mismo, solo puede ser absolutamente idéntico a los demás espíritus que animan el grado de progreso alcanzado. Si yo tuviese que recurrir a un ejemplo para

esclarecer esta idea, hablaría de una llama colocada dentro de un jarro de cristal, cuya claridad brillase sin obstáculo, mientras que otra, colocada en un jarro de porcelana, solo arrojase luz atenuada, y una tercera, colocada en un jarro de cerámica, no desprendiese ninguna luz, salvo por los intersticios que podría haber en los lados – intersticios que, en los animales, corresponderían a los respiraderos por los cuales emergen las facultades del instinto y algunas veces por las fisuras que podrían producirse en el jarro – éstas explicarían la emersión de las facultades supra normales subconscientes. Se puede entonces concluir que son del mismo modo los destinos del espíritu en sus innumerables fases de encarnación, durante las cuales lo que cambia son los envoltorios que éste reviste y no el espíritu, que permanece en potencia inalterado e inalterable.

Naturalmente, para reconocer esta verdad fundamental de la evolución de la vida en los mundos, es preciso desligar nuestro espíritu de las doctrinas pueriles absorbidas durante la adolescencia, según las cuales el alma es creada de la nada, en el momento del nacimiento. Y una vez estemos libres de esa creencia absurda, solo resta adherirnos a la única doctrina capaz de explicar la evolución espiritual de la vida: la de la reencarnación progresiva de todos los seres vivos, que ha venido siendo intuitivamente conocida por las razas más diversas desde la más remota Antigüedad.

¿Habrá algo de anticientífico en suponer que la evolución biológica de la especie, ilustrada por la ciencia, sea regulada por una evolución correspondiente y paralela del espíritu, que se individualizaría gradual y lentamente, adquiriendo una conciencia propia, siempre más fuerte, gracias a la acumulación de una serie de experiencias adquiridas durante el tránsito a través de una multitud de existencias vegetales, animales y humanas?

Como quiera que fuese, no es menos verdad que la teoría de la supervivencia de la psiquis animal – supervivencia que, como se ha podido ver, resulta incontestable de los hechos observados – dejaría de tener una base racional si no fuese completada por la hipótesis reencarnacionista, porque no se podría admitir una condición de existencia espiritual de los animales en la cual un cuadrúpedo, un reptil, un pájaro, etc., debiesen permanecer como tales eternamente. Se sigue de ahí que las formas animales de la existencia terrena, del mismo modo que las graduaciones de las razas humanas, no pueden ser sino consideradas como formas transitorias por las cuales todos los seres vivos debiesen pasar, sin lo cual la vida del universo no se explicaría y sería sin finalidad, como tampoco existiría, por cierto, justicia alguna en el mundo.

Insisto en este punto: que la escala infinita de los seres vivos solo puede ser la expresión de las manifestaciones del alma en sus etapas progresivas

de elevación espiritual. Lo que se ha convertido en actual en el hombre, gracias a una larga evolución, se queda en potencial en los seres inferiores. La involución precede a la evolución. No es, por lo tanto, la materia lo que hace evolucionar el espíritu, es el espíritu el que, para evolucionar solo, necesita de todas las fases de experiencia que podrá obtener en la Tierra, y, por consiguiente, tiene necesidad de revestirse de todas las formas sucesivamente más refinadas que le puede ofrecer la materia organizada. Las leyes biológicas de la 'selección natural' de la 'supervivencia del más capaz', de la influencia del medio, no son sino los accesorios más indispensables para esa evolución, pero la verdadera causa de la evolución de los organismos vivos es interior y se llama espíritu.

Una de las mejores definiciones comprensibles sobre la naturaleza íntima de los procesos evolutivos en las individualidades vivas fue dictada mediúmnicamente a Lady Cathness, quien la transcribe en su libro Old Truth in New Ligth (Antigua Verdad con Nueva Luz). Aunque esa dama fuese inglesa, esta definición le fue dada en francés. La reproduzco tal como es:

El gas se mineraliza,
El mineral se vegetaliza,
El vegetal se humaniza,
El hombre se diviniza.

Si fuesen acogidas las conclusiones que anteceden, en favor de la existencia y de la supervivencia de la psiquis animal y de su paso ascensional a través de la escala de los seres por medio de las reencarnaciones sucesivas hasta el punto de humanizarse, una nueva luz esclarecería así el eterno problema que todas las filosofías y todas las religiones se han propuesto resolver: el de la finalidad de la vida en el universo. ¡Infeliz el pueblo que pierda toda la fe en los altos destinos del ser! Todos, aquí en Italia, nos acordamos de las palabras desoladas pronunciadas en su lecho de muerte, por el eminente filósofo Roberto Ardigò, que había intentado por dos veces suicidarse: ¡Dejadme entonces morir! ¿Para qué sirve la vida? Palabras que repercuten como una condenación terrible, contra las teorías positivistas materialistas profesadas de buena fe por ese ilustre pensador. Somos conducidos a exclamar: ¡He aquí, por lo menos, un filósofo que se muestra de acuerdo con sus propias convicciones! Su desoladora concepción materialista de la vida lo había llevado racionalmente, inevitablemente, a concluir que la vida no tenía finalidad alguna, porque, si todo termina con la muerte del cuerpo ¿para qué haber vivido, haber contemplado por un instante la grandeza del universo, haber estudiado durante toda su vida, haber del mismo modo sufrido, moral y físicamente? ¿Tal vez para el bien de las futuras generaciones? Pero si éstas, a su vez, deberán

desaparecer sin dejar rastro, si en un cierto número de siglos, por fuerza del enfriamiento progresivo de la Tierra, nuestro mundo habrá de morir él también, con todos los seres a los cuales da vida – y si es esta la suerte extrema de todos los mundos esparcidos por el universo ¿para qué sirve entonces la elevación progresiva de la humanidad? ¿Para qué sirven los mundos? ¿Para qué sirve el universo? Y, sobre todo, ¿cuál es la finalidad de tantos dolores materiales y morales, sufridos por los seres a los cuales ha sido concedido, sin haberlo solicitado, el don nefasto de la vida?

¡Qué inmensa decepción para un alma elevada tal como la de Roberto Ardigò! Él no podía dejar de contemplar, asombrado, el abismo de la vanidad infinita del todo, él no podía impedir el sublevarse en presencia de esa trágica ironía de la suerte: Consideraba entonces mejor desafiar fuertemente el destino de la única manera permitida a un ser vivo: liberarse, por el suicidio, del suplicio moral de contemplar, impotente, la tragedia del ser. Roberto Ardigò fue consecuente consigo mismo y los filósofos, que comparten sus convicciones materialistas y que pese a ello no acaban como él por el suicidio, son desgraciadamente inconsecuentes, lo cual debe atribuirse al hecho de que, en los repliegues de sus subconsciencias, existe una chispa divina que sabe ser inmortal y que logra transmitir a sus subconsciencias una vaga intuición

de la verdad. Entonces, sin darse cuenta de ello, piensan de una manera y proceden de otra.

Ya es tiempo de dispersar, en los medios filosóficos y científicos, los asfixiantes vapores del positivismo materialista, proclamando al mundo la feliz nueva de que, en el alto más soleado del majestuoso árbol del saber humano, ha brotado otra rama lujuriante y fecunda de frutos regeneradores, rama que se llama ciencia del alma; gracias a la cual se demuestra la vanidad, la incoherencia; el error de la concepción materialista del universo. Ella, esta ciencia del alma, demuestra además que la germinación de la vida en los mundos tiene por finalidad la evolución del espíritu, que, habiéndose encarnado, en potencia, en la materia, debe elevarse al estado de una perfecta individualidad consciente, moral, angélica, gracias a innumerables experiencias que se alternan con ciclos de existencia espiritual, siempre más sublime, hasta alcanzar las supremas cimas de identificación con Dios, el fin supremo del ser. Esto no significa, en modo alguno, la aniquilación del yo, sino su integración con lo divino, sin nada perder de su propia individualidad, tal como las células del organismo humano concurren para crearlo, sin nada perder de la individualidad que les es propia. En otros términos: al microcosmos hombre, suprema síntesis polizoica y polipsíquica en el dominio de lo relativo, corresponde el microcosmos de Dios, síntesis

transcendental polipsíquica y una, eterna, incorruptible, infinita en el dominio de lo absoluto.

*

He aquí como el alma, la evolución, los destinos del ser, son definidos en las famosas sentencias filosóficas obtenidas mediúmnicamente por Eugène Nus:

Alma: porción de sustancia que Dios sustrae de la fuerza universal para cada individualidad, centro de actividad, asimilado incandescente que adquiere, uno a uno, todos los atributos del Creador.

Evolución: las moléculas simples, por atracción directa, se agregan y se combinan para formar organismos diferentes, mínimos en los minerales, ya sensibles en los vegetales e instintivos en los animales.

Progresar, para el ser consciente, significa modificarse, empleando racionalmente los elementos interiores y exteriores de que dispone.

Para los grados sucesivos, el ser consciente cumple su destino, recorriendo moralmente la larga peregrinación de la vida. Vida libremente manifestada, pero subordinada a leyes necesariamente determinadas por el orden del universo.

El fin supremo de los destinos individuales es el de concurrir para formar el ser colectivo de que

somos moléculas inteligentes, de la misma manera que el fin inconsciente, o destino de las moléculas, de las fuerzas puramente instintivas, o incluso menos que instintivas, que concurren para formar nuestros organismos, es el de crear el ser individual.

Para el todo como para las partes, la vida es un recomenzar perpetuo y no es semejante a sí misma en cada momento de su paso en el tiempo.

*

Percibo, sin embargo, que las especulaciones filosóficas respecto del gran problema del ser me han hecho perder de vista la tesis bastante más modesta que constituye el objeto de esta obra. Ella consiste en un primer ensayo para demostrar, por un método científico, la supervivencia de la psiquis animal. Es preciso que volvamos a nuestro asunto y concluir, poniendo de relieve que la existencia de facultades supra normales en la subconsciencia animal – existencia suficientemente comprobada por los casos que hemos expuesto – constituye una buena prueba en favor de la psiquis animal. Para el hombre, hay que inferir que las facultades en cuestión representan, en su subconsciencia, los sentidos espirituales preformados, esperando a ejercerse en un medio espiritual (tal como las facultades de los sentidos estaban preformadas en el embrión, esperando ejercerse en el medio terrestre). Si así es, como las mismas facultades se encuentran

en la subconsciencia animal, habrá que inferir de ahí, lógicamente, que los animales poseen, a su vez, un espíritu que sobrevive a la muerte del cuerpo.

Además, esta tan interesante demostración ha sido seguida de otra complementaria y no menos establecida: la que ha sido extraída de los casos de aparición, después de la muerte, de fantasmas animales identificados; de ahí la conclusión legítima de que todo contribuye para demostrar la realidad de la existencia y supervivencia de la psiquis animal, si bien que, según los métodos de pesquisa científica, antes de pronunciarse definitivamente respecto de esto, es preciso esperar una acumulación de hechos, a fin de tener los medios de examinar su génesis a una vasta escala, analizando, comparando, clasificando, aún largamente, mientras no quede alejada cualquier perplejidad legítima en este tema de tan gran importancia psicológica, filosófica, moral. Así, lo que por el momento no es sino apenas una hipótesis de trabajo, lo suficientemente apoyada en hechos como para ser tomada en consideración, podrá transformarse en verdad demostrada.

Las actuales pesquisas sobre el tema no dejan duda alguna en cuanto al hecho de que el veredicto de la futura ciencia deberá pronunciarse en este sentido.

